

57

f. 1147553

c.

HISTORIA
DEL EMPERADOR
CARLO MAGNO,
EN LA CUAL SE TRATA
DE LAS GRANDES PROEZAS Y HAZAÑAS
DE LOS DOCE PARES
DE FRANCIA;

Y

*de como fueron vendidos por el traidor
Galalón, y de la cruda batalla que hubo
Oliveros con Fierabrás de Alejandría,
hijo del Almirante Balán.*

VALLADOLID:
IMPRESA DE H. ROLDÁN.
1814.

DEL EMPERADOR
CARLO MAGNO.

EN LA CUAL SE TRATA
DE LAS GRANDES PROEZAS Y HAZAÑAS
DE LOS DOCE PARES

DE FRANCIA

de como fueron enviados por el emperador
Carlo y de la cruda batalla que hubo
entre los doce pares de Francia
y el hijo del Almirante Holan.

VALADOLID:
IMPRESA DE H. ROLDAN.
1814.

R. 145389

El doctor de la verdad el señor san Pablo dice, que todas las escrituras fueron hechas para nuestra enseñanza; las unas para doctrinarnos en la santa fé católica, echando de los corazones algunas dudas é incredulidades que el diablo de continuo siembra, declarándonos los altos secretos de la santísima Trinidad y de los santos evangelios, y las obras de nuestro Redentor. Las otras, para declararnos las leyes y ordenanzas de los emperadores y reyes, el derecho canónico y civil. Otras por nos hacer patentes los secretos de Dios en el regimiento del cielo y curso de los planetas, cometas y signos con su naturaleza. Otras para que resistamos á las enfermedades á que los cuerpos humanos son sujetos, y para curar las que reinen en ellos, para que podamos vivir con salud en este mundo el tiempo que Dios fuere servido. Otras para darnos de la dulzura de la filosofía, dándonos á conocer las virtudes y naturaleza de las cosas criadas. Otras nos relatan la puridad retórica, la sabrosa arte oratoria, las grandes hazañas y caballerías de nuestros antepasados, contando las proezas de los unos, y

los vicios de los otros, porque los unos nos fuesen egemplo para bien hacer, y los otros cosa de reglar nuestras vidas, y encaminarlas al puerto de la salud, y para inclinarnos á hacer grandes hechos, queriendo imitar á nuestros antecesores. Asi, pues, una escritura que ha venido á mi noticia en lengua francesa, no menos apacible que provechosa, que habia de las grandes virtudes y hazañas de Carlo Magno, emperador de Roma y rey de Francia, y de sus caballeros y barones, como Roldán y Oliveros, y los otros pares de Francia, dignos de loable memoria por las crueles guerras que hicieron á los infieles, y por los grandes trabajos que por exaltar la santa fé católica recibieron; y siendo cierto que en lengua castellana no hay escritura que de ella haga mencion sino tan solamente de la muerte de los doce pares, que fué en Roncesvalles; parecióme justa y provechosa cosa que la dicha escritura y los tan notables hechos fuesen notorios en estas partes de España, como son manifiestos á otros reinos. Por tanto yo Nicolás de Piamonte propongo de trasladar la tal escritura de lengua francesa en romance castellano, sin discrepar, añadir, ni quitar cosa alguna de la escritura francesa; y es dividida la obra en tres libros: el primero habla del principio de Francia, y

de quien le quedó el nombre, y del primer rey cristiano que hubo en Francia, contando hasta Carlo Magno, que despues fué emperador de Roma; y dicho libro fué trasladado de latin en lengua francesa. El segundo habla de la muy cruda batalla que tuvo Oliveros con Fierabrás, rey de Alejandria, hijo del Almirante Balán, y esto está en metro francés muy bien hallado. El tercero trata de algunas obras meritorias que hizo Carlo Magno; y finalmente de la traicion de Galalon, y de la muerte de los doce pares. Fué sacada esta obra de un libro bien aprobado, llamado Espejo historial; y mediante Dios trasladaré cada libro por sí, y los dividiré por capítulos para mejor declaracion de la escritura. Y si en esta traslacion hubiere algo de reprehension de la retórica, ó en el romance de vocablos, ó algo que no suene bien á los oidos del lector (que en la sentencia me guardaré de salir un solo punto de la escritura francesa) suplico á cualquiera que lo leyere ú oyere, que con santas entrañas lo enmiende, y no mire al error de la pluma, sino á la intencion del corazon; y de lo que hallare bueno, le ruego asimismo que al soberano Dios todopoderoso dé las gracias, de quien todos los bienes proceden.

En las historias troyanas leemos, que despues de la destruccion de Troya hubo un rey muy noble y virtuoso llamado Francus, el cual fué compañero de Eneas en muchas batallas; y partiendo Francus de Troya, hubo de aportar, despues de haber discurrido gran parte del mundo, en la region de Francia, que entonces se llamaba de otra manera; y por sus crecidas virtudes, fué de las comunidades muy bien recibido y alzado por su señor. Cuando se vió pacífico y señor de toda la tierra, mandó edificar una ciudad, y fué por honra de su nombre llamada Francia, por lo cual todo el reino se llamó Francia: y despues que Francia fué ensalzada á magestad real, despues de Francus, fué el primer rey suyo Piramus, y reinó cinco años. El segundo Mercurius, y reinó treinta y tres. El tercero Faramundus, y reinó once. El cuarto Clodius, y reinó diez y ocho. El quinto Meroneus, y reinó diez. El sexto Hildericus, y reinó diez y siete. El sétimo fué el rey Clovis, y el primero rey de Francia cristiano; el cual fué despues de la encarnacion de nuestro Redentor 484 años, de cuya vida haré alguna mencion, porque hace al propósito para esta nuestras escritura.

7

CAPITULO I.

Como el rey Clovis, siendo pagano, hubo por muger á Clotildis, hija del rey de Borgoña.

En aquel tiempo, siendo ya los borgoñeses cristianos, tenían por rey y señor al noble Guidengus, el cual tenía cuatro hijos: al primero llamaban Agabundus, que sucedió en el reino, y despues hizo matar á un hermano suyo llamado Hispericus, é hizo echar en un rio á su muger; y de dos hijas que tenía, á la una hizo desterrar de su tierra, y á la otra, llamada Clotildis, por sus virtudes y hermosura tuvo consigo. En este tiempo el rey de Francia, llamado Clovis, pagano, hubo de enviar sus embajadores al rey Agabundus, y siendo detenidos algunos dias, tuvieron lugar de ver la hermosura de la doncella Clotildis, sobrina del rey Agabundus; y vueltos á su rey Clovis, y dádole la respuesta de su embajada, le contaron cosas que habian visto en los palacios del rey Agabundus, no acostumbradas entre ellos, afeando el modo de vivir de los cristianos. Digéronle asimismo de la hermosura de Clotildis, alabando su mucha discrecion, y afirmando nunca haber visto otra mas perfecta. Las cuales alabanzas engendraron crecido amor en el corazon de Clovis, recibiendo pena por la no conocida

doncella. Despedidos los embajadores, se puso á pensar como podria haber aquella tan hermosa doncella por muger, teniéndolo por imposible, por ser él pagano, y ella cristiana. Estando en este pensamiento algunos dias, fué forzoso descubrir su secreto dolor á un astuto y sábio caballero de su corte llamado Aurelianus, asi para aliviar su pena, contándole su nuevo amor, como para haber de él consejo y remedio de su pasion. Oyendo Aurelianus las razones del rey, fué muy maravillado, y le quiso reprehender; mas viéndole tan afligido, y que su celo sería causa de mayor pena, no menos le dejó de reprehender, porque en tal caso muy pocas veces aprovecha la reprehension ni castigo: y queriéndole consolar, díjole se sosegase, que él le prometia de hacerle alcanzar aquella doncella de una manera ó de otra, y que á esto se obligaba, ó á perder la vida. El rey le dijo que lo pusiese por obra, que lo que hubiese menester se le daría. El caballero le besó la mano, y se despidió diciendo que presto le sacaria de pena.

Vuelto pues Aurelianus á su posada, se puso á discurrir y pensar cómo traeria á efecto el tal concierto; y despues de haber pensado en todas las cosas provechosas que le parecian, le vino á la memoria como de allí á quince dias

tenian los cristianos pascua de Navidad, y que la doncella Clotildis tenia por devocion ir aquella noche á maitines, y llevaba gran cantidad de moneda, y á todos los pobres que encontraba, daba limosna por honra de la fiesta. Y pensando esto, se fué al rey muy alegre, y le dijo que habia discurrido el modo con que podria hablar á Clotildis, y era poniéndose á la puerta de la Iglesia para tomar limosna como los demas pobres. Oido el rey eso, lo tuvo por bien, y díjole que previniese lo necesario, y ordenase cómo se habia de hacer. El le dijo que mandase hacer un anillo riquísimo de oro, y que en él estuviese esculpido su rostro y fisonomía. Venido el tiempo se partió Aurelianus para la ciudad donde estaba á la sazón el rey de Borgoña y Clotildis su sobrina; y la noche de Navidad se puso á la puerta de la iglesia con los pobres que esperaban la limosna; y venida Clotildis, acompañada de muchas damas, empezó á dar limosna, y cuando Aurelianus la vió cercada de pobres, metióse entre ellos hasta llegar á ella, y cuando alargó el brazo para darle una pieza de moneda, que daba de limosna, la tomó Aurelianus la mano, y se la besó. Clotildis, maravillada de aquello, le miró muy bien, y conoció que aunque en los vestidos parecia pobre, debia ser hombre de autoridad, y

le quisiera hablar sino fuera por la mucha gente que alli habia, lo cual conoció bien Aulerianus.

Acabados los maitines, y saliendo Clotildis con sus damas de la iglesia, vió á la puerta de ella á Aurelianus, y despues de haberle mirado con mucha atencion en la cara, la hizo reverencia y acatamiento como hombre de palacio, y conoció Clotildis ser aquel el pobre que la besó la mano. Llegada á palacio Clotildis, se puso á pensar en él, maravillándose de su atrevimiento; y deseosa de saber quien era, le envió á llamar, pensando sería algun hidalgo necesitado; y llegado delante de Clotildis hizo tres reverencias, y sin temor alguno se puso de rodillas para besarla la mano, y ella no se lo consintió; y mostrando algun enojo, le dijo ¿por qué disimulaba ser pobre? y Aurelianus, teniendo una rodilla en el suelo, la respondió: señora, sepas por verdad que yo soy mensagero del muy noble Clovis, rey de Francia, el cual te ruega que quieras ser su muger, y serás reina de Francia, y te envia este anillo en señal de fé y promesa de matrimonio. Ella le tomó, y le dijo que no pertenecia á un pagano tomar cristiana por muger, y que á mas de eso tenia puesta su voluntad en manos de su tio, y no en las suyas, y asi le despidió. Bien conoció Aurelianus que no la pesaria del casamiento, y asi se

volvió para Francia con mucha alegría. El rey Clovis, visto que Clotildis sería contenta de ello, envió sus embajadores al rey Agabundus, pidiéndole su sobrina por muger; el cual respondió que en ninguna manera tal consentiría: mas visto por los de su consejo el bien que resultaría de las amistades y paz con el rey Clovis, rogaron y aconsejaron al rey Agabundus que consintiese en el casamiento; y reusando de hacerlo, vino su tesorero con el anillo del rey Clovis, que Clotildis lo había echado en el tesoro, y digéronle ser aquel rostro que estaba esculpido en el anillo el del rey Clovis; y entonces consintió Agabundus en el casamiento, y fué llevada Clotildis con grande acompañamiento y magestad á Francia, y fué desposada con el rey, con condicion que no fuese apremiada ni rogada á dejar la fe de Jesucristo; y fueron hechas las bodas con la ostentacion que á tales señores pertenecía.

CAPITULO II.

Como el rey Clovis fué rogado por la reina Clotildis que dejase los ídolos y creyese en la fe cristiana.

La noche de las bodas, acostándose el rey Clovis con Clotildis, ella encendida en amor de Dios, é inspirada por el Espíritu Santo, dijo

al rey: mi muy amado y caro señor, yo te suplico me quieras otorgar una merced antes que llegues á mí. El rey la dijo, demandára lo que quisiera, que se lo otorgaba. Primeramente pido y ruego quieras creer en Dios todopoderoso, que hizo el cielo y la tierra, y en Jesucristo su Hijo, el cual te mercó con su preciosa sangre y pasión, y en el Espíritu Santo, confirmador é iluminador de todas las buenas operaciones, procedente del Padre y del Hijo, y en la santísima Trinidad. Cree en nuestra madre la Iglesia, deja los ídolos hechos por manos de hombres, y piensa en restaurar las santas iglesias que has hecho quemar. Otrosí te ruego, que quieras demandar mi parte de los bienes de mi padre y de mi madre á Agabundus mi tío, porque los hizo morir sin razón alguna, y la venganza dejó á mi Dios. El rey la respondió: tú me demandas cosa muy difícil y recia de otorgar, que deje mis dioses, que tantas mercedes me han hecho, por adorar tu solo Dios: pide otra cosa, que de buen grado te lo otorgaré. Respondió Clotildis: cuanto á mí es posible te suplico que adores á Dios verdadero, hacedor de todas las cosas, á quien solamente debemos adoración. El rey no la respondió nada, ni ella le dijo más, temiendo enojarle; y venida la mañana, el rey envió sus embajadores á Aga-

bundus, pidiéndole las tierras que á Clotildis su sobrina pertenecian; y el rey les dijo que ninguna cosa les daría: mas por consejo de los suyos hubo de dar grandes tesoros á los embajadores, por evitar discordia. De allí á pocos dias la reina parió un hijo, y contra voluntad del rey lo hizo bautizar, siempre rogándole quisiese ser cristiano, mas no lo quería hacer, ni oír hablar de ello; y el niño no vivió sino tres dias, y dijo él á la reina: Si tú le ofrecieras á mis dioses no muriera el niño. La reina le dijo: De esto no recibo pena alguna, antes doy gracias á mi Criador, que quiso recibir en su reino el primer fruto de mi vientre. El año siguiente parió la reina otro hijo, y fue asimismo bautizado, y estuvo tan malo, que todos pensaban que muriera; y dijo el rey á la reina: Bien te dije que no le bautizases, y viviera: mas no tiene ningun remedio, que mis dioses están airados contra mí por ello; y la reina por temor de su marido rogó á Dios por su salud, y luego fue sano.

CAPITULO III.

Como el rey Clovis hubo victoria contra sus enemigos, y creyó en la Fé de Cristo,

En este tiempo el rey Clovis hizo guerra con-

tra los Cristianos comarcanos vecinos de Francia ; y estando con todo su poder en el campo llano mandó que fuesen contados los soldados que tenia de pelea, y hallaron ser ciento y treinta mil ; y asimismo procuró saber de algunos cautivos cuantos eran los cristianos que le esperaban á la batalla que tenian ordenada, y dijéronle que serian hasta cincuenta mil hombres de pelea. Y despues que esto supo, teniendo la victoria por cierta, dió mucha priesa á mover su gente , é ir á buscar sus enemigos , que no estaban lejos ; los cuales, desde que supieron la venida de los paganos, los esperaron con magnánimos corazones, confiando en el ayuda de Dios. Puestos en buen órden, empezaron la batalla, y plugó á nuestro Redentor dar tal esfuerzo á los suyos, que en poco tiempo fueron los paganos desbaratados ; le fue forzoso al rey Clovis huir , y acogerse á un montecico , que cerca estaba , y de alli miraba como los suyos sin ninguna resistencia miserablemente morian á manos de los cristianos: y estando allí maldiciendo á sus dioses, se llegaron á él algunos de sus caballeros , que por la continua predicacion y amonestacion de la reina creian secretamente en la fe de Cristo, y le dijeron: Señor, sin duda esto procede del infinito poder del Dios de los cristianos, en quien la reina

nuestra señora cree, y adora; y segun parece, ya tus dioses ningun poder tienen, y conviene para salvacion tuya, y de tu gente, creer en el verdadero Dios que la reina continuamente predica. Estando en esto, vió el rei como sus gentes arrojaron las armas entendiendo solamente en huir, y acogerse al monte donde estaba, siguiéndolos sin ninguna piedad los cristianos: y viendo el rey esto, bañado en lágrimas, y puesto de rodillas, á grandes voces empezó á decir: ¡O Jesucristo, Hijo del verdadero Dios, en el cual mi muger cree, y de perfecto corazon predica, y notifica ser aquel que ayuda en las tribulaciones, y dá remedio á los que esperan en él! Con muy contrito corazon pido tu ayuda, porque sea mi gente librada de las crueles armas de los cristianos, que yo te prometo recibir tu santo bautismo con toda mi gente. Acabado de decir esto vió que los cristianos dejaron el alcance, y sin mandado de los capitanes se retiraron á donde estaban al principio de la batalla; y el Rey Clovis mandó tañer los añafles, y recoger la gente que le quedaba, y con ella se volvió á Francia, y contó á la reyna su muger lo que le habia acaecido con los cristianos, y ella hubo gran placer de ello.

CAPITULO IV.

Como el rey Clovis recibió el Bautismo por manos de san Remí; y como en su bautismo milagrosamente fue traída una redoma del cielo, de la cual hasta hoy dia son ungidos en su consagracion los reyes de Francia en la ciudad

Cuando la reina oyó que el rey habia prometido recibir el santo bautismo, fue muy alegre, y mandó llamar un santo hombre llamado Remí, para que instruyese al rey en la fe. El santo hombre lo hizo asi, y le doctrinó en todo lo que habia de creer y obrar, segun conviene al buen cristiano, y fueron edificadas iglesias, y hechas pilas para bautizar. Estando san Remí bautizando al Rey Clovis, y queriéndole untar con la crisma, como la manda la Iglesia, milagrosamente vieron los que presentes estaban una paloma que descendia del cielo con una redoma llena de crisma en el pico, y á vista de todos la dejó caer, y de ella fue primeramente ungido el rey Clovis, y despues todos los reyes de Francia que han sucedido, la cual redoma ha estado siempre, y aun está en la iglesia de san Remí: bautizado el rey, fueron bautizados los mas de su corte, y poco á poco todos los demas del reino.

CAPITULO V.

*Del primer libro, que contiene cinco capítulos,
y habla primeramente del rey Pipino, y de
Carlo Magno su hijo.*

Hace mencion el libro presente del rey Clovis, el primero rey de Francia cristiano, y duró su línea ó generacion hasta el rey Hildericus, el cual fué muy devoto y contemplativo, y curaba poco de las cosas mundanas, y sin egercitar las obras reales se metió en religion por hacer vida solitaria. Ahora deixo de hablar de la generacion del rey Clovis, que se acabó en este rey Hildericus, y contaré del rey Pipino, el veinte y cuatro rey de Francia, y de su hijo Carlo Magno, en cuyas hazañas tomó el presente libro origen y fin. Léese en el libro que se dice Espjo Historial, que puesto el rey Hildericus en religion, fué alzado por príncipe Pipino, noble caballero, de alta sangre, muy esforzado y sagaz en los hechos de guerra, y dotado de muchas virtudes, y fué tan querido de todos los del reino, que procuraron alzarlo por rey, aunque Hildericus vivia. Y habido su consejo cómo sin reprehension le podian alzar por rey, acordaron enviar una embajada al Papa llamado Zacarías con esta cues-

tion y demanda, diciéndole cuál era el mas digno de la corona real, el que vela y trabaja por la paz y tranquilidad del reino, ó aquel que solamente de su ánimo, puesto en relegion, hace vida solitaria? Y el Papa respondió que aquel que regia bien el reino, y le tenia en su justicia, era verdadero rey. Y visto esto, los grandes del reino, y mirando un dicho de Salomón, que dice: El príncipe negligente hace el pueblo perezoso, y que es bendita la tierra que tiene príncipe noble, alzaron al noble Pipino por rey, y fué ungido con autoridad apostólica por manos de san Esteban. Ordenó que los reyes de Francia sucediesen de generacion en generacion, y no heredasen las mugeres, porque ningun señor de estrañas tierras señorease el reino, y fué casado con la noble reina Berta, hija del grande Herclin César, de donde el linage de los Romanos, Germanos y Griegos descenden; por donde á buen derecho su hijo Carlo Magno fué elegido por Emperador de Roma. Reinó Pipino con gran prosperidad diez y ocho años, y fué enterrado en su Iglesia de san Dionisio cerca de París, y quedó el regimiento del reino á Carlo Magno su hijo, como por estenso se dirá.

CAPITULO VI.

Como Carlo Magno despues de hechas muchas constituciones con el Papa Adriano, fué alzado Emperador de Roma.

Carlo Magno, despues de la muerte de un hermano suyo, fué rey y señor de toda la provincia de Francia, y fué llamado Carlo Magno, asi por sus grandes virtudes y hazañas que hizo, como por el grandor de su cuerpo. Y en aquel tiempo el papa Adriano hacia continuamente guerra á los infieles, aumentando la fé cristiana, y destruyendo las heregias, edificaba iglesias, y mandaba hacer imágenes á representacion de los bienaventurados santos, en corroboracion de la fé de Cristo. Y Carlo Magno asimismo jamás cesaba de guerrear y destruir los infieles que confinaban con sus reinos. Venidas á noticia del papa Adriano las grandes virtudes y hazañas de Carlo Magno, envió á rogar que quisiese llegarse á Roma; lo cual luego puso por obra Carlo Magno, y con la gente de guerra que tenia, pasó los puertos, y entró en Italia, y llegado á Roma, fué con mucha honra y alegría recibido. Y dende á poco tiempo el papa Adriano allegó toda la gente que pudo, y con Carlo

Magno discurrió toda la Lombardía, y las otras provincias de Italia, tomando villas, ciudades y fortalezas que estaban en poder de los paganos, y tomaron la ciudad de Pavía, y eligieron un muy santo Hombre por obispo, y ordenaron ciento y cincuenta y tres obispos, arzobispos y abades, y fueron repartidos por toda la provincia: instituyeron asimismo grandes privilegios y constituciones en favor de la Iglesia. Tuvo Carlo Magno dos hijos, el uno se llamó Pipino, y el otro Luis; con los cuales, y con los doce Pares, que estaban juramentados, y habian prometido fidelidad el uno al otro, defendiendo la fe, hizo grandes guerras á los infieles; y despues que hubieron desarraigado las heregías de Italia, se volvieron para Roma. En aquel tiempo los romanos habian muerto á su emperador, y entre ellos habia discordia, y los unos querian á Constantino, hijo del emperador muerto, y los senadores querian otro. Viendo esto el papa Adriano, habló con ambas partes, loando las grandes virtudes y hazañas de Carlo Magno, de manera que todos tuvieron por bien de escogerle y alzar por emperador; dende á pocos dias falleció el papa Adriano, y sucedió el papa Leon, hombre de muy santa vida, el cual de consentimiento de los romanos coronó á Carlo Magno con la corona imperial.

CAPITULO VII.

De la estatura de Carlo Magno, y su modo de vivir.

Carlo Magno siendo emperador hizo muchas cosas maravillosas: imperó trece años, y antes habia reinado treinta y tres años. En tierra de Roma edificó muchas ciudades, restauró muchas villas y lugares, que fueron destruidos por grandes guerras, é hizo otras hazañas, que por escusar proligidades deixo de contar. Escribe Turpin, santo hombre, arzobispo que fué de Roma, el cual anduvo mucho tiempo en su compañía, que era hombre de mucho cuerpo, y bien fornido y proporcionado de miembros, con mucha ligereza, feroz en el mirar; la cara tenia larga, y traia continuamente la barba larga de un palmo, los cabellos negros, la nariz roma: tenia muy honorable presencia, los ojos como de leon, tirando algo á bermierjos y relucientes; las cejas y sobrecejas declinantes á rojas: si estaba enojado, con solo mirar espantaba; el cinto con que se ceñia tenia ocho palmos de largo; los muslos y pantorrillas bien fornidas, y grandes pies á maravilla. Su comer era dos veces al dia, y poco pan le bastaba: comia un cuarto de carnero, ú dos gallinas: su cena era de carne asada; bebia tres veces no mas

con poca agua, alcanzaba muy grandes fuerzas, y muchas veces le vieron hendir yelmos y cabezas hasta los dientes de un golpe de espada; y estando á caballo, alzar un hombre armado tan alto como su cabeza con un brazo solo. Tenia en sí tres condiciones de gran virtud. Primeramente era todo muy mostrado en mandar; era contrario del emperador Titus, hijo de Vespesiano, que era tan pródigo, que algunas veces no bastaba á dar lo que prometia. Segundamente era tan avisado en juzgar, que jamás se quejó nadie de él; y usaba algunas veces de piedad, segun la persona y calidad del delito. Terceramente era muy astuto en hablar; asimismo escuchaba con mucha atencion al que le hablaba.

CAPITULO VIII.

Como Carlo Magno doctrinaba sus hijos, e

hijas.

Hacia Carlo Magno enseñar á sus hijos é hijas las siete artes liberales, y siendo los hijos de edad, les hacia enseñar muy bien á cabalgar en caballos, y mandábalos armar de todas armas, y jugar achas de armas y lanzas, y despues justar, porque fuesen diestros en la guerra; y finalmente les hacia egercitar todo género de armas, y modo de pelear, asi á pie

como á caballo. Despues de esto les mandaba ir al monte á caza de jabalíes, osos y otros animales feroces, y mandábales siempre huir de toda ociosidad. A las hijas mandaba hilar, teger, labrar oro y seda, y otros egercicios mugeriles, porque el ocio no las hiciese caer en pensamienios desordenados, ni inclinarlas á vicios. Y cuando Carlo Magno estaba desocupado de sus graves negocios, se ocupaba en leer y escribir alguna cosa nueva, tomando el egeemplo que nos dejó san Pablo en sus epístolas, amonestándonos á hacer siempre alguna obra buena, porque nuestro enemigo no nos halle ociosos. En Aquisgran de Alemania en sus palacios mandó hacer una iglesia muy maravillosa, y la dejó mucha renta á honra de nuestra Señora.

CAPITULO IX.

Del estudio y obras caritativas de Carlo Magno.

Siendo Carlo Magno instruido en las artes liberales, y otras ciencias morales y espirituales, gastaba mucho tiempo en leer libros: visitaba la iglesia tres veces al dia, á la mañana, medio dia y á la noche. Las fiestas solemnes mandaba cumplidamente honrarlas, distribuyendo mucha cantidad de sus bienes. Era muy

caritativo y limosnero, no solo con sus vasallos, mas enviaba cada año á Siria, Egipto y á Jerusalem grandes tesoros para repartir á personas necesitadas. En sus comidas y cenas siempre tenia lectores que leian cosas de Dios, queriendo apacentar el alma de viandas espirituales, para dar gracias al Criador, cuando entendia en dar sustento corporal al cuerpo para conservar la vida: y entre otros libros, se deleitaba mucho en uno que llaman de *Civitate Dei*. Tenia por uso á las noches quebrar á veces el sueño y pasearse un rato rezando sus devociones. Enviaba cada año dos veces hombres buenos que visitasen las ciudades y villas de sus reinos por saber como eran regidos, y si se egecutaba justicia, porque no fuesen los pequeños agraviados de los mayores. Y oyendo Aaron, rey de Persia, la magnificencia y nobleza de Carlo Magno, le envió un elefante, y el cuerpo de san Cipriano, de san Esperatus, y la cabeza de san Pantaleon, mártires.

CAPITULO X.

Como el Patriarca de Jerusalem envió sus mensajeros á Carlo Magno, que le diese socorro

contra los turcos.

Léese en el Espejo historial, que en el tiempo que Carlo Magno fué coronado emperador

de Roma, fue el patriarca de Jerusalem tan combatido y opuesto, que despues de muchas batallas, y de haber perdido la mayor parte de su gente, hubo de demandar consejo á algunos de sus ancianos caballeros, y muy sabidos en los hechos de guerra; y algunos de ellos, temiendo la muerte mas que que peder la honra, le decian que hiciese algun partido con los turcos, porque no perdi-sen las vidas. El partido que los turcos le querian hacer era que dejasen la ciudad con todas las armas y pertrechos que en ella habia, y otros le decian que les pidiese treguas por algun tiempo, lo cual nunca quisieron hacer los moros. Y no hallando ningun remedio, ni sabiendo modo para poderse defender los turcos, inspirado de las gracias de Dios nuestro Señor, vinole á la memoria las virtudes y hazañas de Carlo Magno, y asimismo su buena vida, y luego le envió las llaves del santo sepulcro y de la ciudad, y le envió el estandarte é insignia de nuestro Redentor, como firme pilar de toda la cristianidad, y defensor de la fe. Esto hecho, el Patriarca se vino á Constantinopla al emperador Constantino, su hijo Leon llevó consigo á Juan de Nápoles, y á otro llamado David, los cuales el emperador Constantino envió luego á Carlo Magno, y con ellos envió otros dos que

eran hebreos, el uno llamado Isaac, y el otro Samuel; y les dió una carta de su mano para Carlo Magno, la cual contenia estas palabras: *Parecióme una noche que veia delante de mi cama una muger maravillosamente hermosa, la cual me decia: Constantino, muchas veces has rogado á Dios que te diese ayuda contra los turcos que tienen la tierra santa; pues tanto lo deseas, haz esto: Procura tener de tu parte á Carlo Magno; y mostróme un caballero armado de lucientes armas, con una espada ceñida de gran valor, y una gruesa lanza en la mano, de cuyo hierro salian muchas centellas de fuego, y era muy bello y hermoso de rostro, y bien dispuesto de cuerpo, la barba crecida, los ojos relucientes, y sus cabellos empezaban á embtanquecer. ¡O Augusto, que nunca te apartaste de los mandamientos de Dios! alégrate en Jesucristo, en tu alma le da gracias: seas acertado en justicia, como has sido nombrado en honra, porque Dios te dé perseverancia en el bien.* Cuando Carlo Magno vió la carta, lloró amargamente, por estar el santo sepulcro en poder de paganos, y mandó al arzobispo Turpio predicase por todo el reino las lastimosas nuevas; y á esta causa fueron movidos muchos cristianos á acompañar á Carlo Magno.

CAPITULO XI.

Como Carlo Magno se partió con gran número de gente para Jerusalem.

Carlo Magno hizo pregonar por todos sus reinos y provincias, que qualquiera que quisiese haber sueldo para la tierra de turcos, se vienesse á París; y quando se supo que el emperador queria pasar en persona por capitán, muchos caballeros principales tuvieron por bien de dejar sus casas, muger é hijos, y pasar la mar en compañía de tan noble capitán; y así fueron juntados en poco tiempo treinta mil hombres de pelea, con los cuales se partió Carlo Magno, con mucha esperanza de victoria, viéndose acompañado de tan lucida gente: llegados al puerto, y embarcados, tuvieron buen viento, y en pocos dias llegaron á Turquía, y por consejo de los adalides entraron en un gran monte, que tenia quince leguas de largo y diez de ancho, que bien pensaron los guías pasarlo en un dia, y aun en dos no pudieron, y toparon muchos leones, osos, tigres, grifos y otros animales feroces que les hicieron mucho daño, y especialmente de noche, que con la fatiga de ellos perdieron el camino, y no sabian á donde ir, ni qué se hacer; y andando de esta suerte

buscando el camino, vino la noche, y se hallaron muy turbados, cansados y sin vituallas. Viendo esto Carlo Magno, los mandó juntar todos en el valle, y puso los mas descansados á las entradas del valle para defenderse de los animales que con furor los acometian para hartar su hambre; y Carlo Magno, retirado al pie de un árbol, encomendóse al todo poderoso Dios, rogándole hubiese piedad de su gente, y empezó á rezar el salterio, y llegando al verso *Deduc me in semitam mandatorum tuorum, quia ipsum volui*, oyeron una ave que á grandes voces dijo: *Tu oracion es oida*. Quedaron todos maravillados, mas no por eso dejó Carlo Magno de rezar. Cuando llegó al verso *Educ de custodia animam meam*, el ave con mayores voces dijo: *O Carlo, tu oracion es oida*. Entonces mandó Carlo Magno mover todo su ejército, y puesto en buen orden, llevando el emperador la delantera, comenzaron á seguir el ave, la cual los guió hasta meterlos en el camino derecho; y es claro que aun ahora se hallan tales aves en aquel monte, y guian muchas veces los peregrinos que han perdido el camino. Salidos los cristianos del monte, vieron hasta cien mil infieles puestos en tres tercios: apercebidos los cristianos, y puestos en orden, comenzaron una cruel batalla: mas Dios por su infinita miseri-

cordia dió victoria á los suyos, y volviendo los turcos las espaldas huyeron hasta Jerusalem, pensando descansar en la ciudad; mas los cristianos los siguieron de tal suerte, que á la entrada de la ciudad se hallaron juntos, y entraron tambien con ellos, de manera que presto fueron señores de la ciudad, y mataron todos los turcos que en ella hallaron, ganando asimismo todos los lugares que los cristianos habian perdido, y descansó Carlo Magno con su gente algunos dias.

CAPITULO XII.

De las reliquias que Carlo Magno trajo de la tierra santa, y de los milagros que nuestro redentor Jesucristo hizo.

Queriendo Carlo Magno volver para su tierra, el emperador de Constantinopla y el patriarca de Jerusalem le quisieron dar grandes riquezas de piedras preciosas, oro, plata, elefantes, dromedarios, camellos, y otros animales no vistos en estas partes, y él ninguna cosa quiso tomar, diciendo hizo aquello por servicio de Dios, y no por otra cosa: mandó á los suyos, que ninguno osase tomar nada de ellos, so pena de muerte. Entonces dijo el patriarca: Señor, pues que de estas riquezas no haces cuenta, mostrarte hemos otras que no tienen precio. Y Carlo

Magno le respondió, que le placia mucho ver-
las, fue mandado ayunar tres dias, y el cuarto
dia fueron ordenadas doce personas de buena
vida para que sacasen las santas reliquias. Carlo
Magno se confesó con el arzobispo Ebron, y
recibió el cuerpo de Cristo, y los doce escogi-
dos empezaron á cantar las letanias, y algunos
salmos del salterio; y el prelado de Nápoles,
llamado Daniel, abrió un cofre donde estaba
la preciosa corona de Cristo nuestro reden-
tor, de la cual salió tan suave olor, que todos
los que presentes estaban pensaron que estaban
en el paraíso. Entonces Carlo Magno, lleno de
fe y abundancia de lagrimas, se puso de rodi-
llas, y con muchos gemidos y sollozos rogó á
Dios que por mas gloria de su santo nombre
quisiese renovar los milagros de su pasion: y
luego al punto vieron la corona de espinas de
nuestro Redentor florida, y de ella salian tales
olores, que todos estaban muy maravillados: y
el prelado Daniel tomó un cuchillo muy agudo,
y limpiólo para cortar la corona, y cortándola
continuamente salieron nuevas flores, y crecia
aquel suave olor, y cortada una parte de la co-
rona, mandó Carlo Magno echarla en un cofre-
cito de mármol, que para ello tenia aparejado,
y echaron en él asimismo muchas espinas de la
dicha corona; y tomando Carlo Magno el

cofrecito en las manos para darle al arzobispo Ebron, dejándolo Carlo Magno antes que el arzobispo llegase á él, vieron estar el cofre en el aire, sin que nadie le tuviese; y visitando despues la dicha corona, hallaron las flores convertidas en maná, de la manera que Dios le envió á su pueblo en el desierto; y mientras sacaban las santas reliquias, hizo Dios grandes milagros, sanando cojos, mancos, paralíticos y leprosos, y el pueblo á grandes voces decia: Verdaderamente este es dia de salud y resurreccion, y por el suave olor de estas flores, toda la ciudad está purificada, y llena de gracia. Trecientos y cinco enfermos se hallaron sanos de sus enfermedades, y entre ellos fue curado un hombre que habia estado veinte y cuatro años ciego, sordo y mudo, y al tiempo que se abrió el cofre donde estaba la preciosa corona, cobró la vista, y empezándola á cortar, cobró el oír, y en floreciendo, cobró la habla. Y despues el prelado Daniel tomó un clavo de los con que fue enclavado nuestro Redentor en la cruz, y con mucha reverencia le puso en el relicario de alabastro, y entonces fue sano un mancebo que de su nacimiento tenia la parte siniestra del cuerpo seco é impotente, el cual vino corriendo ligeramente á la iglesia, dando loores y gracias á nuestro redentor Jesucristo.

A mas de estas santas reliquias, llevó Carlo Magno una parte de la cruz de nuestro redentor Jesucristo, y el santo sudario, la camisa de nuestra Señora, y un paño en que envolvió su bendito Hijo, y los brazos de san Simeon. Y así se despidió Carlo Magno del emperador, del patriarca, y de los otros señores, y se volvió muy alegre con las reliquias para Alemania, y pasando cerca de un castillo, vió llevar un niño muerto á enterrar, y mandó que lo tocasen con las reliquias, y resucitó. Concurrió allí gran multitud del pueblo para verlas, é hizo Dios muchos milagros: cobraron salud muchos enfermos, vista los ciegos, doce endemoniados fueron libres, ocho leprosos sanos, quince paralíticos, catorce cojos, treinta mancos, cincuenta y dos corcobados, setenta y cinco de gota coral, muchos gotosos, así naturales como extraños. Y fueron puestas las santas reliquias en una devota iglesia que Carlo Magno mandó hacer en Aquisgran á honra de la Virgen señora nuestra, y fue ordenada y establecida una fiesta cada año en el mes de julio, que se muestran las santas reliquias, y se ganan muchos perdones; y fueron presentes á tal institucion el papa Leon, el arzobispo Turpin, Aquiles obispo de Alejandría, Teofilo de Antioquía, y otros muchos arzobispos, obispos y abades.

CAPITULO XIII.

*Como en un lugar llamado Mormionda estaba
Carlo Magno haciendo guerra á los
paganos.*

En el libro primero he hablado del primer rey de Francia cristiano: desciendo, segun mi propósito, hasta Carlo Magno, cuyas hazañas no podia ningun hombre enteramente contar, ni la de los doce Pares, de cuyas proezas hablaré en su lugar, segun lo hallé en las crónicas francesas; y lo que arriba está escrito, lo he sacado de un libro auténtico, llamado Espejo Historial, y sin discrepar en ninguna cosa, lo traduci de latin en lengua castellana. Y este segundo libro que estaba en metro francés me rogaron lo pusiese en castellano, ordenado por capítulos, y dijese que Fierabras fue un maravilloso gigante, que fue vencido de Oliveros y recibió el bautismo, y fue santo. Despues de la cruda batalla de Oliveros, hablaré de las reliquias que cobraron los cristianos, de las que fueron llevadas á Roma, y estaban en poder del almirante Balán, padre de Fierabrás. Y en este libro no entiendo hacer otra cosa, sino volver los versos franceses en prosa castellana, siguiendo al pie de la letra, sin añadir, ni quitar cosa alguna; y este libro es por la mayor parte

aplicado á la honra de Oliveros, aunque haya otras materias y muchas sentencias, y entiendo hablar de cada uno de los principales varones de Carlo Magno, que se dicen doce Pares de Francia, que eran capitanes del egército, y eran hombres de mucha estima y virtud, valientes por sus personas, grandes señores, y de noble sangre. Ya de valientes habia muchos segun hallo en las crónicas francesas; primera-mente Roldán, conde de Ceconia, hijo de Miron y de Berta, hermana de Carlo Magno: Oliveros, conde de Genés, hijo de Regner: Ricarte, duque de Normandía: Guarin, duque de Lorena: Guiste, señor de Bordolois: Hoél, conde de Nantes: Ogér de Danois, rey de Daria: Lamberto, príncipe de Bruselas: Tietri, duque de Dardania; y Basin de Beasibais: Gui de Borgoña: Guadabois, rey de Frisa: Galalón, que hizo despues la traicion, como diré al fin del tercero libro: Sanson, duque de Borgoña: Riol de Mans: Alor, y Guillermer Cesot: Naimés, duque de Fenaria, y otros muchos, que aunque no andaban continuamente con Carlo Magno, eran sus súbditos, y hacian lo que les mandaba: mas la mayor parte de los nombrados le acompañaban siempre.

CAPITULO XIV.

Como vino Fierabras al egército de Carlo Magno buscando cristiano ó cristianos con quien pelease.

El almirante Balán era un gran señor muy poderoso, y tenia un hijo llamado Fierabrás, hombre de maravilloso grandor, y de grandísimas fuerzas, y de magnánimo corazón, y muy diestro en todas armas, y era rey de Alejandria, y señor de toda la provincia de Babilonia hasta el mar Bermejo y Jerusalem. Con muy gran número de infieles entró una vez en Roma, y se llevó la corona de nuestro redentor Jesucristo, y los santos clavos con que le enclavaron en la cruz, y otras muchas reliquias, de las cuales en el presente libro he hecho mencion como las cobraron los cristianos con grandísimo trabajo de Carlo Magno, y llamábase Fierabras de Alejandria, el cual como supiese de sus espías que el emperador Carlo Magno, y los doce pares de Francia estaban en Mormionda con un grande egército, lleno de soberbia y arrogancia, confiando en sus grandes fuerzas y destreza, cabalgó en un brioso caballo, y tomando una gruesa lanza, se fue solo á Mormionda, y no hallando con quien pudiese ha-

biar, con espantable voz comenzó á decir de esta manera: O emperador Carlo Magno, hombre cobarde y sin ninguna virtud, envia dos, tres ó cuatro de los mejores de tus varones á un hombre solo, que espera batalla, aunque sea Roldán, Oliveros, Tietri, y Oger de Danois; que te juro á mis dioses que no les volveré cara, aunque sean seis, cata que estoy en el campo solo, y muy alejado de los míos: y si esto no haces, por todo el mundo publicaré tu cobardía, y de los tuyos indignos de llamarse caballeros. Pues tuviste osadía de acometer la morisma, y de ganar reinos y provincias, ten esfuerzo de dar batalla á un solo caballero. Dicho esto, ató su caballo á un árbol, quitóse el yelmo, y se tendió en el suelo, y dende á poco alzó la cabeza, mirando á todas partes si venia alguno; y despues que no vió á ninguno, dando mayores voces comenzó á decir: O Carlo, indigno de la corona que tienes, con solo un caballero moro pierdes la honra que en grande multitud de moros muchas veces has ganado. O tú Roldán, Oliveros, y tú Oger de Danois, y los que os llamais doce pares, de quien tantas hazañas he oido, ¿cómo no osais parecer delante un solo caballero? Habéis por ventura olvidado el pelear, ó vos hace miedo mi lanza? Venid, venid todos doce, pues uno solo no osa.

CAPITULO XV.

Como preguntó el emperador á Ricarte quién era Fierabrás.

Carlo Magno el emperador oyendo las palabras de Fierabrás, maravillándose mucho de su atrevimiento, preguntó á Ricarte de Normandía, que quién era el pagano que tanto le amenazaba? Y respondió Ricarte: Señor, este es hijo del almirante Balán, hombre de muy grandes rentas, y señor de muchas provincias, y es el hombre mas feroz del mundo. Llámase Fierabrás, y es aquel que entró en Roma, y mató al apostólico y á otros muchos, y robó las iglesias, y se llevó las santas reliquias, por las cuales tantos trabajos y fatigas has recibido; es hombre de grandes fuerzas, y muy diestro en todas armas. Entonces dijo Carlo Magno: Tengo esperanza en Dios, que su gran soberbia y locura será humillada y abatida. Y viendo que ninguno de los doce se movia para la batalla, tuvo algun enojo entre sí, y sin darlo á conocer á nadie, llamó á su sobrino Roldán, y díjole: Sobrino, yo os ruego os armeis, y salgais á la batalla con Fierabrás, que yo espero en Dios sereis victorioso.

CAPTULO XI.

De la respuesta de Roldán al emperador

Carlo Magno.

Señor, respondió Roldán al Emperador, por cierto yo no iré á la batalla si no van otros primero, y la causa es esta: Que la postrera batalla que dimos á los paganos, los nueve caballeros fuimos cercados de cincuenta mil moros, é hicimos tanto de nuestras personas, que la mayor parte de ellos metimos á muerte, mas no sin grande trabajo y heridas de nuestros cuerpos, como se vé por el buen conde Oliveros, que está á la muerte de ellas, cuando llegamos á tu acatamiento, y estando cenando, digiste públicamente, que los caballeros ancianos lo habian hecho mejor en la batalla que los mozos: pues que así es, envia tus ancianos caballeros, y verás como habrán con Fierabrás, y en mí no renegas esperanza alguna, ni de mis compañeros, si no quieren perder mi amistad. Cuando Carlo Magno oyó á Roldán, con grande enojo que hubo le arrojó una manopla de acero y le dió en las narices, y Roldán cuando vió su sangre, con gran furor echó mano á la espada, y de hecho hiriera al emperador su tío si no se metieran los caballeros en medio; y Carlo Magno mandó á grandes voces que lo prendiesen, y lo

sentenciasen á muerte. Roldán sacó su espada, y dijo: No se llegue nadie á mí, sino el que tuviere aborrecido el vivir: el que se moviere, sacarle he presto del mundo. Y Roldán era tan querido de la corte, que á todos pesó de su discordia: ni hicieron algun semblante de prenderlo, por mas que lo mandase el emperador. Apartado Roldán de delante de Carlo Magno, se llegó Oger de Danois á Roldán, y le dijo: Señor Roldán, mucho errasteis en lo que hicisteis, y á vos era dado honrarle y obedecerle mas que á otro alguno, asi por el deudo, como porque vos honró mas que á otro. Y como Roldán hubiese perdido la saña, dijo: Señor Oger, en verdad yo le matára, si vosotros no os halláredes alli; mas soy de ello muy arrepentido, y me pesa de haberle enojado.

CAPITULO XVII.

De una reprehension del autor contra Carlo Magno y Roldán por la cuestion pasada.

Primeraamente quiero hablar contigo, Carlo Magno, noble emperador, de las cuestiones que con tu sobrino el muy esforzado Roldán hubiste, pues asi por la edad, como por las ciencias y doctrinas, á las cuales desde tu infancia te dedicaste no debias hablar de la constancia de

los ancianos y la mudanza fácil de los mozos; por qué alababas tan públicamente á los ancianos mas que los nuevos caballeros, pues sabias que el noble Oliveros estaba á la muerte de las heridas que aquel dia recibió? Pues á tu sobrino Roldán, quién le vió jamás huir de llevar la delantera en todas las fronteras y batallas? Y quién se halló jamás de mayor corazon ni osadía, al cual ninguna multitud de paganos jamás le espantó, ni hizo volver atrás? Acordásete debia de las grandes honras que por sus señaladas hazañas habias recibido. Miráras tambien, sagáz y discreto viejo, que los primeros movimientos no están en manos del hombre. Miráras en el dicho del filósofo, que dice: *Vindictam differ donec pertranseat furor*. Que no debe el hombre vengarse siendo envuelto en ira. Tragéras á la memoria el dicho del Eclesiastés en el décimo capítulo: *Nihil agas in operibus injuriæ*. Consideráras que todos los vivientes desean la gloria y alabanza de sus buenos hechos; y por esto se ponen asi los reyes y grandes señores como los menores en las grandes afrentas y peligros; y los caballeros menospreciando el vivir, por dejar loable fama, ponen sus vidas al tablero por sus reyes y señores; lo cual muchas veces hizo tu leal sobrino Roldán, y en lugar de su digna alabanza y ga-

lardon, te oyó alabar á otros que no tan bien como él lo merecian. Y tú Roldán, noble y valiente caballero, en quien nunca faltó virtud, ¿de dónde te procedió responder con tanta soberbia al emperador, hombre de tanta honra y valor, á quien la mayor parte del mundo teme, y honra? A tu tio, de quien tantas honras y mercedes has recibido? Mas razon trae cierto que le sufrieras, que no que le habláras con tanta descortesía; y si todo esto no te movia á paciencia, miráras que todos los mozos son tenidos de catar honra y obediencia á los ancianos. Miráras asimismo el egeemplo que nos dió Isaac en la obediencia que tuvo á su padre, y al dicho del apóstol: *Juvenes levant animos adimuntque timorem.* Y el apóstol san Pablo nos dijo en su epístola, que debemos mucha honra á los viejos, y los debemos sufrir y comportar como padres; y si el emperador loó á los ancianos, no por eso deshonoró proezas de los mozos, mas nunca tiene el hombre ninguna injuria por pequeña.

CAPITULO XVIII.

Como Oliveros, herido de muchas heridas, demandó licencia á Carlo Magno para salir á la batalla con Fierabrás.

Estaba Carlo Magno triste y enojado, asi de

Don Roldán, como porque ninguno de los suyos se ofrecia á responder á la demanda de Fierabrás; quiso armarse para salir á él, si le dejáran los caballeros. Y venido esto á noticia de Oliveros, que estaba en la cama herido, hubo de ello gran enojo, asi por la discordia de Roldán con Carlo Magno, como tambien por no hallarse dispuesto para la batalla de Fierabrás. Y despues que supo que ninguno de los doce pares se movia á servir á Carlo Magno en esto, y certificado del menosprecio y amenazas que Fierabrás hacia á Carlo Magno y á sus caballeros, y movido de gran magnanimidad, y muy leal corazon de servir á su señor, y por el deseo que siempre tuvo de emplear sus fuerzas contra infieles, saltó de la cama, estirando los brazos y miembros por ver si comportarian el trabajo de las armas; y miéntras se vestia, mandó á Guarín su escudero, que presuntamente le aparejase las armas, y el escudero le dijo: Señor, habed merced de vuestra propia persona, que parece que voluntariamente quereis acortar vuestros dias. Y Oliveros le dijo: Haz presto lo que te mando, que no se debe tener en nada la vida, donde se espera ganar honra: gran mengua seria mia, si el pagano se fuese sin batalla: y pues dicen que en la necesidad se conoce el amigo, no es justo dejar al

emperador mi Señor en tanta congoja. Guarín le armó de todas armas, y armado Oliveros, saltó de un salto veinte y cinco pies, y del salto se le abrieron las llagas, y salió de ellas abundancia de sangre: mas ni por ruegos del escudero quiso desarmarse, ni dejar de ir á la batalla, y luego ciñó su espada llamada alta clara, y ensillado su caballo saltó en él sin poner pie en el estrivo, y puesto el escudo al brazo, Guarín le dió una gruesa lanza, y hecha la señal de la cruz se encomendó al todo poderoso Dios, suplicándole por su infinita piedad le quisiese guardar en la batalla que esperaba tener con el mas feroz pagano que en aquel tiempo habia; y así fué adonde estaba Carlo Magno acompañado de muchos caballeros, entre los cuales estaba Roldán, al cual pesó mucho cuando vió á Oliveros armado: ya sabia estaba muy mal herido, y de grado tomára la empresa de la batalla sino por el juramento que hizo. Y llegando Oliveros delante del emperador, hecho el debido acatamiento, dijo: Muy noble y esclarecido señor, suplicote quieras oír mis razones. Ya sabes como ha nueve años que estoy en tu servicio, y te he servido segun mi poder, aunque no segun tu grande merecimiento, y por ende te suplico que ahora en una merced me sea todo galardonado. Y Carlo Mag-

no le respondió: Oliveros, noble conde, pide lo que quisieres, que ninguna cosa te será negada. Y Oliveros le dijo: Señor, suplicote que me des licencia para responder á Fierabras que tantas veces ha llamado, y en esto serán mis servicios bien galardonados. Fué Carlo Magno muy maravillado, y sus caballeros, de la demanda de Oliveros, y respondióle diciendo: Oliveros, de esto no tengas confianza, que no te daré tal licencia: pides batalla con el hombre mas feroz del mundo, y estás herido de muerte. Entonces se levantó Galalón, y otros parientes que hicieron la traicion, como en el último libro se dirá, y dijo: Señor, está ordenado y establecido en tu corte, que ninguna cosa que tú mandases, no revocases ni dejases de hacer: por eso es justo que Oliveros alcance la merced que mandaste. Y Carlo Magno le dijo: Galalón, tú tienes malas entrañas, como te he dicho otras veces: por lo que digiste, dejaré ir á Oliveros á la batalla; mas si muere, tú y todo tu linage lo pagareis con la vida, como traidores. Y cuando Carlo Magno vió que no podia negar la merced á Oliveros, le dijo: Oliveros, ruego á nuestro Señor Dios, que por su misericordia te dé gracia de salir victorioso, y te dege volver con salud ante mis ojos, y echóle el guante, y Oliveros le recibió

con grande alegría, y despidióse de él y los demas caballeros, y se fué para la batalla.

CAPITULO XIX.

Como el Conde Regner rogó á Carlo Magno no dejase ir á Oliveros su hijo á la batalla con Fierabrás.

El Conde Regner cuando supo que su hijo Oliveros iba á la batalla, con abundancia de lágrimas, temiendo su muerte, se echó á los pies de Carlo Magno diciendo: Señor, yo te ruego hayas piedad de mi hijo y de mí; ya no tengo otro consuelo ni esperanza en mi vejez, sino aquel hijo, y habed asimismo piedad de su ardiente mocedad; y si esto no te mueve á piedad, muévante las mortales heridas que en su cuerpo tiene, por las cuales no tiene disposicion para pelear, ni aun para sufrir las armas; por donde ni tú serás vengado del feroz Gigante, ni mi hijo evitará la muerte, ni yo quedaré libre del temor y recelo de mi esperada vejez. Y díjole Carlo Magno: Regner, yo no puedo revocar la merced que él ha demandado, y le otorgué; ya di mi guante en señal de licencia, mas espero en Dios que le veremos volver victorioso, y con salud. Entonces se volvió Regner á su hijo, y mezclando algunas palabras con muchas lágrimas, le dió su bendición, y se

partió Oliveros en busca del Gigante Fierabrás, y salieron todos á mirarlo, lo uno porque sabian que estaba malamente herido, y porque tenian gran placer de verle armado.

CAPITULO XX.

Como Oliveros habló á Fierabrás, y como el Gigante le menospreció.

Llegado Oliveros al lugar donde estaba Fierabrás, y viendo estar á la sombra de un árbol desarmado y durmiendo, despues de haberlo mirado, le llamó diciendo: Levántate, Pagano, y toma tus armas y caballo; pues tanto me llamaste, he venido para ver si eres tan feroz en los hechos, quanto tienes la fama y el parecer: Fierabrás alzó la cabeza, y viendo un solo caballero, no hizo caso de él, y volvióse á echar, y Oliveros le llamó otra vez; y Fierabrás le preguntó quién era, que tan simplemente venia á la muerte? Oliveros le dijo: Pagano, levántate, y toma tus armas y caballo, y vén á la batalla, que no es hecho de caballero de estar tendido en el suelo viendo su enemigo delante. Dices que vine yo á buscar la muerte, es muy cierto; mas la tuya, como verás presto. Y Fierabrás se asentó y dijo asi: Osadamente hablas aunque eres pequeño de cuerpo, y si to-

mas mi consejo, te puedes volver, y así alargará la vida; y si todavía porfias de hacer armas conmigo, cumple que me digas tu nombre, y la sangre de donde descienes. Y Oliveros le dijo: Tú no puedes saber mi nombre hasta que sepa el tuyo: no me pareces en tus razones tal cual mostraban tus amenazas contra el noble emperador, el cual me envió aquí para que diese fin á tus días, ó á lo menos, dejando tus ídolos hechos por manos de hombres sin entendimiento ni virtud, creyese en la santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios todo poderoso, Criador del cielo, y en la gloriosa virgen, santa María. Y cuando creyese firmemente todo esto, mediante el agua del santo bautismo, que sobre esto fué establecido, te podrás prevenir á la gloria eterna. Y Fierabrás dijo: Quien quiera que tú seas, eres muy presuntuoso en tu habla; y porque conozcastu loco atrevimiento, quiero decir quien soy: Yo soy Fierabrás de Alejandría, hijo del grande almirante Balán; yo soy aquel que destruyó á Roma, que mató al apostólico y á otros muchos, y llevé todas las reliquias que hallé, por las cuales habeis recibido tantos trabajos, y tengo á Jerusalén y el sepulcro donde fué puesto vuestro Dios. Y Oliveros le dijo: Fierabrás, yo he habido placer de saber tus nuevas,

y ahora tengo mayor deseo de la batalla, y soy mas cierto de la victoria; levántate, y vente presto, que por ella se ha de librar nuestro pleito, y no con palabras. Y díjole Fierabrás: Cristiano, yo te ruego me digas qué hombres son Carlo Magno, Roldán y Oliveros, porque los he oido nombrar muchas veces en las partes de Tarquía. Y Oliveros dijo: Pagano, sepas que Carlo Magno es poderoso señor, y muy valiente por su persona, y hombre de gran consejo y sagacidad, así en el regimiento de sus reinos como en hechos de guerra; y levántate si no quieres que te hiera así como estás, y arrepentirte has cuando ya no tuvieres remedio. Y entonces Fierabrás, le dijo: Dime, caballero, ¿cómo no envió Carló Magno á Roldán ú Oliveros, de quien tantas hazañas he oido? O por qué no enviaba cuatro ó cinco de los pares, si uno no osaba? Y díjole Oliveros: Roldán jamas hizo cuenta de un solo pagano por mas nombrado que fuese, y solamente por menosprecio tuyo no quiso venir á esta batalla: si tú traeras tu compañía, él solo te saliera á recibir, y vieras entonces quien era. Y el pagano le dijo: Y tú quien eres, ó en qué erraste á Carlo Magno que así te envió aqui, como quien envia un cordero al carnicero? Yo te juro á los dioses en quien creo, que por tu buen habla y

parecer tengo lástima de tu mocedad: toma mi consejo: vuelve á Carlo Magno, y dile que me envíe seis de los doce pares, que juro al poder de mis dioses de los esperar, y dar batalla. Y Oliveros le respondió: pagano, no te cures de tanta plática y dilacion, que si no te levantas, hago juramento á la órden de caballería, que aunque me sea feo, he de herirte, y hacerte levantar mal de tu grado. Y dijo el pagano: Dime, pues, tu nombre, antes que me levante; y dijo Oliveros: Yo me llamo Guarín, pobre hidalgo, nuevamente armado caballero, y esta es la primera cosa en que sirvo al emperador mi señor; y poniendo su lanza en el ristre, hirió al caballo con las espuelas, fingiéndole de herirlo, y del salto que dió, se le abrió una llaga que tenia en un muslo, y saltó gran copia de sangre, de tal manera que la vió Fierabrás salir por entre las armas, y le preguntó, si estaba herido, ó de donde procedia aquella sangre? Y Oliveros le dijo, que no estaba herido, y que la sangre procedia del caballo, que era duro á las espuelas. Y viendo Fierabrás que salia por las junturas de las armas, le dijo: Por cierto Guarín, tú no dices verdad, que no puedes negar que tu cuerpo está llagado, y decirte he como sanarás en un punto, aunque mas llagas tuvieses: llégate á mi caballo, y hallarás dos barrilejos

atados al arzon de la silla llenos de bálsamos, que por fuerza de armas gané en Jerusalem, y de este bálsamo fue embalsamado el cuerpo de tu Dios cuando le descendieron de la cruz, y fue puesto en el sepulcro, y si de ellos bebes, quedarás luego sano de tus heridas. Y Oliveros le dijo: Pagano, cumplido en tus razones mas que de hechos, no tengo cura de tu brebaje: si no te levantas, como villano te haré dejar el hablar, y despedir del vivir. Y Fierabrás le dijo: Eso no es cordura, Guarín, y te arrepentirás si en batalla entras conmigo.

CAPITULO XXI.

Como Oliveros ayudó á armar á Fierabrás; y de las nueve espadas maravillosas: y como Oliveros dijo quien era por su nombre.

Como Fierabrás hubo rogado á Oliveros que dejase su demanda, y no quisiese entrar en batalla con él, y en ninguna manera no lo queria hacer, le dijo: Guarín, tú estás todavía en tu loca porfia; mas creo que cuando me vieres en pie, que solo de la vista te espantarás. Y Oliveros enojado de sus pláticas abajó la lanza, é hizo semblante que le iba á dar, diciendo: Levántate villano: y entonces Fierabrás con gran furor se levantó y dijo: por tu vida Guarín me

digas qué hombre es Roldán y Oliveros, y la estatura de sus cuerpos? Y Oliveros le respondió: Oliveros es de mi grandor y tamaño. Roldán, quanto al cuerpo, algo menos, mas de corazon y valor de su persona no tiene par en el mundo. Y dijo Fierabrás: por lo fé que debo á Polo y á Tavalgante, mis caros dioses, que me maravillo de lo que dices, que si doce caballeros como tú estuviesen ahora aqui, no tendria por grande hazaña meterlos á filo de espada. Mucho hablas, dijo Oliveros, y creo que de mí solo tienes miedo, y por eso dilatas la batalla; ármate, y sal luego, que ni tu grandor me espanta, ni tus alabanzas te hacen mejor de lo que eres. Entonces Fierabrás dijo: Guarín, yo te ruego te apees y me ayudes á armar. Y Oliveros le dijo: no creo fuese esto fiar en tí. Y Fierabrás respondió: con mucha seguridad te puedes fiar de mí, que nunca en mí reinó traicion ni vilza. Entonces Oliveros saltó ligeramente del caballo para armar á su enemigo, y le dijo: Guarín, yo te ruego en tus hechos seas hidalgo; y Oliveros le dijo que lo sería, y así le empezó de armar, y primeramente le vistió un cuero cosido, y despues una gruesa cota de malla, y luego un peto de acero, y encima de todo esto un arnés muy reluciente, guarnecido de piedras preciosas de infinito valor. Vista la cortesía de Oliveros, nue-

vamente le rogó Fierabrás que dejase la demanda, ofreciendo todo el pre de la batalla; y Oliveros le dijo: pagano, no cures de hablar en eso, que yo te llevaré muerto ó vivo á Carlo Magno mi señor. Entonces Fierabrás ceñió la espada llamada Pioranza; y tenia otras dos al arzon de la silla, la una se llamaba Baptiso, y la otra Graban; las cuales eran de tal temple, que ningun arnés por fino que fuese las melló ni hizo señal en ellas. Hicieron estas espadas tres hermanos, y cada uno hizo tres; llamábase el uno Galsus, el otro Monificans, y el otro Ausiax. Ausiax hizo las espadas llamadas Baptiso, Pioranza y Graban, las cuales tenia Fierabrás. Munificans hizo las espadas llamadas Durandal, esta hubo Roldán: la otra llamada Salvagina, y la otra Cortante: éstas hubo Oger de Danois. Galsus hizo las espadas llamadas Flamberge y Altaclara: estas tenia Oliveros, y la otra se llamaba Joyosa; esta tenia Carlo Magno. Estos tres hermanos milagrosamente hicieron estas nueve espadas, que antes ni despues nunca hicieron otras tan buenas: y ceñida la espada Oliveros, rogó á Fierabrás que cabalgase, mas no quiso cabalgar hasta que vido á Oliveros en su caballo; y entonces sin poner pie en el estrivo, saltó muy ligeramente en la silla, ya armado. Era cosa espantable de ver que tenia quince

pies de largo y bien fornido segun la grandezza, y puesto un escudo de acero al caballo, en medio del cual tenia pintado al Dios Aplin, y encomendándose á él, tomó una muy gruesa lanza en la mano, que á un árbol tenia arrimada, y vuelto con fiero semblante á Oliveros, meneando su lanza como si fuera una paja, otra vez le rogó que se volviese sin batalla, diciendo que era imposible en ella evitar la muerte. Y entonces Oliveros dijo: pagano, piensa ya de ser en este dia buen caballero, que tengo esperanza de aquel que por el humano linage recibió muerte y pasion, de llevarte muerto ó vivo á Carlo Magno: y dicho esto, volvió el caballo, y tomó del campo á su placer, y puesta la lanza en el ristre le dijo, que se defendiese hasta la muerte. Fierabrás, visto que no se escusaba la batalla, hincó la lanza en el suelo y se fué ácia Oliveros rogándole que aun dos razones le oyese, y le dijo: tú eres cristiano, y tienes gran confianza y esfuerzo en la ayuda de tu Dios: por él te conjuro, y por el bautismo que recibiste, y por la reverencia que debes á la cruz donde tu Dios fué colgado y enclavado, y asimismo por la fidelidad que debes á Carlo Magno tu señor, que me digas si eres Don Roldán ú Oliveros, ó alguno de los doce pares, que tu gran osadía me hace creer ser al-

guno ó el principal de ellos, y que por verdad sepa tu nombre, y el linage de donde descendes. Oliveros le dijo, no sé, pagano, quien te enseñó á conjurar al cristiano, que mas fuertemente no me podias apremiar á decir verdad: por ende sepas que yo soy Oliveros, hijo de Regner, Conde de Genés, uno de los doce pares de Francia. Por cierto (dijo Fierabrás) bien conocí en tu atrevimiento y osadía que no eres otro que el que me has dicho; y pues que asi es, señor Oliveros, vos seáis bien venido; y si antes os conociera, antes hiciera vuestro mandado; y porque veo teñidas vuestras armas de la sangre que de vuestro cuerpo sale, habeis de hacer dos cosas: la una, ó volveros á curar de vuestras llagas, ó bebed del bálsamo que conmigo traigo, y luego sereis sano, y asi podreis bien pelear y defender vuestra vida, y á mí sería grande mengua mataros siendo de otro caballero herido. Señor Fierabrás de Alejandria, dijo Oliveros; á mucha merced os tengo la buena voluntad; mas soy cierto que no tengo necesidad de ello: degemos las hablas, y vamos á los hechos, y vereis lo que os digo, y no dilateis mas nuestra batalla, que no se escusa, salvo con esta condicion, que dejando vuestros ídolos, recibieseis el bautismo, y tuvieseis la creencia que los cristianos tenemos:

y si esto haceis, tendreis por amigo al emperador Carlo Magno, y á don Roldán por vuestro especial compañero, y yo os prometo de nunca dejar vuestra compañía. Y Fierabrás dijo, que en ninguna manera lo haria.

CAPITULO XXII.

Como Oliveros y Fierabrás comenzaron su batalla, y como Carlo Magno rogó á Dios por Oliveros.

Apercibidos y puestos en orden los dos caballeros, rogó Fierabrás á Oliveros otra vez que bebiese del bálsamo, y Oliveros le dijo: No quiero, Fierabrás, vencerte por virtud del bálsamo, sino con espada cortante, y con buenas armas muy lucidas, como caballero. Y dicho esto tomaron del campo á su voluntad lo que les pareció haber menester, y con toda la fuerza que los caballos podian, se vinieron el uno para el otro, y el encuentro fue tal, que volaron las lanzas en el aire hechas muchas astillas, y quebradas las lanzas, echaron mano á las espadas, sin que en ellos se conociese mejoría alguna, y de esto estaba muy maravillado Fierabrás; y aunque estaban asaz aparrados del ejército, peleaban en lugar que el emperador Carlo Magno y los otros caballeros lo veian muy bien; y viendo Carlo Magno el peligro en que Olive-

ros estaba, se entró en su retraimiento muy triste, donde tenia un devoto Crucifijo, y abrazado con la cruz, con abundancia de lágrimas y devoto corazón comenzó á decir: Mi Dios, cuya remembranza tengo en mis brazos, yo te ruego quieras ser en ayuda de Oliveros, que por defender tu santa fe está en gran peligro. En esto andaban los dos caballeros muy feroces pelando, de manera que salia de las armas mucho fuego, y los yelmos abollados, y ellos y los caballos de cansados hubieron de retirarse para descansar un poco, y vueltos á su comenzada batalla, dió Oliveros tal golpe á Fierabrás, que toda la pedrería, oro, y otras joyas de gran valor, hizo peblar por el suelo, y quedó tan aturdido del golpe, que perdió los estrivos y las riendas del caballo, y por poco cayera en el suelo. Viendo este golpe Carlo Magno y sus caballeros hubieron todos gran placer, y entonces don Roldán dijo: Oliveros, mi especial amigo y compañero, pluguiese á Dios que ahora yo estuviese en tu lugar por dar presto fin á la batalla, no porque tú no seas suficiente para mayor hecho, si sano estuvieses de tu cuerpo, mas recéleme que tus llagas te acarrearán la muerte, tanto como las fuerzas del gigante. Estas palabras oyó Carlo Magno, y dijole: Roldán, mejor fuera cierto que tú sano y rogado

fueras á batalla, que Oliveros está malamente herido; mas si muere en esta batalla, jamás olvidaré tu ingratitud. Y á esto ninguna cosa respondió don Roldán. Tornando en sí Fierabrás, y cobrando los estrivos y las riendas del caballo, echando espuma por la boca, y los ojos vueltos en sangre, y quitada la visera, llamando la ayuda de sus dioses, se fue para Oliveros, y con la espada llamada Baptiso le dió tal golpe, que el yelmo le abolló: y cortó los lazos, é hizo volar toda la malla por el suelo, y le hirió muy malamente el caballo, y llegándole la espada á la pierna izquierda, le cortó la greva é hirió muy mal en la pierna, y quedó la espada de Fierabrás ensangrentada; y de este golpe fue el buen caballero Oliveros muy aturdido, y cayera del caballo si no se abrazara con el arzon de la silla, y dijo entre sí: O mi Dios Criador, qué cruel golpe es este que he recibo! O Virgen y Madre de Dios! A tí me encomiendo; no permitas que yo muera en manos de este cruel infiel: y para descansar algun poco se se quitó la visera; y cuando Fierabrás le vido tan demudado, dijole: Oliveros, noble caballero, ya sabrás como cortan mis espadas y el modo de pelear: toma mi consejo, y vuelve á tu posada, y haz que te curen tus llagas, porque si porfias esta demanda, no vi-

virás dos horas: yo te veo muy demudado por la sangre que has perdido y pierdes; envíame á don Roldán, ó á cualquiera de los otros doce, que aqui lo esperaré, y á ti mismo, como y cuando que volvieses sano: y esto has de hacer antes que conozcas mas mis fuerzas. Cuando Oliveros oyó esto, lleno de enojo, apretando la espada en la mano, cubriéndose del escudo, dijo: O pagano, todo el dia me estás amenazando de darme la muerte; mas yo espero en Dios de hacer eso en ti: y en diciendo esto, arremetieron el uno para el otro, se hirieron tan poderosamente, que subian por el aire las centellas que de las armas salian, y sin descansar un punto, un golpe alcanzaba al otro, y el ruldo que hacia era tan grande, que parecia herrería.

Estaba Carlo Magno y sus caballeros maravillados de tan cruda batalla, y entrándose Carlo Magno en su retraimiento, con perfecta fe comenzó á decir: O glorioso Dios, que por nosotros recibiste muerte y pasion: ruégote, por tu misericordia seas en ayuda de Oliveros, porque no perezca en manos de aquel enemigo tuyo, y de tu santa fe; y en este tiempo no cesaban los caballeros de herirse cruelmente, de manera que Fierabrás cortó un haro de acero dorado y labrado á maravilla, que tenia Oliveros al rededor de su yelmo, y le cayó sobre los

ojos; el golpe le abolló las armas, y hirió en los pechos. Oliveros malamente herido, y con grande esperanza del socorro de Dios, empezó á decir: O glorioso Dios, principio, medio y fin de todas las cosas, el cual con tu propia mano formate á nuestro primer padre Adán, y por compañero le diste á Eva, sacada de su costilla, y en el paraíso terrenal los colocaste, y un solo fruto les vedaste, y de aquel, engañados del diablo, resolvieron comerle, y por aquello perdieron el paraíso, Y tú, Señor, do-
liéndote de la perdición del mundo, bajaste acá entre nosotros, y tomaste carne humana en el vientre virginal de la sacratísima virgen Maria Señora nuestra, y los reyes de lejas tierras te vinieron á adorar, y te ofrecieron oro, incienso y mirra: y despues el rey Herodes, pensando, Señor, de matarte, hizo morir muchos niños inocentes, y despues predicaste en el mundo tu santa doctrina, y los judíos envidiosos te clavaron en la cruz, y estando en ella, Longinos con la lanza abrió tu santo costado, y salió sangre y agua, y cayendo en los ojos del ciego Longinos, cobró la vista que tenia perdida, y creyó en tí, y fué salvo, y tu santo cuerpo fué puesto en un monumento de piedra, y al tercero dia resucitaste. y sacaste las almas de los santos que en el limbo estaban,

y el dia de tu gloriosa ascension á ojos de tus discípulos subiste á los cielos. Asi, Señor, como firmemente creo todo esto, sin parte alguna de incredulidad, te suplico me seas en mi ayuda y favor contra este infiel gigante, porque vencido por mí, sea convertido á creer en ti, y entre en la carrera de la vida de la salvacion. Y dicho esto con entera esperanza del pedido favor, besó la cruz de su espada, y se movió para Fierabrás, el cual con mucha atencion habia escuchado todo lo que Oliveros habia dicho, y riéndose de él, dijo: Por tu vida, Oliveros, que me declares la oracion que has dicho ahora con tanta devocion. Oliveros le dijo: Pluguiese á Dios, Fierabrás, que tú creyeres lo que digo, como yo creo, y que dejadas las abusiones de tus ídolos, conocieses tu verdadero Criador y Redentor, y conociéndolo, recibieses su santo bautismo, y guardases sus santos mandamientos, mediante lo cual se alcanza la gloria del paraíso. De esto no me hables, dijo Fierabrás, que mis dioses son mas piadosos á quien los llama con devocion; veo que tu Dios no te quiere ayudar en tanta necesidad, aunque lo has llamado en tus oraciones muchas veces; por donde te doy por consejo que deges tu Dios, y te vuelvas moro, que yo partiré contigo toda mi tierra y renta. Y Oliveros le dijo: Pagano,

simplemente hablas en decir que dege al Criador del cielo y de la tierra por adorar un ídolo de oro ó de plata hecho por manos de hombres: esto hacen los que ciegos de los ojos del entendimiento van tras el diablo engañados, como te trae á ti y á los tuyos; y degemos razones, y volvamos á la empezada batalla. Y Fierabrás le dijo: Todavía porfias á morir en mis manos? Pues asi lo quierés, procura defenderte, que ninguna piedad tendré de ti. Y Oliveros le dijo: Ni yo de ti hasta darte muerte ó llevarte preso delante del emperador Carlo Magno; y arremetiendo el uno para el otro como dos hambrientos leones, tornaron á su batalla con tanta ligereza y deseo de pelear, como cuando la comenzaron, y dió Fierabrás tan gran golpe á Oliveros, que descendió el golpe é hirió al caballo en la cabeza, y se espantó y fué corriendo por el campo gran trecho sin que Oliveros le pudiese detener, y tirando de las riendas las hizo pedazos. Cuando Fierabrás vido que Oliveros no podia detener su caballo, dió de espuelas al suyo, y le atajó el camino haciéndole parar; y cuando Oliveros le vido para sí, pensando que le seguia para herirlo, saltó ligeramente del caballo, y le dijo: Pagano, haz todo lo que pudieres, que ninguna ventaja te conozco. Y Fierabrás le dijo: No creas, Olive-

ros, que alce mi espada para herirte mientras estuvieres á pie, que no tienes tú la culpa de la falta de tu caballo; mas adereza las riendas, cabalga en él, y tornaremos á la batalla si quieres; y si la quieres dejar para otro dia, en este campo te esperaré. Y Oliveros le dijo: No cesará la batalla sin la muerte ó vencimiento del uno ú del otro. Añudadas las riendas del caballo, saltó en él muy ligeramente y volvieron á la batalla; y despues que se hubieron dado muy grandes y terribles golpes, rodeándose los caballeros el uno al otro, por mejor aprovecharse de su enemigo, tropezó el caballo de Fierabrás y cayó en una azequia, tomando á Fierabrás debajo que no podia en ninguna manera salir; y viéndolo Oliveros, saltó muy presto de su caballo y tomó el de Fierabrás por el freno desviándolo que no le pisase; y viendo que Fierabrás no se levantaba, le tomó en sus brazos, y levantóle del suelo, y dijo que cabalgase y volviese á la batalla: y Fierabrás cabalgó ligeramente, y dijo á Oliveros: tu gran virtud y nobleza me hace perder el deseo de la batalla; y por ende te ruego que la deges y lleves todo el pree y la honra. Oliveros le respondió, que en ninguna manera podria él ser salvo de la batalla sin ser forzado de sus compañeros, sino que ya que él quisiese ir con él

á Carlo Magno; y no queriendo ir Fierabras, volvieron á su fuerte batalla, y dió Fierabrá tal golpe á Oliveros, que le saltó la sangre por las narices, mas no por eso dejó la batalla. Cuando Fierabrá vido á Oliveros volver con tan magnífico corazon á la batalla, le dijo: Oliveros, grandísimo es el esfuerzo de tu corazon; con tu derramada sangre has regado todo el campo; veo tu yelmo todo abollado, y el arnés despedazado y desguarnecido; mi tajante espada, y mi brazo derecho teñido en tu propia sangre, tu caballo muy fatigado por los golpes que hoy ha recibido, é yo enojado ya de herirte, y tu fuerte corazon nunca enfadado ni turbado, antes mucho mas feroz, y no menos osado que al principio de la batalla: mucho quisiera que gozáras tu noble juventud, y por esto te he rogado tantas veces que dejases la batalla, y de nuevo te lo rogaria, por no acortar tus dias, si te viese en propósito de tomar mis sanos consejos; mas veo tus fuerzas en muy grande grado menguadas, y tambien tus brazos y miembros muy fatigados y deseosos de paz por hallar en ella algun descanso; y por otra parte veo tu engañado corazon arder en el deseo de la batalla, no teniendo en nada los duros golpes de mi tajante y cortadora espada, y ya enojado de mis prolijas razones, atribuyes á co-

bardía lo que es generosidad y nobleza de mi sangre, que me obliga á decir, no menos la nobleza que en ti he hallado; y pues que tanto huyes de lo que todos los vivientes desean, que es el vivir, encomienda tu alma á tu Dios, que el cuerpo ya no tendrá poder de quitarse del furor de mi espada. Aun no eran bien acabadas las tan superbas y arrogantes razones de Fierabrás, cuando Oliveros, apretando la espada en la mano, y cubierto de su escudo, se adelantó para él, y alzados los dos valientes caballeros sobre los estrivos, olvidado todo el temor de morir, se dieron tan terribles golpes, que ni la fineza de los escudos, ni la fuerza de tan vigorosos brazos pudo defender que las espadas no llegasen á los yelmos; y fueron los golpes de tanta fuerza, que entrambos á dos cayeron sobre los arzones de la silla de pechos, perdido todo el sentido; y de la grande fuerza hincaron los caballos las rodillas en el suelo: dos grandes partes de los escudos cayeron en tierra; y fue el golpe de Fierabrás tal, que resbalando su espada del yelmo de Oliveros, descendió á los pechos, hendió el arnés, y todas las armas, é hirió á Oliveros en la teta izquierda. Viendo Oliveros salir grande abundancia de sangre de su mortal llaga, temiendo la muerte, dijo así: O verdadero Dios todopode-

roso! Oye el alma , pues que el cuerpo no mereció ser oido ; vean , pues , tus clementísimos ojos este inmerito siervo tuyo , que te llama en su postrimera hora ; no pido ya el vencimiento de la batalla , solamente suplico , que esta pecadora alma rescatada con tu preciosa sangre , no perezca , ni pierda la gloria que á tus fieles prometiste. O Virgen bendita , madre de misericordia , ruega por tu caballero , que te llama en tanta necesidad! Dicho esto , se cubrió con la parte del escudo que le quedaba , y fuese para Fierabrás , diciendo : Ea , caballero , demos yz fin á esta prolija batalla , y procura de defenderte , que si quedo en el campo , yo trabajaré que no te alabes en poblado. Cuando Fierabrás le vió tan demudado , así en el habla , como en el color del rostro , dijo : Oliveros , noble caballero , mucho me pesa de tu mal ; mas vente para mí presto , que beberás del bálsamo , y cobrarás la salud , y toda la fuerza que has perdido. Oliveros le dijo : O generoso pagano , cuan grande es tu cortesía y nobleza ! Bien parecen tus condiciones á la sangre de do descienes : mas sepa que no llegaré á tu bálsamo , si con la espada no le gano . ¿ Cuál hidalgo podrá darte la muerte , habiéndole tú dado la vida ? Y luego como feroces leones se fue el uno para el otro , y los golpes fueron tales , que vieron los cris-

tianos el fuego que de las armas salia; y Oliveros acertó á Fierabrás en un muslo, y falseadas las armas le metió la espada por la carne, y salia de él mucha sangre. Viéndose el pagano tan mal herido, desviado algun tanto de Oliveros, muy prestamente bebió del bálsamo, y se quedó del todo sano de su herida; y de esto fue muy triste Oliveros, y con grande enojo le dió un gran golpe con la espada, y Fierabrás se cubrió del escudo, y descendió el golpe al arzon de la silla, cortó una cadena en que estaban atados los barriles del bálsamo, y cayeron entrambos en el suelo, y del grande golpe se espantó el caballo, y huyendo se desvió gran trecho de Oliveros, tanto, que tuvo lugar de aparearse, beber del bálsamo á su placer, y luego se sintió sano, ligero, y dispuesto como si nunca hubiera sido herido, y de esto dió infinitas gracias á Dios, y dijo entre sí: Ningun buen caballero debe pelear con esperanza de tales brebages: y tomando entrambos barriles los echó en un caudaloso rio, que cerca de allí pasaba, y se fueron al fondo de la agua; y he leído en un libro auténtico de lengua toscana, que habla de este Fierabrás de Alejandria, que todos los dias de san Juan Evangelista parecen los dos barriles encima del agua, y no en otro tiempo. Cuando Fierabrás vió sus barriles per-

didos, con grande enojo dijo á Oliveros: O hombre simple y sin cordura! por qué echaste á perder lo que con todo el oro del mundo no se podia mercar? Apercíbete, pues, que entiendo que los habrás menester antes que de mí te apartes; y diciendo esto, con gran ferocidad se fue para él; mas Oliveros, que mas dispuesto estaba que antes, con magnánimo corazon le esperó, y se dieron muy grandes golpes; y fue el golpe de Fierabrás con tan gran ímpetu, que resbalando del escudo de Oliveros, acertó en el pescuezo del caballo, y se le cortó, y quedó Oliveros á pie, y Fierabrás muy maravillado como su caballo no arremetió para Oliveros, que á eso era acostumbrado, y á muchos habia dado muerte.

CAPITULO XXIII.

Como los dos caballeros hicieron la batalla á pie, y como Carlo Magno rogó á Dios por Oliveros.

Como Oliveros se vió sin caballo, fue muy triste por ello, y dijo á Fierabrás: O rey de Alejandría, esforzado caballero, valerosamente te has habido hoy contra mí; tú te alabaste que á cinco caballeros juntos, tales como yo, darías batalla, y me mataste el caballo, sabiendo que

en la órden de caballería está estatuido, que el caballero que en desafío mata el caballo al otro, debe perder el suyo: Y Fierabrás le dijo: Yo sé que dices verdad; bien has visto que no tiraba al caballo; mas no quedarás quejoso de mí: cata aquí, mi caballo te doy, que es el mejor del mundo: estoy muy espantado como no te despedazó luego que te vió á pie, que asi lo ha hecho á otros muchos caballeros; luego se apeó del caballo, y Oliveros le dijo: No creas que ninguna cosa reciba de ti, si justamente no lo ganára por las armas; y asi apeados los dos caballeros, comenzaron muy cruda y recia batalla, y á par de Oliveros parecia Fierabrás una torre, pues era mucho mayor de cuerpo, aunque no menos en los golpes, ni en la destreza del pelear, ni en la ligereza: y continuando su batalla, tiró Fierabrás un golpe con toda su fuerza, pensando acertar á Oliveros en la cabeza; y el noble caballero se desvió al lado derecho, no apartándose de su enemigo, dió el golpe en el suelo, y antes que Fierabrás alzase el brazo, Oliveros le dió un gran golpe, y fue muy desatinado, y con la gran fuerza que puso Oliveros en herir á Fierabrás, se le adormeció el brazo, y la mano de la espada, saltándole la espada de la mano, y cubierto bien de la parte del esudo que le quedaba, se bajó para alcanzarla: mas

el pagano, que cerca de él estaba, le dió á su salvo tal golpe, que de la pequeña parte del escudo que tenia, hizo muchas piezas, y quedó el buen Oliveros sin escudo y sin espada, y el brazo atormentado del golpe. Todo esto vió Guarín su escudero, que estaba en una alta torre mirando la batalla, y despues que vió á su señor sin armas, con muy grandes lloros entró donde estaba Carlo Magno y Regnér, padre del esforzado Oliveros y otros muchos del ejército de Carlo Magno, y á grandes voces decia, que vieran á Oliveros su señor sin escudo y sin espada, y el pagano bien armado de todas armas procurando darle muerte. Oyendo Roldán las tales nuevas, tomó con presteza el escudo, y su espada Durandal, y puesto de rodillas delante de Carlo Magno, suplicó le quisiese dar licencia para ir á guardar á Oliveros de la muerte; mas no consintió el emperador que ninguno se moviese para favorecer al noble Oliveros, diciendo seria mal contado entre los caballeros, porque fue desafiado por uno, y no osó ninguno hacer otra cosa: y entrándose el emperador en su retraimiento, y puesto de rodillas delante de un santo Crucifijo, y derramando infinitas lágrimas por su arrugada faz, rogó á Dios por su Oliveros, diciendo: Suplícote, Señor, por tu infinita piedad y misericor-

dia, quieras ser en ayuda al caballero, que por tu santa fe está en grande peligro; é hizo muy grandes votos y promesas. Acabada su oracion, oyó una voz del cielo, que le dijo: Carlo, no te fatigues por tu caballero, que sin duda, aunque sea tarde, llevará el vencimiento de la batalla. Y dió el emperador infinitas gracias á Dios, y con crecida alegría salió de su cámara, y solamente contó esto á Regner, padre del buen Oliveros, por consolarlo, que estaba en gran congoja por su hijo.

Cuando Fierabrás vió á Oliveros sin espada, y sin escudo, y no se osaba bajar por ella, dijo: O noble Oliveros, caballero de gran honra, por cierto yo he alcanzado sobre ti algo de lo que deseaba, y tú no creias; mas bien te puedes ya dar por vencido, pues estás sin espada, y no eres osado, ni te atreves á bajar por ella; y por tu grande nobleza quiero hacer contigo un partido, porque puedas gozar de tu noble juventud, y es este: que tú me prometas de dejar tu ley y creencia de tu Dios, y adorando de perfecto corazon mis dioses, les demandes perdón de los muchos daños que á los turcos has hecho; y de esta manera podrás evitar la muerte, y casarte con Floripes mi hermana la mas hermosa dama que en toda Turquía se halla: y si esto haces, antes de un año volveremos con

una muy grande armada , y ganaremos todo el reino de Francia , y te haré coronar por rey de todo este reino y sus provincias , y despues entraremos por Alemania , y todo lo que ganaremos será tuyo , y de las tierras que poseo te daré parte , si quieres. Y Oliveros respondió: pagano , en vano hablas , que si me dices todos los reinos y tesoros del mundo , no haria nada de lo que me dices ; antes consentiria desmembrar todo mi cuerpo miembro por miembro , que discrepar un punto solo de la ley de mi Dios. Fierabrás le dijo : Juro al poder de mis dioses , que eres el mas obstinado hombre del mundo , pues ningun peligro , ni trabajo te han podido hacer mudar el propósito , ni aflojar el corazon ; y te puedes loar , que nunca hombre delante me duró tanto , ni en la batalla tan fatigado fui como en la tuya he sido , y por tu grande valor quiero usar de esta cortesía contigo , que tomes tu espada , y con ella vuelvas á la batalla , si quieres , y dejaré mi escudo , porque quedemos ambos iguales en las armas. Y respondió Oliveros : Noble pagano , no puedo negar tu cortesía y nobleza ; mas por todo quanto puede haber en el mundo tal no haria , que mi propósito es de acabar la batalla , y no se acabaria sin la muerte del uno ó de entrambos ; y si por tu cortesía y virtud yo co-

brase mi espada , despues con ella alcanzase victoria ó poder sobre ti , cómo te podria negar la paz ó tregua si me la pidieses ? Obra todo lo que pudieres contra mí , que mi vida ó mi muerte dejo en las manos de mi Redentor , por cuya gracia espero cobrar mi espada . Por cierto Oliveros , dijo Fierabrás , tú eres en demasí porfiado ; mas presto verás tu pensamiento vano y tu Dios no poderoso de te quitar de mis mano .

CAPITULO XXIV.

Como Oliveros ganó una de las espadas de Fierabrás , y con ella le venció.

Cuando Fierabrás vió que Oliveros no queria tomar su espada , túvoselo á locura grande , y cubierto con su escudo , con grande ferocidad se fue para él , y tenia Oliveros para defenderse un pedazo de escudo en la mano , sin otra arma ; y como vió á Fierabrás que alzaba el brazo para herir , tiróselo á la cara , quebróle la visera , y dió Fierabrás un gran grito , delcual se espantó su caballo , y dió un salto ácia Oliveros : vuelto Oliveros ácia el caballo vió las dos espadas que estaban colgadas del arzon de la silla , y ofreciéndose oportunidad , tomó la espada llamada Baptiso , vuelto para el pagano , le dijo : Fierabrás de Alejandria , ahora guárdate de

mí, que estoy proveido de buena espada. Cuando Fierabrás le vió su espada en la mano, muy enojado de ello le dijo: O buena espada, mucho tiempo te he guardo, y me pesará si te pierdo; y dijo á Oliveros: Caballero, toma tu espada, y déjame la mia, y sigamos nuestra batalla. Oliveros le dijo: Por cierto, caballero, yo no la dejaré hasta que vea si es tal como tú la haces: por eso aparejate, y ven á la batalla porque ya deseo ver su bondad: diciendo esto, se fué el uno para el otro con muy grande corazon, y Oliveros dió tal golpe á Fierabrás, que le hizo hincar las rodillas en el suelo, y conoció Oliveros que aquella espada era mucho mejor que la suya, y bendijo al que la forjó: levantándose Fierabrás, y tornando á la batalla fueron sus golpes tales, que en poco rato se hallaron casi desarmados; y quitadas las viseras del gran cansancio, hubo lugar Oliveros de ver á Fierabrás la cara, y vióle algo demudado, y el gesto muy feroz, y no parecia ser muy cansado ni enojado de la batalla, y dijo: O todo poderoso Dios, cuan bien vendria á la cristianidad si este pagano se volviese cristiano; él, Don Roldán y yo, haríamos temblar toda la Turquía. O Virgen Madre de Dios, suplica á tu bendito Hijo que inspire en el corazon de este pagano, que dejando los ídolos, venga á cono-

cimiento de su criador, y siga el verdadero camino de su salvacion. Y Fierabrás le dijo: Oliveros, déjate de esas razones, mira si quieres dar fin á la batalla, ó si la quieres dejar. Y Oliveros le dijo: Ahora lo verás; y como unos muy feroces leones se comenzaron nuevamente de herir, y dió Oliveros tal golpe á Fierabrás que desarmó todo el hombro izquierdo hasta el codo, y Fierabrás le metió la espada por el yelmo hasta la carne, y les fué forzado desviarse el uno del otro. Oliveros espantado de ver el yelmo cortado, y Fierabrás temblando de volver á la pelea por la falta de las armas, y conociéndolo Oliveros, con doblado corazon, alzando el brazo de la espada, allegándose á él le dijo: O noble caballero, vente para mí, y daremos fin á nuestra contienda: ya no tendrán poder tus dioses para guardarte de mis manos. Y Fierabrás le dijo: Ahora verás si tu Dios tiene algun poder, y diéronse muy terribles golpes; y andando muy feroces en la lid, vió Oliveros que Fierabrás alzaba siempre el brazo izquierdo, porque no le hiriese en el hombro desarmado, y vió que ácia la hijada le faltaba una pieza del arnés, y alzando la espada hizo semblante de tirarle un tajo: Como alzase Fierabrás el brazo, tiró un rebés, volviendo el cuerpo ácia la parte desarmada, y le hirió raciamente á la hijada.

CAPITULO XXV.

Como Fierabrás fué vencido, y como llevándole Oliveros, hubo una grande batalla con

los turcos.

El pagano, viendo su mortal herida, y que no podia resistir á Oliveros, iluminado de la gracia del Espiritusanto, conoció el error de los paganos, y puesta la mano izquierda en la herida, dijo á Oliveros: O noble Oliveros, caballero de gran valor! por honra de tu Dios, al cual confieso ser verdadero Dios omnipotente, suplicote que no me dejes morir hasta que yo haya recibido el bautismo, y despues harás de mí todo lo que tú quisieres, pues me venciste en buena guerra y muy leal batalla; y si por falta ó negligencia tuya yo muero pagano, seráte demandado delante de Dios; y pues mostrabas que mucho deseabas verme cristiano, pon, pues, cobro en mi vida, si no mori.é delante de tus ojos, y mi alma será perdida.

Hubo tanto placer Oliveros de ver á Fierabrás convertido, que le saltaron lágrimas de los ojos: con grande amor le curó su llaga, y se la ató lo mejor pudo. Entonces dijo Fierabrás á Oliveros: cumple porque mi alma sea salva, que tomes mi consejo presto, que es este: Que cabalgues en mi caballo, y me ayudes á subir

en las ancas, ó á lo menos en el cuello atravesado, y me lleves á tierra de cristianos, porque reciba el agua del bautismo, que si tú te detienes, he temor que no tendrás poder para te valer, ni menos para me llevar, que degé diez mil turcos en ese montecito escondidos, que saldrán todos en mi favor, viéndome vencido. Cuando Oliveros oyó esto, pesóle mucho de ello, tanto por el deseo de ver cristiano á Fierabrás, como por el peligro de su cuerpo, y saltó muy presto en el caballo de Fierabrás, y le tomó la espada, y la puso en el arzon de la silla, y le dijo Fierabrás: Ahora tienes cuatro, que valen cuatro ciudades; y se llegó Oliveros con el caballo cuanto pudo, para ayudar á subir á Fierabrás, y con gran trabajo le atravesó en el arzon, y se pusieron en camino. Miraba siempre Oliveros hácia el monte do estaba la gente de Fierabrás, y vió una espía, que iba á rienda suelta metiéndose en él para avisar los que en la celada estaban; y luego salió un caballero armado de todas armas, con una gruesa lanza en la mano, y tras sí los otros dando grandes gritos y alaridos. De eso pesó mucho á Oliveros, porque no podia poner en salvo á Fierabrás, que deseaba servir á su Criador, y dijo: Señor Fierabrás, yo te ruego que me perdones, que te cumple que te aprees, que á mi no

se escusa de haber batalla con los tuyos: ellos vienen á rienda suelta, pensando que te llevo forzado conmigo, y que no vas tú de tu grado. Y dijo Fierabrás: O noble caballero, el mas valiente que jamas trajo armas! tú me ganaste en justa batalla con el esfuerço de tu magnánimo corazón, y ahora me quieres dejar? Mira que la honra se gana en bien acabar las cosas: si me dejas ahora, ninguna alabanza mereces por tu pasado trabajo. A que respondió Oliveros: Tú hablas como buen caballero, y por eso te prometo de no dejarte mientras éste mi brazo pudiere menear la espada. Y Fierabrás le dijo: Señor Oliveros, tus armas están muy estroçadas, apartémonos del camino un poco, y tomarás de las mias lo que faltáre á las tuyas; y desviados algun tanto del camino, puso Oliveros á Fierabrás al pie de un árbol, y tomó su yelmo y las otras armas que le pudieron armar, y con mas lágrimas que razones, se despidió de él; y volvió al camino por donde venian los turcos, y vió venir uno muy delantero, que primero salió del monte, y estando Oliveros sin lanza, esperó á su enemigo, que con una gruesa lanza en el ristre, con la furia que el caballo podia llevar, se venia para él, pensando herirle á su salvo: desvió Oliveros el cuerpo, y pasada la lanza se fué al caballero, y le dió

tal golpe, que lo quitó el sentido, y estaba para caer de la silla, y le tomó Oliveros por el brazo, y sacóle el yelmo de la cabeza, y con el pomo de la espada le hizo saltar los sesos, y tomó su escudo y lanza, y fuese para los otros que venian en socorro del muerto; y viniendo los diez mil para Oliveros, fueron las espías para el Almirante Balán, padre Fierabrás, y le digeron como su hijo estaba en poder de los cristianos, y en poco tiempo se hallaron contra el solo caballero cincuenta mil turcos, de los cuales muchos perdieron las vidas; mas fue tanta la multitud de los paganos, que fué muerto el caballo de Oliveros, y su yelmo fué muy abollado, y todas las armas despedazadas.

CAPITULO XXVI.

Como Oliveros fué llevado preso. y tapados los ojos ante el Almirante Balán.

Como el buen Oliveros se vió á pie, y casi desarmado, y solo entre tantos turcos, como lobo rabioso sin esperanza ya de vivir, andaba entre ellos matando, y derribando caballeros y peones, cortando brazos y piernás, abollando yelmos, y desguarneciendo arneses, de tal suerte, que todos ellos estaban muy espantados de sus brazos, y golpes; mas acudió tanta mul-

titud de paganos, que siendo ya cansado, y en muchas partes de su cuerpo herido, le derribaron en el suelo, y atadas las manos atrás, le pusieron en una acémila. Viéndose tan maltratado, y sin algun socorro, dijo: O Carlo Magno, muy noble emperador! dónde estás ahora? Sabes por ventura la crecida necesidad en que está el desdichado, y tu leal siervo Oliveros? O noble Roldán! despierta si duermes, vengan á tus oidos mis desdichas é infortunios; y si á tu noticia han llegado, por qué tardas tanto con el socorro? Cata, que me llevan á donde sin recelo de tu amparo me pueden dar vituperiosa muerte. O pares de francia! por qué olvidais á vuestro leal compañero? No seais perezosos en el ayudar al que en las crueles guerras y crecidas afrentas jamás perezoso se halló. O cristianos, los que en las crueles batallas de Oliveros hubisteis muchas veces socorro! haced vuestros pies apresurados, si ingratitud no los detiene. O muy caro y amado padre, y cuánto mejor te fuera nunca haberme engendrado, pues en galardón de tus beneficios y mercedes te daré la muerte! O desesperada vejez! Yo bien creo que no serán mas tus dias, que cuando acabes de oír la desastrada muerte de tu único hijo. Regné, un solo consuelo te queda con esta pena, que en mi muer-

te recibirás; serás libre de muchas penas y enojos que viviendo te daría. Siempre que me veias armado, te temblaban las carnes como azogado de temor que tenias de mi muerte, especialmente cuando salia para la batalla con el noble Fierabrás; mas fué gran consuelo para tu honrada vegez, que fenecieran mis dias en batalla de tan noble caballero, y no en poder de tan vil gente, que atados pies y manos, y los ojos vendados, me llevan al degolladero. O justo y misericordioso Dios! pléguese de consolar á mi viejo padre, que hoy pierde un solo hijo que tenia, y guardar á tu convertido Fierabrás; á este cuerpo dá paciencia en su vergonzosa muerte, porque el alma no pierda la gloria que á tus fieles prometiste. El ruido de la gente fué tan grande, que los cristianos lo hubieron de sentir, y recelándose del peligro de Oliveros, salió Carlo Magno con poca gente, no bien apercebidos, y llegado al campo empezaron una cruel batalla, y murieron en poco tiempo tres mil turcos; mas acudió tan grande número de ellos, que viniendo la noche, se hallaron los cristianos cercados de ellos, y muertos muchos, asi caballeros, como peones, y fueron presos y maltratados cuatro de los doce pares. Cuando Roldán vió que su poca gente estaba sin ordenanza

alguna, derramada entre tantos infieles, empezó á recogerla, no sabiendo de la prision de los cuatro; mas cuando conoció que faltaban, puso los cristianos que estaban en ordenanza, y él delantero, siguieron los turcos, que ya volvian rienda con la presa que llevaban, y fue tanta la matanza, que corria mucha sangre por el campo, y los que seguian á Roldán, no podian pasar adelante por los muertos; de manera, que dejaron el alcance, y recogida la gente, se volvieron al campo donde habian empezado la batalla, y allí no menos cansados, que tristes, estuvieron hasta la mañana.

CAPITULO XXVII.

Como Fierabrás fue hallado en el campo, y como el emperador Carlo Magno le hizo bautizar, y curar de sus llagas.

Venida la mañana, el emperador Carlo Magno mandó que fuesen buscados todos los cristianos que en el campo estaban muertos, y con toda la honra que ser pudiese fuesen enterrados: y cuando vió el número de ellos, lloró amargamente, así por los muertos, como por los que estaban en poder del almirante Balan: y mandó que todos los heridos fuesen curados: y hecho esto, mandó á don Roldán que mirase

toda la gente, los proveyese de las armas que les faltaban, y á todos los de á caballo, que estuviesen prestos y aparejados para seguirle. Andaban los cristianos discurriendo todo el campo, desarmando los muertos para proveer de armas los vivos; y tomaban los caballos que andaban sueltos por el campo, que eran muchos; y así andando hubieron de hallar á Fierabrás adonde le dejó Oliveros, el cual por la frialdad de la noche, y por la mucha sangre que habia perdido, estaba para espirar, y esforzándose cuanto podia, decia: Jesus, consuelo de los afligidos, no dejes perder el convertido moro. Y los cristianos con mucha piedad lo llevaron á Carlo Magno, el cual hizo curar de sus llagas, y cuando fue tornado en sí, le dijo Carlo Magno: O Fierabrás, cuánto me cuesta tu venida! por ti he perdido cinco caballeros, que cada uno era mejor que tú. Y Fierabrás le dijo: En cuanto son cristianos, conozco ser mejores que yo; mas en lo otro, ninguna cosa les debo, salvo al noble Oliveros, el mejor caballero del mundo, cuyo preso soy. Yo soy hijo del almirante Balán, soy rey de Alejandría, y de otras muchas provincias; lo cual todo he por bien dejar por ser cristiano, y servir á Dios, hacedor de todas las cosas. De esto hubieron gran placer los cristianos, y dijo Carlo Magno:

Yo huelgo mucho de esto; yo y mi sobrino Roldán, y este honrado conde, padre de Oliveros, seremos tus padrinos; y pues estás libre, y sin peligro de tus heridas, esperarnos has en Mormionda, que yo quiero ir adelante en busca de mis caballeros. Fierabrás hincó una rodilla para besarle la mano, y Carlo Magno se bajó, y con los brazos abiertos le abrazó, y levantó del suelo, y estuvieron debatiendo un rato, y contó Fierabrás lo que le pasó con Oliveros, alabando mucho su proeza y esfuerzo. Y queriendo Carlo Magno todavía ir adelante, le dijo Fierabrás: Señor, no es tiempo ahora, que tienes poca gente y muy fatigada, y el almirante Balán habrá allegado la mayor parte de la Turquía; y por esto será mejor volverte á tierra de cristianos, y proveer de gente. A todos los caballeros pareció bueno este consejo, y vueltos á Mormionda, por mano del arzobispo Turpin fue bautizado Fierabrás, y fueron padrinos Carlo Magno, el conde Regnér, y don Roldán.

CAPITULO XXVIII.

Como Oliveros y sus cuatro compañeros fueron llevados delante del almirante Balán.

Fueron llevados los cinco caballeros delante del almirante, las manos atadas, y Oliveros los

ojos tapados; y el almirante preguntó á Brulante su capitán, que los traía, quién de ellos habia vencido á su hijo Fierabrás; y él le respondió: Señor, este, á quien tapamos los ojos, venció al rey de Alejandria tu hijo, y es entre los caballeros cristianos tenido en mucho; y sepas que él solo antes que lo prendiesen, mató más de tres mil hombres de los tuyos: sus fuerzas y animosidad no tienen par en el mundo; si por caso se soltase, bastaba á poner en afrenta la mitad del Real. El almirante preguntó á Oliveros quién era, y cómo se llamaba, y él respondió: Señor, yo me llamo Eligies, pobre caballero aventurero, y somos todos cinco de la provincia de Lorena, y veniamos á servir al emperador Carlo Magno por su sueldo. O Mahoma, dijo el almirante, cómo estoy engañado! Por la fe que debo á mis dioses, que pensé que tenia cinco de los principales caballeros del rey de Francia, y creia que tendria por ellos una llave del reino; y llamó á su camarero Barbacas, y le dijo: pon diligencia que estos presos sean llevados al campo desnudos en carnes, y atados á dos palos, les sea dada cruel muerte. Y Brulante le dijo: Señor, ya es tarde para hacer justicia: tus barones no están en la corte: si esperas á mañana estarán presentes todos, y les daremos otra mas vil muerte; y allende de esto,

debes primero tomar consejo si será mejor enviar á Carlo Magno si quiere dar á tu hijo Fierabrás por estos cinco caballeros cristianos: El almirante Balán tuvo su consejo por bueno, é hizo llamar á Brutamonte su carcelero, y le encomendó, sopena de muerte, los cinco caballeros cristianos.

CAPITULO XXIX.

Como los cinco caballeros fueron puestos en obscura cárcel, y como los visitó Floripes, hija del almirante, y hermana de Fierabrás, y de su grande hermosura.

El carcelero, cuando tuvo los caballeros en su poder, con temor que se le fuesen, no los osó meter donde tenia los otros presos, y encarcelólos en una obscura torre, donde habia muchos sapos y culébras, y otros animales ponzoñosos, y metióles por arriba, é hizolos bajar por una escalera de mano, y despues tiró la escalera arriba, y cerró una trampa de hierro con tres candados: estaba la torre cerca á un brazo de mar, y cuando crecia la marea, entraba en ella mucha agua por los cimientos, y esa misma noche se hallaron los cinco caballeros con el agua hasta los pechos, y recibieron gran daño en sus personas; y mas el buen Oliveros que los otros,

que estaba herido en muchas partes de su cuerpo; y como el agua salada le daba tan gran dolor, con la congoja empezó á decir: O hombre mal afortunado! mejor te fuera nunca haber nacido, que verte tan miserablemente morir; y decia otras palabras de gran dolor. Y díjole Gerardo de Mondier: por Dios, señor Oliveros, que no os acongojais tanto; consolaos con Dios, que nunca desampara á los suyos, en el cual tengo esperanza que aun me dará lugar de vengarme de esta cruel gente. Y Oliveros le dijo: Si yo pudiese salir de aqui, y alcanzase armas, asi herido como estoy, yo pondria al almirante, y toda su gente en tal aprieto, que le pesaria de tenerme acá.

Estando los caballeros en estas razones, estábalos escuchando Floripes, hija del almirante Balán, y hermana de Fierabrás; era la dama mas hermosa que en toda aquella tierra se hallaba; era de edad de diez y ocho años, de muy acendrado saber y discrecion; blanca como la leche, con moderado color en los carrillos: tenia las cejas, y sobrecejas muy negras, los ojos garzos, la nariz afilada, la boca pequeña, los labios delgados, de color de brasil, muy encendidos; los dientes muy blancos, menudos y juntos; la barba tiraba á redonda, y con un hoyo en medio de ella: el rostro largo moderadamente;

los cabellos como madejas de oro fino: los hombros derechos y muy iguales; tenia dos pelóticas muy redondas, que parecian postizas, debajo de una rica gorguera; angosta de la cintura; de muy pulido talle: ancha de caderas, segun la proporcion del cuerpo. Traia vestido un brial de púrpura, bordado de letras moriscas de oro, el cual hiciera una fada, y tenia tal virtud, que en la casa donde estaba no podia haber ponzoña ninguna, y si la habia, perdia al punto su fuerza; y traia un hábito á la turquesa, abierto por los lados, todo bordado de riquísima pedrería de inestimable valor, y fue hecho en la isla de Colcos, donde Jason ganó el bellocoino de oro, como se lee en la destruccion de Troya; y tenia este hábito tan suave olor, que con solo él podia un hombre estar sin comer ni beber. Habiendo esta noble dama oido las lastimosas quejas de los presos caballeros, y movida á compasion, y no menos herida de amor del noble Guy de Borgoña, como adelante se dirá, propuso de hablar con ellos, y mandó llamar al carcelero, y le dijo: dime Brutamonte, qué hombres son aquellos que en tan estrechas prisiones encerraste? Señora, son caballeros de Carlo Magno, los cuales jamás cesaban de destruir nuestra ley, y dar muerte á los nuestros, vituperando nuestra creencia, y menosprecian-

do nuestros dioses; y entre ellos hay uno de grande estima, cual venció á Fierabrás en muy leal batalla. Entonces dijo Floripes: Abre-me la puerta, que deseo mucho hablar con ellos, Y Brutamonte la dijo: Señora, por dos cosas no conviene ir allá; la una por el lugar, que es muy hediondo, y en extremo abominable; la otra, que vuestro padre me ha vedado que á nadie dejase llegar á la torre. Y ella le dijo: No pongas escusacion alguna, que quiero en todas maneras hablarles. Y Brutamonte la dijo: Perdonarme heis, señora, que no consentiré que los habéis si no estoy delante, que muchos buenos han recibido mengua, y aun la muerte, por fiarse de mugeres. Floripes, encendida de muy grande enojo y saña, le dijo: villano, véte, pues, y abre la puerta, y oirás si quieres lo que les quiero decir. Ido el carcelero, tomó Floripes un garrote, y le metió debajo del hábito, llamó un escudero de quien ella mucho se fiaba, y con él se fue para la torre donde los cristianos estaban, y el carcelero esperándola, y desque fue llegada, vuelto de espaldas para abrir los candados, Floripes le dió con el garrote tan gran golpe, que dió con él en tierra muerto, y tomando las llaves abrió la torre, y mandó al escudero que echase al carcelero muerto abajo, y fueron de ellos muy maravillados los caballe-

ros presos, y mandó Floripes al escudero que tragese una hacha encendida, y entrando por la trampa de la torre, despues de haberles mirado, saludóles, y dijoles asi: Buenos caballeros, ruegos por el amor y fidelidad que á vuestro Dios debeis, que no me negueis la verdad de lo que os preguntáre. Y el buen Oliveros la dijo: Señora, por las mercedes que en tu sola vista habemos recibido, te diremos la verdad de lo que supiéremos, aunque por ello supiésemos perder las vidas. Y ella les dijo: Qué merced es la que de mi vista habeis recibido, no sabiendo si vengo para remediar vuestra prision, ó para sentenciaros á muerte? Y él la dijo: Señora, gran consuelo recibe el preso en ser visitado, y mas de persona que puede darle alivio de su pena, como vos podeis: y como la presencia sea muestra de lo que dentro de las entrañas está encerrado, esperamos que habreis piedad de nosotros. Muchas veces son engañados los que en la apariencia de las cosas se fijan (dijo Floripes), que la rosa por hermosa que sea, siempre nace cercada de espinas: y porque mi venida os podria causar mayor pena que la que teneis, no me quiero detener mas en estas pláticas. Mas tú que tan osadamente has hablado, dime quien eres, y tu linage, y asimismo de esos otros que contigo están. Oliveros la

dijo: Yo me llamo Oliveros, hijo del conde Regner, y vasallo del noble emperador Carlo Magno. Y ella le dijo: Venciste tú á mi hermano Fierabrás? Y él respondió: Señora, en muy leal batalla hice de él lo que él quisiera hacer de mí, y de su propio motivo se volvió cristiano; y estos señores son todos de muy noble sangre, y nos suelen llamar los doce pares de Francia. Y ella le preguntó si estaba allí Guy de Borgofia. Y él respondió que no, que quedaba con el Emperador Carlo Magno. Entonces le dijo Floripes: Daisme la fé todos cinco de hacer lo que os digere, y de ayudarme á un poco que os he menester? Oliveros la dijo: Señora, por mí, y por estos caballeros mis compañeros te doy la fé de te ayudar y favorecer en cuanto á nosotros fuere posible, en todo lo que nos mandares, con que no vamos contra nuestra ley: y si fuere cosa en que hayamos de poner nuestras personas, mandanos proveer de armas, que para alzarte con el reino, y echar á tus parientes de él, no has menester mas gente que nosotros cinco, que ya deseo verme puesto en ella, por vengarme de los villanos que aqui me trageron. A que dijo Floripes: Cómo, caballeros, estais en la torre, y no sãbeis quando saldreis, y amenazais á los que están en libertad? Mas vale callar que locamente hablar.

Y Gerardo de Mondier la dijo: Señora, es tanto el deseo que Oliveros tiene de servirte, que no le deja callar; y Floripes le dijo: Bien sabeis escusar á vuestro compañero: quedaos en la guarda de mis dioses, no os congojeis, que esta noche os sacaré de aquí.

CAPÍTULO XXX.

Como los cristianos fueron sacados de la torre por mandado de Floripes, y los llevó á su cámara.

La noche venida, Floripes contan solamente su escudero, se fué para la torre, y llevaron una maroma y un palo muy bien atado en ella; y abierta la trampa, echaron la maroma con el palo por la torre abajo y luego á ruego de los otros tomó la cuerda primeramente Oliveros, y le subieron arriba Floripes y su escudero; y desde que fué subido se puso de rodillas delante de Floripes, y la besó la mano, y ella le abrazó y levantó del suelo, y le dijo: Sois vos el que estando en poder de vuestros enemigos les amenazais? Y Oliveros la dijo: Soy el que con esperanza de servirte ha por bien haber venido á tus prisiones: ella le dió la maroma, y le dijo que subiese á sus compañeros; y subidos, los abrazó uno á uno con tanto amor co-

mo si de luengos tiempos los hubiese conocido; y llevándola Oliveros por la mano, y el escudero delante, se fueron por una puerta falsa á su cámara, cuya entrada era rica á maravilla: tenia tres escalones de oro fino, esmaltados y labrados á la morisca; las puertas todas de marfil, y los clavos de oro fino, y en ellas engastadas muchas piedras de muy gran valor. En el sobrado de la camara estaba pintado el cielo de mano de un muy gran maestro, con los planetas y signos, y en medio estaba la imágen de Mahomet, maciza de oro fino, tan grande como un hombre, y tenia debajo de sus pies el sol y la luna, y en la mano derecha dos dardos, como que tiraba á los cristianos; las paredes todas labradas de oro fino y azul, y en ellas pintados todos los reyes y reinas pasados. Siendo entrados los caballeros, fueron maravillados de ver tan grandes riquezas, y no se hartaban de mirar la diversidad de las labores de la sala, salvo Oliveros, que todos su cuidado era mirar á Floripes; y estando desviado le preguntó Floripes, qué le parecia de la cámara. Y el buen Oliveros la dijo, que no la habia visto, dándola á entender que no entendia en mirar otra cosa sino á ella, de que Floripes se mostró como que no lo sentia, y luego fué puesta una muy rica y ostentosa mesa, y traída diversidad

de viandas: los caballeros comieron lo que hubieron menester; y fueron servidos de cinco hermosas damas, ricamente vestidas y aderezadas. Floripes estaba cenando con ellos, sentada á la cabecera de la mesa en una silla de marfil; y despues que hubieron cenado, dieron gracias á Dios, y Floripes les preguntó, qué era lo que decian. Oliveros la declaró la oracion diciendo que daban gracias á Dios por los beneficios y mercedes que cada día les hacia; y ella dijo, que era bien hecho. Alzada la mesa, mandó Floripes traer un cofrecito de unicornio, de inestimable valor, y sacó de él una cagita pequeña de oro, maravillosamente labrada, llena del maná que envió Dios á los hijos de Israel en el desierto, y con una cuchara de oro sacó un poco, y le dió á Oliveros, diciendo: Caballero, comed de esto, y no habréis menester mas medicina para curar vuestras heridas. Oliveros con muy grande acatamiento le tomó, y desde que le hubo comido, se sintió sano, y mas dispuesto que nunca, y dió infinitas gracias á Dios, y luego vinieron las cinco damas con hachas encendidas, y llevaron los caballeros cada uno á su cámara, y despidióse de ellos Floripes, diciéndoles: Señores, perdonad, que por ahora no tengo otros pages que os sirvan. Y Oliveros la dijo: De Dios te

sean galardonadas, y de nosotros servidas las mercedes que de ti recibimos. Dejo de hablar de las grandes riquezas de las cámaras y camas, por huir proligidad.

Venida la mañana, las cinco damas llevaron á los caballeros vestidos nuevos hechos á la morisca, muy ricos: envió Floripes al noble Oliveros una ropa rozagante de hilo de oro, y seda tejida, afortada de púrpura, y tenia todo el ruedo, y la boca de las mangas y collar bordadas de unas letras moriscas sacadas del Alcorán, en que se encerraba toda la secta de Mahoma. Vestidos que fueron los caballeros, entraron juntos en la cámara de la hermosa Floripes, la cual los estaba aguardando por verlos vestidos á la morisca, y la saludaron con mucho acatamiento, y ella los recibió con alegría, y les dijo, que parecian bien vestidos á la morisca. Y Oliveros la dijo: mejor parecemos bien armados. Y ella respondió: cada cosa á su tiempo; para con los enemigos son necesarias las armas, mas ahora que estais entre amigos, y delicadas damas, no habeis menester armas, ni ceñiros espadas; y Oliveros la dijo: Por tu crecida virtud tenemos amistad y paz contigo, y con tus damas, mas no la tenemos con tu padre y tu gente, ni la tendrás tú si á su noticia viene lo que por nosotros has hecho; por donde

te suplico nos mandes proveer de armas, como nos proveiste de delicados y ricos vestidos; y ella le dijo, que ya tenían aparejadas las que habían menester; y con mucha alegría, mezclada con una pequeña risa, le preguntó si sabía leer aquellas letras moriscas, que estaban bordadas en la ropa: y él dijo que no; y Floripes dijo: en estas letras se encierra toda la ley de Mahoma, y por eso no sé si te llame cristiano, ó moro. Y Oliveros dijo: Señora, el hábito no hace el monge, y Dios solamente mira la voluntad con que se hacen las cosas. Mucho se pagaba Floripes y sus damas de las razones de Oliveros, y de sus compañeros; desque hubieron hablado muchas cosas de placer, tomó Floripes al noble Oliveros por la mano, y sus damas á los otros caballeros, y entráronlos en una sala muy grande, que llamaban de Fiera-brás, y en una parte de ella estaban cien arneses trenzados para ginetes; tambien habia doscientas espadas, y doscientos puñales muy ricos, y de gran valor. Y Floripes dijo: escoja cada uno las armas que mejor le vinieren, y téngaselas en su cámara para quando fuere menester. Los caballeros dejaron las ropas moriscas, y con mucha diligencia se armaron el uno al otro, y armados fueron á besar la mano á Floripes, y ella los abrazó uno á uno con mucho amor. Y

Oliveros vió un andamio tan alto, quanto un hombre podia alcanzar con la mano, hecho á manera de altar, con un ídolo en él, á quien se encomendaban en aquella sala, y saltó ligeramente en él, armado de todas armas, y tomando una lanza, y corriendo con ella á la pared, le quebró en muchas piezas. Y volviendo Floripes á sus damas las dijo: Por cierto estos caballeros son para grandísimos hechos y hazañas, y no me maravillo ahora del miedo que mi padre de ellos tenia: y dió parte de su crecido placer á una vieja dueña, aya suya, que habia estado mucho tiempo presa en tierra de cristianos, y los conoció y nombró á cada uno, y dijo á Floripes: Señora, haz modo que vuelvan á la prision, sino yo no callaré tan gran traicion, que estos son enemigos de nuestros dioses, y de tu padre, y perseguidores de nuestra ley. De esto pesó mucho á Floripes, y concibió gran temor en su corazon; mas disimulando con discrecion, fingió que la queria hablar en secreto para demandarla consejo; y para esto se subieron á una azotea muy alta, y hablando con ella la hizo llegar al cabo de la azotea, y desque tuvo oportunidad, y vió á la vieja descuidada, dió con ella en la calle, diciendo: Vete, vieja maldita, y tendrás compañía con el carcelero, pues que la mia, y la de los nobles caba-

Herros aborreciste; luego se bajó con alegre semblante adonde los caballeros y las damas estaban, y cuando la dijeron como su aya era caída de la azotea á la calle, porque no pensasen que ella lo habia hecho, hizo un grande llanto, y sus damas con ella, y la hizo enterrar con mucha honra. Venida la hora de comer, fue puesta la mesa, y en ella grande abundancia de diversos manjares: y asentada Floripes en su silla de marfil, y los caballeros en sus lugares, comieron y trataron en muchas cosas, así tocantes á los moros, como á los cristianos; y desque hubieron comido, fue alzada la mesa, y Floripes comenzó á hablar á los caballeros de esta manera: Muy nobles caballeros, bien tenéis en la memoria, como en la torre donde estábades me prometisteis de ayudarme en lo que os hubiese menester, y para ello me disteis vuestra fe, de la cual ninguna duda tengo; y sabreis, señores, como habrá diez años, estando el almirante Balán mi padre, y mi hermano Fierabrás en Roma, y yo con ellos, que ví una vez á Gui de Borgoña en unas justas, y fueron sus hazañas tales, que sembró en mi corazón tan firme amor, que ni el tiempo, ni las afrentas y daños que de él ha recibido mi padre, tuvieron poder para que le olvidase: y á esta causa he desechado los mayores reyes de Turquía; y

cuando venian mi padre y hermano de las batallas de los cristianos, y contaban lo que habia pasado con ellos, si acaso nombraban á los doce pares, alegrábame; si oía nombrar á Guy de Borgoña, me turbaba y mudaba el color, tanto que temia que mi turbacion no descubriese mi secreto amor. Cuando mi padre el almirante, y toda su corte lloraba, entonces estaba yo mas alegre; si su enojo procedia de la victoria de los cristianos, con ella holgaba mi cautivo corazon; el cual preso de amor de un solo caballero cristiano, deseaba el bien de ellos, dejando el amor de padre, y de toda su tierra: y porque sé que de ello será servido mi señor Guy de Borgoña, he hecho yo por vosotros lo que habeis visto; y haré mas, que tendré modo con que á vuestro salvo os volvais á vuestra tierra, porque lleveis las nuevas, y mis encomiendas al caballero, que ahora está inocente de mi pena, y le direis que estoy aparejada para tornarme cristiana, y que le daré muchas reliquias que tengo en mi poder, y le daré mas tesoros que ninguna cristiana le podrá dar. Esto es lo que habeis de hacer por mí, rogándole de vuestra parte me quiera recibir por su muger, certificándole que soy suya, mas que mia. Los caballeros hubieron gran placer de lo que les dijo Floripes, y respondió Oliveros: En verdad, señora, tú no podrás hallar

mejores mensageros que nosotros, por donde huelgue, y descanse tu corazón, por cuanto Guy de Borgoña hará todo lo que le pidiéremos, y mas esto, de donde tanto bien y honra le procede, y á nosotros juntamente con él. Ahora dejaré de hablar de los cinco caballeros, y de Floripes, y volveré á tratar de emperador Carlo Magno.

CAPITULO XXXI.

Como Carlo Magno envió al almirante Balán los otros siete pares de Francia.

Estando Carlo Magno muy triste por sus caballeros, y mas Regner, padre de Oliveros, temiendo que el almirante Balán los hiciese morir, no le osaba hacer guerra, y ordenó de enviarle una embajada; y para esto llamó luego á don Roldán, y dijole: Sobrino, yo quisiera que fueses á Aguas Muertas al almirante Balán, y le dijeras de mi parte que me envíe mis caballeros, y las reliquias que tiene, sino que no cesaré hasta echarle de toda su tierra, ó hacerle morir cruelmente. Y don Roldán le dijo: Señor, tu consejo no es bueno, pues sin duda ninguna procurará darme muerte. Y Carlo Magno le dijo: No os cumple excusar, que no podeis dejar de ir. No me escuso, dijo Roldán. En-

tonces dijo Guy de Borgoña : Señor, mira bien lo que haces , que no me parece acertado vaya don Roldán de esa suerte al almirante Balán. Y el emperador con gran furor le dijo : Vos habeis de ir con él ; y dijo Guy de Borgoña : Señor, sí iré , aunque hubiese mayor peligro. Y Ricarte le dijo : Señor, bueno será enviar la embajada , mas ha de ser otra gente , y no la que quieres enviar , porque si algun infortunio viniese , no falte quien te sirva. Y Carlo Magno le dijo : Todos habeis de ir ; mas juramento hago á Dios de enviar los que quedan de los doce Pares. Y el duque de Naimes le dijo : No creas , señor , que ninguno de nosotros huya , mas decimos nuestro parecer ; asi mira no te arrepientas cuando no tengas lugar de enmendar lo errado. Y Carlo Magno le dijo : Aparejaos , duque , para ir con ellos. Y Oger de Danois le dijo : Haz tus hechos con maduro consejo , y no serás reprendido ; y él dijo , que se aparejase , y mandó llamar á los otros , y les dijo , que se aparejasen todos siete para ir por embajadores al almirante Balán. Como ellos le vieron tan enojado , no le osaron decir nada ; y venida la mañana , preguntó Roldán á Carlo Magno , en qué manera los mandaba ir , si irian armados , ó sin armas. Y él les dijo , que pues iban como embajadores , que no eran necesarias armas. Y

Roldán dijo: Si tú no recibes enojo ni pesar, llevaremos nuestras armas, que recelo las habremos menester. Y Carlo Magno respondió, que hiciese como mejor le pareciese. Vueltos los caballeros á sus posadas se armaron de todas armas, y con largas lanzas en las manos se volvieron para Carlo Magno, y le dijo Naimés de Babiera: Muy noble emperador, aqui estamos tus siete caballeros para cumplir tu mandado, y que nos digas lo que es tu voluntad que digamos al almirante Balán. Y el emperador les dijo: Mis caros y amados barones, al todopoderoso y misericordioso Dios encomiendo y le suplico que por los méritos de su santa pasión os quiera guardar, así como guardó al profeta Jonás en el vientre de la ballena; direis al almirante pagano, que me envíe mis barones, y las santas reliquias que tiene, y que se bautize, y tendrá las tierras que se tiene de mi mano, pagando el tributo justo; y si esto no hace, he jurado de cercarlo, y echar de toda su tierra, dándole vituperosa muerte. O, dijole Guy de Borgaña, muy poderoso emperador, nosotros llevaremos tu embajada, aunque perdamos las vidas; é hincando las rodillas en el suelo, uno á uno le besaron la mano, y se despidieron de él, y vuelto á los caballeros, y gente del real, que los estaban mirando, dijo el duque Naimés:

Muy nobles señores, ya habeis sabido como el emperador Carlo Magno nos manda ir con embajada al almirante Balán, y como tenemos la vuelta por dudosa, y no sabemos qué será de nosotros; por tanto os rogamos á todos generalmente, que si en alguna cosa os habemos enojado en dicho ó en hecho, que nos perdoneis, y nosotros asimismo perdonamos culquiera ofensa ó injuria que hayamos recibido, porque nuestro señor Dios, por su infinita clemencia, nos perdone á nosotros y á vosotros. Y asi se despidieron cada uno de sus amigos y conocidos; y caballeros en muy poderosos caballos, y encomendándose á Jesucristo, se pusieron en camino.

CAPITULO XXXII.

Como el almirante Balán envió quince reyes á Carlo Magno, para que le diese su hijo Fierabrás, y como los siete caballeros cristianos los mataron encontrándolos en el camino.

Gran dolor tenia el almirante Balán en su corazon por la ausencia de su hijo Fierabrás, y esperando que el emperador Carlo Magno se ofreciera á enviárselo en trueco de los cinco caballeros que tenia presos, por eso nó se lo habia enviado á demandar, y acordó de en-

viarle una embajada, y para eso mandó llamar á quince reyes turcos, vasallos suyos, y les dijo, que fuesen á Mormionda, que era adonde Carlo Magno se hallaba á la sazón con todo su ejército, y le dijese de su parte, que sin dilación alguna le enviase el rey de Alejandría Fierabrás, su amado hijo, y le volveria los cinco caballeros cristianos, y vasallos suyos, que tenia presos en sus cárceles, y que entre ellos estaba el caballero que venció á su hijo Fierabrás: y que si no se lo enviaba presto, le iria él á buscar con doscientos mil hombres de pelea, y no cesaria hasta haberle echado de todo su reino, ó hacerle morir vergonzosamente. Y Marradas, uno de los embajadores, le dijo: Muy poderoso señor, á nosotros no nos conviene amenazar á Carlo Magno delante de sus barones, que son muy valientes hombres, y no sufrirán nuestras amenazas; mas solamente le diremos que te envíe tu hijo Fierabrás, y le darás los cinco caballeros cristianos que tienes presos. Y el almirante le dijo: cobarde, y sin virtud, no osarás decir lo que te mando? Y respondió otro rey: señor, eso, y aun mas le diremos; y si hallamos algunos cristianos por el camino, les haremos tan mal pasage, que los otros nos tendrán miedo oyendo hablar de nosotros. Y armados muy ricamente con mucho

oro y piedras preciosas en los yelmos, y caballeros en muy poderosos caballos, se partieron para donde estaba Carlo Magno, y pasada la puente de Mantible, andando entre sí tratando del modo que habian de tener para dar la embajada al emperador, vieron siete caballeros cristianos, y digeron: Estos cristianos sin duda buscan por estos caminos algunos turcos para cautivarles. Dijo el uno de ellos: Veremos si son cristianos, y los llevaremos presos al almirante Balán. Los cristianos se recelaron de ellos, pensando que habia alguna celada, y dijo Roldán á los otros: Esperadme un poco que quiero ver qué gente es esta, que me parecen hombres principales; y si pudiéremos pasar sin batalla, la escusaremos porque podamos hacer nuestra embajada; y los seis caballeros se estuvieron quedos, y don Roldán se adelantó, y viéndole solo Marradas, puso la lanza en el ristre, haciendo señal de batalla; y don Rodán alzó la mano, como queria hablar con ellos, y llegado, le preguntaron quiénes eran, y qué buscaban por aquella tierra. Y él les dijo, que eran mensageros del emperador Carlo Magno, que iban con embajada al almirante Balán. Y Marradas le dijo: Vosotros sois ladrones, y venis espiando los caminos, y robando, y ahora decis que sois mensageros, y que llevais emba-

jada: conviene que degeis las armas, y con las manos atadas á las colas de vuestros caballos os llevaremos al almirante: si embajada traes, él os escuchará. Don Roldán le dijo: Señor, yo bien os daría mis armas; mas estos señores no querrán daros las suyas, que son hombres de gran estima. Y dijo Marradas: aunque fuédes todos los doce pares de Francia, habeis de dejar las armas. ó morir de mala muerte. Y Don Roldán dijo: Si os damos las armas nos asegurareis las vidas? Y uno de ellos dijo: La vida os aseguraremos por ahora, mas os habemos de llevar de la manera dicha al almirante Balán, y él os mandará echar en una obscura torre, donde tiene otros cinco cristianos vasallos de Carlo Magno. Y Don Roldán les preguntó: Quiénes sois vosotros, que tan lucidas armas traeis y tan ricas? Y ellos respondieron: Nosotros somos vasallos del poderoso almirante Balán, y todos somos reyes coronados. Y dijoles Don Roldán: Si vosotros fuédes cuerdos, iriades á pedir perdon al noble emperador Carlo Magno, y á prestarle omenage, y os haria mercedes grandes y colmadas, que es mas noble y mas poderoso señor que vuestro señor el almirante Balán: dejad vuestros ídolos, que os traen engañados, y si no quereis ir de grado, os llevaré por fuerza, y apercibios luego, que

no os aprovecharán vuestras lucidas armas, ni los yelmos lucientes y dorados. Dicho esto se cubrió con el escudo, y puso la lanza en el ristre y luego salió Marradas, y encontrándose con toda su fuerza, Marradas quebró su lanza en el escudo de Roldán, y Roldán le cogió por la visera, y dió con él en tierra muerto; y luego se fué para el otro, y le metió la lanza por los pechos, y le pasó á la otra parte, y echó mano á la espada; antes que llegasen los otros seis cristianos, derribó seis turcos, y juntos empezaron cruda batalla, y dijo Guy de Borgoña: Señor Don Roldán, tened ese paso, que yo los quiero rodear de manera que ninguno de ellos vuelva con las nuevas al almirante Balán. Oyendo esto uno de los reyes moros, dejando sus compañeros, volvió la espalda; mas Ricarte de Normandía, que le vió huir, dió de espuelas al caballo, y le siguió muy gran trecho. Viendo el moro que Ricarte le estaba ya cerca, dejó el camino, y se metió por una grande montaña, y le perdió de vista: y volviéndose á sus compañeros, los cuales ya habian dado cabo de todos los otros, dijo Don Roldán: Ellos ya no nos harán mas guerra: mas recélo-me, que aquel que se va huyendo será causa que nunca volvamos á ojos de nuestros amigos, y nosotros no podemos dejar de llevar nues-

tra embajada al almirante Balán. Y Guy de Borgoña dijo: Señores, desviémos del camino un poco y descansarán nuestros caballos, y miraremos lo que habemos de hacer. Y apartados en un verde prado, echaron los caballos á pacer, y ellos se asentaron, y dijo el duque Naimés, que era el mas anciano: Señores, á mí me parece que nos debemos volver: no nos culpará el emperador Carlo Magno, contándole lo que nos ha acaecido; y para mayor certidumbre, llevaremos las cabezas de los reyes muertos, y Don Roldán dijo: Señor Naimés, si la honra no queremos poner en olvido, no podemos dejar de ir al almirante Balán, que aunque Carlo Magno haya placer de lo que hicimos, no quedará satisfecho de su embajada; y caso que lo quedase, y nosotros sin culpa para con él, seremos culpados de los otros, y dirán que él nos mandó hacer uno, é hicimos otro; y dirán que adrede nos pusimos en un peligro por evitar otro mayor; quién duda que otros pondrán dolo en nuestras alabanzas, diciendo que de nuestras solas lengua es predicada? Y no saben si los muertos eran pocos, ó si eran muchos, si eran armados, ó desarmados; si los matamos nosotros, ó si los hallamos muertos: y dejados todos estos inconvenientes, según quien somos, quedarán nuestros corazo-

nes querellosos, pues partidos para llevar embajada al almirante, de medio camino nos volvimos. A todos ellos parecieron bien las razones de Don Roldán, y le digeron, que ordenase lo que habian de hacer, que no discreparian un punto de su voluntad. Y él les dijo: Para que nuestros hechos merezcan alguna alabanza, es necesario hacer cumplidamente lo que nos fué mandado, y entonces mas dignos de alabanza seremos: por tanto queria que llevásemos sendas cabezas de los reyes muertos al almirante Balán, y le diremos que eran salteadores que nos quisieron robar; y asi cortaron las cabezas de los reyes moros muertos, y cabalgando en sus caballos, se pusieron en camino.

CAPITULO XXXIII.

De la Puente de Mantible, y del tributo que en ella se pagaba; y como los siete caballeros cristianos mañosamente pasaron sin pagar ningun tributo, ni otra cosa.

Legados los siete caballeros á la puente de Mantible, dijo Oger de Danois: Señores, este es el paso mas dificultoso que hay en toda esta tierra: el rio es muy caudaloso, y no se puede pasar sino por la puente; y esa es muy fuerte y grande, que tiene treinta arcos de marmol, y

dos torres cuadradas tambien de mármol blanco, muy bien labradas, y en cada una de ellas hay una puente levadiza con cuatro muy gruesas cadenas de hierro; y es guardada esa puente de un gigante muy grande y espantable, que siempre está armado de todas armas, y una gruesa acha de armas en las manos, y tiene cien turcos en su compañía que le ayuden á guardar la torre: del tributo no os hablo nada, porque no venimos en son ni propósito de pagarlo: mas digo esto, porque miremos qué manera ó modo habemos de tener para salir con nuestra demanda. Entonces dijo Don Roldán: De esta manera ganaremos la puente: Yo iré delante, y diré que somos embajadores, y llevamos una embajada al almirante Balán; y si me digeren que no podemos pasar, ó por el tributo, ó cualquiera otra causa, le diré que me abra, y que á él mesmo le diré la embajada, para que haga de ella relacion al almirante su señor; y si pongo solamente el pie en el postigo, sed ciertos que procuraré hacer lugar por donde todos pasemos. Y el duque de Naimés le dijo: Señor Roldán, no es cordura dar un golpe, y recibir diez: dejadme este cargo, que yo tendré modo para que pasemos sin tener batalla. Roldán le dijo, que hiciese lo que quisiese; y el duque les rogó se estuviesen quedos, y se

fué para la puente: llamó, y el gigante le abrió y le preguntó quién era, y qué buscaba por aquella tierra. El respondió: Somos mensageros del emperador Carlo Magno, y vamos al almirante Balán con presentes, que vienen aqui detras. El gigante le dijo: Vosotros habeis de perder las cabezas, ó pagar el tributo que se suele pagar en este puente. Y el duque le dijo: Dime lo que te habemos de dar, que luego se te dará. Por el poder de mis dioses, dijo el gigante, que no es poco, porque yo te pido primeramente treinta pares de perros de caza, cien doncellas vírgenes, cienalcones enseñados, y cien caballos con sus jaeces, y por cada pie de caballo un marco de oro fino: este tributo ha de pagar cualquiera cristiano que por ella pase, y si no lo puede pagar, ha de dejar la cabeza en las almenas de la puente. Y respondió Naimés, que muy cumplidamente traia todo lo que habia dicho, y esto á mas de los presentes que llevaban al almirante, y que muy presto venian. que ellos venian delante, por tomar posada; y el gigante, pensando que era así, dejóles pasar. Don Roldán, que habia oido la industria del duque Naimés, no podia tener la risa, é yendo por la puente adelante toparon un turco, que muy espantado se paró á mirarlos atentamente; y Don Roldán se apeó, y

allegándose ácia él, como que le queria hablar, le tomó por el cinto, y le arrojó en el rio; y el duque fué de ello muy enojado, y le dijo: Señor Don Roldán, Dios nos quiere hacer mercedes dejándonos pasar sin batalla, y no la quereis recibir? Don Roldán le dijo: Si supiera que me abrieran como á vos, nunca yo buscára maña para pasar, antes viera si el gigante es tan feroz en los hechos como en el gesto, que los otros que están en su compañía no duráran media hora delante de nosotros, porque es gente de poco valor, y ganada la puente, tuviéramos la venida mas segura; y si place á Dios que volvamos, con durandal les pagaré el tributo que nos pide.

CAPITULO XXXIV.

Como los siete caballeros llegaron delante del almirante, y dieron su embajada

Legados los caballeros á Aguas Muertas, donde estaba el Almirante Balán, fuéronse hasta las puertas de su palacio, y digeron á los porteros que digesen al almirante que le querian hablar de parte del muy alto emperador Carlo Magno. Como el almirante supo que Carlo Magno le enviaba embajada, fué muy alegre, pensando que le enviaba á pedir los cinco ca-

balleros cristianos en trueco de Fierabrás, su hijo: y porque era ya tarde, mandó á su maestresala que les diese buena posada, y proveyese de todo lo necesario, y por la mañana los tragese á palacio. El maestresala les dió por posada la casa de un muy principal caballero, el cual les hizo muy buen acogimiento, y les sirvió de todo lo que hubieron menester; y desde que hubieron cenado, dieron á cada uno su cámara con una cama ricamente aderezada. A la media noche llegó el rey que escapó de las manos de los siete caballeros, y entrando en el palacio, no paró hasta la cámara del almirante Balán, que ya era acostado; desde que supo que de los quince no volvía sino uno, fué maravillado, y mandóle entrar, y dijo: Muy poderoso señor, tú enviaste quince reyes vasallos tuyos por embajadores á Carlo Magno, y en el camino topamos siete caballeros cristianos, y nos digeron te trian embajada de parte de él; y creyendo ser salteadores, que robaban, los quisimos traer presos á tu corte; y ellos fueron tan valientes, que mataron en poco tiempo á los catorce reyes, sin que ninguno de ellos muriese, ni solamente cayese de su caballo; y yo con la gran ligereza del mío me escapé del furor de sus espadas; los cuales son estos siete caballeros que esta noche han venido á tu

corte, por ende mira si de ellos te quieres vengar: ahora tienes ocasion, y muy legítima causa de hacerlos morir, y darles vituperosa muerte.

Quando el almirante Balán oyó las nuevas, del grandé enojo que hubo empezó á maldecir, y á quejarse de sus dioses. A las voces entró su maestresala, y le dijo: señor, no te fatigues, ni te quejes con desmesura de tus dioses, porque aunque por tus yerros hayan permitido que tus reyes muriesen, á tu poder trageron los que los mataron para que de ellos tomases venganza, y fuese su maldad castigada: por ende huelga y descansa, que mañana te los traeremos presos á muy buen recaudo, y harás de ellos á tu voluntad. Y dijo el rey que escapó de sus manos: señor, pues que en tu poder están, ten modo que no sean señores de sus armas, porque si ven que los quieren prender, no podrá con ellos toda tu corte, porque son muy esforzados, y quizá no te pesará menos de tu venida, que á mí de los haber encontrado en el campo. Y el maestresala dijo: señor, este cargo quedará á mí, que yo te los traeré mañana á buen recaudo, aunque fuesen ciento. Despedidos del almirante, se fueron el rey y el maestresala al caballero en cuya casa estaban los caballeros aposentados, y le contaron el caso; el cual tuvo modo de hurtar las armas á los cris-

tianos, que sin recelo alguno, apartados el uno del otro, estaban durmiendo. A la mañana fueron armados tres mil turcos de todas armas, y sendas achas de armas en sus manos, y uno á unos les prendieron y ataron fuertemente las manos, y los llevaron al almirante Balán; el cual, despues de muchas injuriosas palabras y amenazas, les preguntó por qué habian muerto los reyes sus embajadores? Y Roldán le dijo: Los que matamos no eran reyes en sus hechos, que informados como veníamos á tu corte con embajada, no dejaron de acometernos para matarnos ó cautivarnos; mas ellos fueron castigados, que los catorce quedan en el campo, y traemos sus cabezas, porque certificado de ello asegurásedes los caminos; y el almirante les dijo: Cuál diablo vos mandó entrar en mis reinos? y Roldán les respondió: el que nos mandó venir te echará de ellos si no haces lo que con nosotros te envia á decir, que es esto: El muy noble y poderoso emperador Carlo Magno te manda que te bautices, y que le envíes sus caballeros y las santas reliquias que tienes en tu poder; y si no lo haces, ha jurado de te echar de toda tu tierra, y de hacerte malamente morir. Y el almirante dijo: osadamente hiciste tu embajada, mas no volverás con la respuesta al viejo loco Carlo Magno, que antes

que coma ni beba, yo os veré á todos hechos cuartos, con los otros que tanto he guardado hasta ahora, pensando trocarlos por mi hijo Fierabrás. Y Ricarte de Normandía le dijo: Tu hijo es mas cuerdo que tú, que ya cree en Dios, criador del cielo y de la tierra, y ha dejado las abusiones de tus ídolos, y está mas contento con el santo bautismo que ha recibido, que lo estaba con las tierras que tenia; y por todo el mundo no vendrá acá, ni dejará á Carlo Magno su señor. El almirante conoció á Ricarte de Normandía, y le dijo: Bien me place de tenerte aquí, porque pagues la muerte del noble caballero Corsubel mi hermano; y Guy de Borgofia dijo: Muchos de tus caballeros habemos muerto los pocos que aquí estamos, mas no de la manera que nos amenazas de matar, sino en muy leal batalla; por tanto, si te quieres vengar de nosotros sin caer en vileza, dadnos nuestras armas y caballos, y déjanos salir al campo, y manda apercibir todo tu ejército para contra nosotros, y entonces sin reprehension tomarás, si pudieres, venganza. Y el almirante Balán le preguntó cómo se llamaba. Y él dijo: Guy de Borgofia; y el almirante le respondió: tambien pagarás lo que contra mí hiciste en Roma: será tu muerte escarmiento para otros cristianos, que no se atrevan á

tanto. Y luego mandó llamar dos consejeros suyos, llamados Brulante de Mermiere, y Sortibrán de Coimbra, y les preguntó, qué haria de los cristianos presos? Y ellos le digeron que fuesen arrastrados en colas de caballos, y despues hechos cuartos, y puestos por los caminos, y las cabezas á las puertas de la ciudad en escarpas, y luego cercaremos á Carlo Magno y lo prenderemos, porque estos son los mas principales de su egército, y si matamos al emperador, sin peligro ganaremos todo el reino de Francia. El almirante les dijo que decian bien, y les mandó que presto tragesen los otros cinco, y se egecutase lo ordenado.

CAPITULO XXXV.

Como por industria de Floripes los siete caballeros cristianos fueron puestos con los cinco, y como Floripes les mostró las santas reliquias.

Estaba Floripes escuchando toda la contienda que su padre tenia con los caballeros cristianos; y cuando vió que su padre mandaba traer los cinco, que pensaba estaban en la torre para darles muerte, se fue muy presto á su cámara donde tenia los caballeros, y les mandó armar, y les dió sendas achas de armas, diciendo, que

de ellas se aprovecharian en el palacio mejor que de las lanzas, y les dijo: Muy nobles y virtuosos señores, ahora se me ofrece tiempo para que pagueis los beneficios recibidos, que haciendo esto guareceis vuestras vidas, las de vuestros amigos los otros siete pares de Francia, los cuales, las manos atadas, y gruesas cadenas á los pies, están en los palacios de mi padre sentenciados á muerte, y vosotros con ellos, y ahora voy á estar con el almirante mi padre, por ver si los podré traer aqui con vosotros; y si no pudiere, y oyéredes mis voces, no seais perezosos en venir, ni useis de misericordia con ningun turco. Y así se fue Floripes para su padre con disimulada alegría, fingiendo que tenia gran deseo de ver la muerte de los caballeros cristianos; y le preguntó, qué hombres eran aquellos que estaban atados y encerrados. Y él respondió: hija, son vasallos del emperador Carlo Magno, y son los de quien tantos daños habemos recibido, y á muchos parientes y amigos nuestros, caballeros de gran valor, han dado la muerte: y mando por sentencia, que estos, y los otros cinco que ya están en la torre, sean arrastrados, y puestos en cuartos. Y Floripes le dijo: señor, esto y mucho mas merecen; y es bien darles otra mas penosa muerte, porque sea escarmiento para otros;

y esto se hará despues que hayas comido , que es ya muy tarde: suplicote que los dejes en mi guarda , hasta que los mandes sacar á morir, porque en todos ellos pueda á mi placer vengar la injuria hecha á mi hermano Fierabrás. Y el almirante Balán la dijo que le placía , y ella mandó á su escudero que los llevase á la torre donde estaban los otros. Y Sortibrán dijo al almirante su tio: Muy esclarecido, y poderoso señor; suplicote que quieras traer á la memoria las grandes desdichas que habrás oido y visto que á especiales hombres han ocurrido por tener confianza de mugeres , y los muy grandes daños que por su inestabilidad y poca firmeza han causado , cata que sus mas súbito saber en el tiempo de la mayor necesidad les falta; mira, pues , que de su naturaleza son muy mudables y libianas en creer , y súbitas en la venganza; mira no te ciegue el mucho amor de la hija.

Quando Floripes hubo entendido bien las palabras maliciosas de Sortibrán , demudada en grande grado , y como tartamuda del muy crecido enojo , dijo: tú , Sortibrán , hablaste como desleal y malo que debes ser , y por tal te juzgo en hablar semejantes palabras , porque el traidor no piensa que hay fiel alguno en el mundo; y por tus muy dañadas entrañas juzgaste tú las ajenas; mas no quedarás sin pago

de tu mentiroso y traidor decir. Y dicho esto se fue tras el escudero, y de los presos que estaban ya cerca de la torre donde fue puesto Oliveros y sus compañeros, porque el escudero no los osó llevar á la cámara de Floripes, por causa de la mucha gente que los miraba; y Floripes llamó al escudero, y le mandó los llevase á su cámara, que ella queria ser la carcelera, y no otro ninguno; y aunque por allí habia algunos que lo vieron y oyeron, no sospecharon por ello mal ninguno, pensando que lo hacia por el grande enojo que habia habido con Sortibrán. Entrados que fueron los caballeros en la cámara de Floripes, hallaron los otros cinco compañeros suyos armados de todas armas y bien apercebidos, y fueron de ello muy maravillados los unos y los otros. Oliveros hubo muy grande lástima de Roldán cuando le vió que tenia una gruesa cadena al pie, y otra al cuerpo, y las manos muy reciamente atadas, y muy de presto los desató, y les quitó todas las cadenas: se abrazaron y besaron con grandísimo amor, y Floripes los miraba uno á uno con mucho cuidado por conocer á Guy de Borgoña, á quien ella tanto deseaba conocer; y viendo esto Oliveros, dijo: Señor Guy de Borgoña, qué os parece de nuestra cárcel y de nuestro carcelero? Y Guy de Borgoña le respondió: digo que

aunque la cárcel fuera la peor de todo el mundo, que ninguna pena sintiera según la grande perfección y gracia del carcelero. Y Oliveros le dijo: A vos y á la señora Floripes damos las gracias, porque conociendo que en esto os habia de hacer placer, nos sacó á todos del mas hediondo lugar del mundo, y de muy estrecha cárcel. Y Floripes llorando del grande placer que su corazón sentia, venció el amor á la vergüenza que comunmente las doncellas tienen, y abrazó á Guy de Borgoña, y le besó en el hombro, y Guy de Borgoña hincó las rodillas en el suelo, y quisola besar las manos, mas ella nunca lo quiso consentir, antes le puso la una mano al cuello, y la otra en la barba, y levantó del suelo, y estaba Guy de Borgoña muy espantado de tanto amor como la hermosa Floripes le mostraba. Y don Roldán le dijo: Bien creo, señor Guy de Borgoña, que no recibierades pena alguna aunque estuviédes mucho tiempo en esta cárcel; y Guy de Borgoña le respondió: Ya recelo la salida mas que temia la entrada, si del carcelero me tengo de apartar. Y Floripes con muy graciosa risa dijo: Dejemos, señores, esto para cuando mayor oportunidad tengamos, y ahora entendamos en lo que mucho á todos cumple; y tomó á Guy de Borgoña por la mano, y dijo á los otros caballeros desarmados, que lo

siguiesen, y que los otros se quedasen en la sala: llevólos donde se habian armado los otros caballeros, y les dijo, que se armasen prestamente, y ella armó á Guy de Borgoña muy graciosamente, y despues que todos fueron armados á su placer, se volvieron á donde estaban los otros, y Floripes los hizo asentar á todos, y ella se sentó en la silla de marfil, mas allegada á Guy de Borgoña que á los otros, y les dijo: Muy nobles y esforzados caballeros, pues que vuestra buena fortuna, y á mi dicha vos ha traído á tiempo que de mis pequeñas y mugeriles fuerzas tuviédesdes necesidad, por quanto tengo propuesto y deliberado (olvidando mis dioses, y el amor de padre, de los parientes, y de toda la tierra) de salvar vuestras vidas, aunque supiese por ello perder la mia, me atrevo á pedirlos á todos juntamente una merced, y vos Don Roldán primeramente la fé, y á todos vosotros señores, de ayudarme, y favorecer en lo que os hubiere menester. Y Don Roldán la dijo: Muy virtuosa y noble dama, nunca fui ingrato á persona del mundo, y menos lo seré á las muchas mercedes que de ti he recibido; por ende mandame cualquiera cosa que no discrepe de la ley cristiana, y verás el deseo que tengo de servir tus crecidos beneficios; y ella se levantó en pie, le dió

gracias por ello; y vuelta á Guy de Borgoña, le preguntó: Y vos señor Guy de Borgoña? Y él la dijo: Yo y todos estos señores decimos lo que el señor don Roldán dice; y así dijo ella entonces: Lo que mi corazón desea sobre todas las cosas del mundo, es servir como muger legítima al señor Guy de Borgoña; y estas son las mercedes que á él y á vosotros, señores, pido, y de muy buen grado me tornaré cristiana, y os daré las santas reliquias que con tanto trabajo habeis buscado, y os daré todo el tesoro del almirante mi padre, y otras joyas de muy grande valor; y Gui de Borgoña la dijo: Por cierto, señora, yo tenia propuesto no tomar muger sino por mano de mi tío el emperador Carlo Magno, como lo han hecho los otros pares de Francia; mas porque tal dama no se halla en todas partes, y no menos por las mercedes recibidas, con consentimiento de don Roldán, y de estos señores te tomo por legítima esposa en la forma que lo ordena nuestra santa madre iglesia; y don Roldán se levantó, y les hizo dar las manos, y los hizo abrazar y besar en la boca, y les dijo que lo demás fuese guardado hasta que Floripes fuese cristiana: y de esto hubo gran vergüenza Floripes, y no osaba despues mirar á don Roldán la cara; y mandó luego á sus damas que pusiesen la mesa y tragesen de comer;

y dijo á los caballeros: El almirante mi padre, Sortibrán, y los otros caballeros han ordenado de daros la muerte á todos despues que el almirante haya comido; mas deciros he como le dareis mala comida, porque no vengan á efecto sus malos pensamientos; y así armados como estaban los caballeros se asentaron á la mesa, y la hermosa dama Floripes con ellos sentada junto su muy querido y amado Guy de Borgoña.

CAPITULO XXXVI.

Como un sobrino del almirante Balán, llamado Lucafer, entró en la cámara de Floripes, y como el duque Naimés lo mató.

Los caballeros fueron muy bien servidos, y despues que hubieron comido, y fue alzada la mesa y dadas gracias á Dios, Floripes les dijo: señores, el almirante Balán querrá comer, y no comerá sin que yo esté en su compañía; por ende, porque no venga nadie á llamarme, quiero ir allá, y diré que estoy mal dispuesta, y que no quiero comer, y miraré bien en lo que se ha de hacer antes que vuelva: y primero quiero mostraros las santas reliquias que yo tengo, porque viéndolas tengais los corazones mas contritos, y con mayor devocion podais demandar ayuda y socorro á vuestro Dios, que hoy

lo habreis bien menester ; y sacó un cofre todo dorado, y muy maravillosamente labrado, en el qual estaba parte de la corona de nuestro redentor Jesucristo, y uno de los clavos con que fue enclavado en la cruz, y un paño en que fue envuelto cuando era niño, y un zapato de la vírgen María nuestra señora, y parte de sus cabellos y otras muchas reliquias. Cuando los caballeros las vieron, hincaron las rodillas en el suelo, y llorando amargamente pidieron perdon á Dios, suplicándole fuese servido dejarles volver con salud en presencia de Carlo Magno, y pudiesen llevar á Floripes, para que doctrinada en la santa fe católica mediante el agua del santo bautismo, entrase en el número de los escogidos, y que tambien pudiesen llevar las santas reliquias á tierra de cristianos ; y se maravilló mucho Floripes de las lágrimas que los caballeros cristianos derramaron. Despues que hubieron hecho su oracion, dijo Floripes á Guy de Borgoña que volviese las reliquias al cofre, porque le era mas lícito que á ella, por quanto no era cristiana, y él lo rogó á don Roldán, y Roldán al duque Naimés por quanto eras mas anciano y hombre de muy buena vida ; y encerradas las reliquias en el cofre, le volvió Floripes á su lugar.

Estando los caballeros y la linda dama en

esto vino á los palacios del almirante un caballero, sobrino suyo, llamado Lucafer, el cual habia venido por ver morir á los caballeros cristianos; y preguntando por ellos, el almirante le dijo como su hija Floripes los tenia en guarda hasta que él hubiese comido. Lucafer le reprendió mucho de ello, diciendo que semejantes hombres no eran de fiar de muger alguna; y dijo que queria verlos, por conocer al caballero que venció á Fierabrás; el almirante le dijo que fuese, y se viniese con él Floripes á comer, que despues haria juntar su gente para hacer la justicia. Llegado Lucafer á la puerta de la cámara de Floripes, y hallándola cerrada, dió un empujon á la puerta con toda su fuerza, y quebró las cerraduras. y abrió la puerta de par en par. Cuando vió los caballeros armados, no quisiera haber entrado, y de su entrada pesó mucho á Floripes; y conociendo esto el duque Naimés, entró con el moro á razones, y preguntóle muchas cosas, y él respondia con mas miedo que gana de estar entre ellos; y queriéndose ir, alzó el duque Naimés el puño, y dióle tan gran golpe en la cabeza, que dió con él en tierra muerto, y á Floripes la plugo mucho lo que el duque habia hecho, y le dijo: Cierto, buen duque Naimés, que ese golpe no es de hombre viejo. Y él la dijo: Otros

mayores verás si nos dejas salir de aquí. Y ella dijo, no se excusa de veros presto en ello; por ende, señores, quiero ir á hablar al almirante, que estará esperando á este caballero, que le queria mucho, y ha procurado casarle conmigo; y vosotros, señores, guardad la cámara. Llegada Floripes delante de su padre, le dijo que comiese, que ella se hallaba indispuesta del enojo que le habia dado Sortibrán. Y el almirante la preguntó por Lucafer, y ella le dijo que quedaba hablando con los presos, y que no le aguardase á comer, que él asi lo dijo: y el almirante la dijo que queria comer por hacer luego justicia de los presos, que la gente estaba apercebida esperando que los sacasen; y Floripes miró por la ventana, y vió gran número de turcos armados, asi caballeros, como peones, y la pesó de ello, y despedida de su padre, se volvió para su cámara, y dijo á los caballeros: señores, ved si os falta algo, que luego os lo daré; y Guy de Borgofia la dijo que no; y ella dijo: ahora es tiempo que salgais; y salieron, siendo Roldán el delantero, y á la entrada del palacio topó un rey llamado Corsubel, y le hendió la cabeza hasta el pescuezo, y Oliveros mató al rey Coldre; y Guy de Borgofia mató siete caballeros que halló en los corredores, y á otros hizo saltar de los co-

rredores abajo, de manera que no quedó hombre á vida de cuantos en el palacio estaban, salvo el almirante, que salió por una vetana, y fue recibido de los suyos; y queriéndose salir del palacio para dar batalla á los que estaban fuera, Floripes no lo permitió porque eran muchos, y llevaron la provision que hallaron á una fuerte torre, y allí se fortalecieron. El almirante mandó cercar la torre, é hizo juramento á sus dioses de no partirse de allí hasta que los hiciese quemar, y á Floripes con ellos: y decia á sus familiares: Aunque no quiera su Dios, ellos vendrán á mis manos, que no tienen vituallas mas de para tres dias; y á mas de esto Carlo Magno no sabe de ellos para socorrerlos; y caso que lo supiese, no podrá pasar mi fuerte puente de Mantible, y no tiene otro paso. Los que se hallaron en el cerco de la torre fueron ciento y treinta mil hombres de pelea, y la dieron grandes combates, mas no la pudieron entrar; y pasados tres dias, acordóse el almirante de un cinto que Floripes tenia, y mandó llamar á Marpin, gran nigromántico, y le dijo: Marpin, ahora conviene que muestres tu saber, que si tú haces lo que yo te diré, serás bien galardonado; y Marpin dijo: Señor, si es cosa posible á hombre del mundo, no dudes no la haga; y el almirante le dijo:

Sabe que Floripes tiene un cinto de grandísima virtud, que mientras le tuviere ella, ninguno de su compañía puede perecer de hambre, y quería se lo quitases; y mira que si lo haces, serás muy bien remunerado; y Marpin le dijo: Señor, no te congojes, que muy presto te lo traeré. Venida la noche, al primer sueño se hizo llevar de un diablo encima de la torre, y desde allí hizo sus encantamientos para hacer dormir á Floripes, y á todos los que en su compañía estaban; y aquella noche velaban la torre Guy de Borgoña, Ricarte de Normandía, y Oger de Danois, y sobre ellos no tuvo poder el encantamiento; y todos los otros fueron de gran sueño adormidos. Entrando Marpin en su cámara, vió á una parte á Floripes, y á sus damas, y á otra sus caballeros durmiendo, y buscó el cinto con diligencia, y hallado se le ciñó, y se llegó á Floripes, que desnuda estaba en su cama, y la quitó la ropa, y viéndola tan hermosa, no pudo dejar de besarla muchas veces. Estando en esto, la linda Floripes soñaba que un turco la quería forzar, y que daba grandes voces á Guy de Borgoña que la ayudase; y estaba en tanta congoja, que durmiendo daba con los brazos á una parte y á otra, como que se defendía, y por eso no osó llegar Marpin á mas de besarla, temiendo de que desper-

tase. Salido Marpin de la cámara, despertó Floripes dando voces, y á ellas acudieron los caballeros que velaban, y toparon á Marpin, que iba huyendo para salir al tejado de la torre; y dióle Gui de Borgoña con la espada, y le cortó la cabeza, y tomó el cuerpo, y lo echó fuera por una ventana en la cava de la torre, que estaba llena de agua; y así se perdió el cinto, é hizo la hermosa Floripes grande llanto por él, y pesó asimismo á los caballeros cuando supieron la virtud que tenia, mas no hubo remedio para cobrarlo.

CAPITULO XXXVII.

Como los caballeros, Floripes y sus damas padecieron gran hambre, y como los ídolos del almirante fueron derribados y puestos en piezas.

Viendo el almirante Balán que Marpin Nigromántico no venia, fue enojado de ello, tanto por el cinto, como por él, y llamó sus consejeros, y les preguntó qué se habia de hacer; y ellos le dijeron: Señor, Marpin es muerto sin duda, pues no viene: manda allegar toda tu gente, y daremos combate á la torre, y muy presto serás señor de tus enemigos. El almirante mandó allegar doscientos mil hombres de pelea, y que die-

sen combate á la torre con muchos trabucos, y con hondas; duró el combate todo un dia, y no la pudieron ganar: los caballeros cristianos que estaban dentro, derribaron una pared de los palacios del almirante, y con las piedras se defendieron, de manera que los turcos no se osaban llegar á la torre. Venida la noche, mandó el almirante que no cesase el combate, y acercada la gente empezaron á probar si podrian subir por la pared; los de dentro continuaban á echar piedras, defendiéndose maravillosamente, y á la mañana hallaron mas de dos mil turcos muertos, y otros tantos heridos. Cuando el almirante supo la gran mortandad que los cristianos habian hecho, estaba rabiando, y maldiciendo de sus dioses, y un caballero de los suyos le dijo: Señor, no te fatigues tanto, ni te enojas, que bien tendremos modo con que ganes la torre; manda hacer muchas escaleras largas, que lleguen á las ventanas de la torre, y manda aparcibir toda la gente de armas, y armados de todas armas subiremos por ellas, y no habremos miedo de las piedras. El almirante tuvo su consejo por bueno, y luego mandó hacer las escaleras, y trajeron presto cincuenta de ellas, y los turcos muy armados empezaron á subir por ellas. Y viendo Floripes subir seis caballeros por la una escalera, dejólos subir hasta la ventana, y

con una hacha de armas que tenia en las manos, dió tal golpe al primero, que dió con él y con los otros en el suelo: y todo esto vió el almirante su padre, y por ello se mesó les barbas, maldiciendo la hora en qué se engendró: y por otra escalera subian á otra ventana otros tantos caballeros, y Ricarte de Normandía tomó un grueso canto quanto pudo levantar y le echó por la escalera abajo, y derribó todos los que subian por ella en el suelo, matando á muchos; y viendo esto los otros, ninguno osó subir, y en esto pasaron algunos dias, de manera que faltó la provision en la torre, y estuvieron dos dias sin comer pan. Viendo esto don Roldán, dijo á los otros: Señores, paréceme que la necesidad nos forzará á hacer ahora lo que habíamos de hacer antes: morir encerrados ninguna honra alcanzamos: pues la vitualla nos falta, aparejémonos para ir á buscarla, que mas nos vale morir peleando en el campo con nuestros enemigos, que padecer hambre en esta torre. A todos pareció bien lo que dijo Roldán, y acordaron de lo hacer asi, y entonces comenzaron á llorar Floripes y sus damas temiendo la muerte de los caballeros cristianos por la multitud de los turcos que habia; y con abundancia de lágrimas les dijo: Por cierto, señores, muy poco hace vuestro Dios por vosotros viendoos en tanta necesidad, que si voso-

tros creyédes en mis dioses, sin duda ya hubieran usado de misericordia con vosotros, y os proveyeran de vituallas. Y don Roldán respondió: Señora, muéstranos esos dioses que tú dices, que queria ver si tendrán poder para proveernos de vituallas, ó traernos socorro de Francia. Y ella le dijo que le placia, y muy alegre, pensando que creerian en ellos, les llevó por una cueva bajo de tierra, y al cabo de ella hallaron una sala maravillosamente labrada, y en medio estaba un grande tablado muy rico, en el qual estaban cuatro ídolos del grandor de un hombre, de oro fino, y el uno se llamaba Alapin, el otro Tavalganta, el otro Margot, y el otro Jupin; oia toda la sala suavemente, que los caballeros estaban maravillados. Y entonces dijo Guy de Borgoña á Floripes: Señora, quién hizo estos tus dioses? Y respondió: dos plateros los mejores maestros que en todo el mundo se pudieron hallar. Y Guy de Borgoña le dijo: ¿Quién dió á este oro el poder que tú dices que tienen? Y ella estuvo dudando sin le responder. Y él la dijo: Los maestros que los hicieron no eran hombres mortales como nosotros? Y ella dijo que sí. Y Guy de Borgoña la dijo: Y si quisiésemos ahora hacer alguna otra cosa, no la podríamos hacer del mismo oro? Ella le dijo: que sí podrian. Y él dijo: luego mas poder tienen

los hombres que tus dioses. ¿Quiéres ver como no tienen ningun poder? sacó luego su espada, y dió al uno con ella en la cabeza, y le derribó en el suelo. Y Roldán con la acha de armas echó á tierra los otros. Y dijo á Floripes: Mira, señora, el poder de tus dioses. Entonces Floripes venida á conocimiento de la verdad, viendo que sus dioses no se movian, dijo: Ahora confieso no haber otro Dios sino el de los cristianos, al cual humildemente suplico me quiera dar lugar de recibir su santo bautismo, porque mi alma no sea agena de su santa gloria, y á vosotros quiera sacar de tanta afrenta, y de esto hubieron muy gran placer los caballeros.

CAPITULO XXXVIII.

Como los caballeros cristianos salieron de la torre, y dieron batalla á los turcos que los tenian cercados, y tomaron la provision que tenian en el real.

Estando Floripes y los caballeros en estas razones, una dama de Floripes cayó en el estrado desmayada de hambre, y no se halló en la torre bocado de pan, ni otra cosa que le dar, y de esto hubieron gran lástima los caballeros, y mas la linda Floripes, y ordenaron de salir, y dar descuidadamente en el real del amirante

Balán: y rogó Oliveros al duque de Naimés, que se quedase en la torre en compañía de las damas para les abrir cuando volviesen. Y el duque le dijo: Señor Oliveros, aunque soy más viejo que ninguno de vosotros, no por eso dejaré de hacer mi deber contra mis enemigos, y pidoos por merced que no me deis tan presto oficio de portero, y así rogaron todos al conde de Tietri que quisiese quedarse; y así quedóse en guarda de la torre y de las damas, y ellos se subieron á la cámara de Floripes, y tomando sendas lanzas cabalgaron en caballos que habian quedado del almirante Balán: y viendo que el almirante y su gente estaban descuidados, salieron de la torre y acometieron á sus enemigos con tanta ferocidad, que en poco tiempo llegaron hasta la tienda del almirante Balán, matando y derribando caballeros y peones: y el almirante viendo esto fue prontamente armado, y con él su sobrino el rey Clarion, el mas esforzado que en toda aquella tierra se hallaba despues de Fierabrás. Y quando el bueno de Roldán los vió, vuelto á sus compañeros, les dijo: señores, ahora se nos ofrece ocasion para ganar honra y fama; no nos desmandemos, y con la órden que hasta aqui habemos tenido, entremos en nuestros enemigos, haciendo cruel matanza en ellos, hasta

quitarles los bastimentos, y el uno procure ayudar al otro, que Oliveros y yo llevaremos la delantera, y no se espante nadie de la multitud de los turcos, ca en los grandes aprietos son conocidos los buenos soldados, y en ellos se alcanzan las crecidas honras: y si á estos delanteros vencemos, con muy poco trabajo seremos señores de todos los otros, ca estos son la flor de todos los hombres de guerra que tiene el almirante Balán, llevaremos de comer á la hermosa Floripes y á sus damas, que con muy gran deseo nos están esperando. Y diciendo esto llegaron los turcos con grandes alaridos, y llevaba la delantera de ellos un rey moro que vino de muy léjos en ayuda del almirante Balán, y se llamaba Rapin. Viéndole venir el noble Oliveros, le salió á recibir con la lanza en el ristre, y fueron los encuentros tales, que el turco cayó en el suelo muerto; y luego salieron dos caballeros suyos para vengar su muerte, y el uno encontró con la lanza de Oliveros, y se la quebró en el escudo; y Oliveros echó luego mano á la espada, y de los primeros golpes que le dió cayó el turco en tierra muerto, y el otro compañero no le osó esperar, y dió á huir. En este tiempo don Roldán derribó diez y ocho turcos á vista del almirante Balán, el cual cobró tan gran temor, que empe-

zó á retirarse, por huir del furor de los esforzados cristianos; y viendo esto Guy de Borgoña dió de espuelas al caballo, y derribando turcos á una parte y otra, los siguió hasta su tienda, peleando solo con gran multitud de turcos que le defendian la entrada de la tienda, y los caballeros cristianos haciendo gran matanza en la gente del rey Clarion: y viendo Oger de Danois que venian por un camino veinte acémilas cargadas de vitualla, dijolo á don Roldán, y llamó á Oliveros sin conocer la falta de Guy de Borgoña, y fueron hácia las acémilas sin que se lo impidiesen muchos turcos, que ya no les osaban esperar. Venian en guarda de las acémilas doscientos de á pie, y treinta de á caballo, y se pusieron á defender la vitualla, y en poco rato mataron la mayor parte de ellos, quedando los cristianos dueños de las acémilas; y para conducirlos á la torre hubieron de pasar por medio del real.

CAPITULO XXXIX.

Como Guy de Borgoña fue preso.

El noble Guy de Borgoña quedó solo en el campo desamparado de los compañeros y rodeado de toda la gente del ejército, y peleó la mayor parte de la noche, y dió con la tien-

da del almirante Balán en el suelo ; y despues que le mataron el caballo, se vió entre tantos cuerpos muertos, que no podia dar un paso sin pisarlos : y ya que queria amanecer, fatigado y herido en muchas partes de su cuerpo , dió un tropezon , y cayó ; asi fue preso, y atadas las manos y tapados los ojos fué llevado al almirante que temeroso de su espada se habia desviado de su gente. Viéndose Guy de Borgoña en poder de sus enemigos, y creyendo ser ya la postrimera hora de su vida, dijo: O mi Jesus, verdadero Dios y hombre! No desampares, Señor, á tu convertida Floripes; porque consolada de ti, no se desvíe de su buen propósito. O caballeros cristianos! Dios os guarde de tanta desdicha quanto á mí sin ventura hoy ha ocurrido. Y el rey Clarion le dijo: No procures cristiano de quejarte, pues no te ha de aprovechar, que asi te llevaremos al almirante, y luego serás ahorcado. Y él le preguntó quién era, que asi le amenazaba; y él le respondió que era el rey Clarion: y díjole Guy de Borgoña: mucho me amenazas ahora que no tengo manos, y cuando las tenia no me hablabas, ni aun esperabas que te hablase. Llegado Guy de Borgoña ante el almirante, todo demudado y descolorido, asi por haber estado dos dias sin comer, como por el gran trabajo de la batalla,

mandó el almirante que fuese desarmado de todas sus armas; porque para desarmar era necesario quitarle las ataduras de las manos, fue primeramente desarmado de las piernas, poniéndole á cada pierna una cadena gruesa, y con ellas le ataron á un poste, y despues le soltaron las manos, y le quitaron todas las armas; y estaba tal que el almirante no le conocia, y le preguntó quién era; y él respondió: No te negaré la verdad: sepas que á mí me llaman Guy de Borgoña; soy sobrino del muy poderoso emperador Carlo Magno, y primo del muy noble y esforzado don Roldán. Y el almirante le dijo: Mucho tiempo ha que te conozco, y grandes males me has hecho; y por tus amores mi hija Floripes dió mi fortaleza á mis enemigos, y á mí me entregáran en tu poder si mis piadosos dioses no me guardáran, los cuales te han traído á mis manos para que tome entera venganza de ti. Y dime, quién son los compañeros que en la torre quedan, que tan grande guerra me habéis dado? Y él le dijo: los que están en la torre son todos hombres de noble sangre, y muy amados y amigos, vasallos del poderoso emperador Carlo Magno: por tanto no dudes que esos agravios que les haces te serán bien demandados. Y viendo un turco que el almirante habia recibido enojo de esto, quiso dar á

Guy de Borgoña una puñada en la cara; él reparó con el brazo izquierdo, y con la mano derecha le asió de los cabellos, y le trajo á sus pies, y le puso el pie sobre el pescuezo, y antes que le pudiesen valer le ahogó. Y el almirante dijo: creo que esta gente es endiablada; ved lo que ha hecho delante mí. Y Guy de Borgoña le dijo: si yerro alguno aqui ha habido, tu hombre lo ha causado, que no le era lícito en tu presencia herirme sin tu mandado; mas paréceme que bien ha recibido la pena de su yerro, que nunca mas pasará tu mandado. Y así atado al poste, sin comer cosa alguna le tuvieron hasta el otro dia.

Ahora quiero volver á don Roldán, y á los otros caballeros, que quedaron en la torre muy tristes, y no menos la hermosa Floripes, y sus damas, por faltar Guy de Borgoña, á quien estimaban mucho. No conocieron Roldán y sus compañeros si se quedaba Guy de Borgoña hasta que entraron en la torre con la vitualla, y cuando vieron que no venia, como hombres desesperados, olvidando la hambre que tenían, salieron todos once sin esperar el uno al otro, y entraron con tanta ferocidad en sus enemigos, que ya no se recelaron de ellos, y en poco tiempo mataron dos mil, y allí murió Basin de Genovois, un principal caballero, y de su muer-

te pesó mucho á los cristianos; y por la grande oscuridad de la noche, temiendo que buscando á Guy de Borgoña se podrian perder, fueron forzados á acogerse á la torre, donde con lastimosos llantos y gritos, que á los cielos subian, de la triste Floripes, fueron recibidos, la cual tirando cruelmente de sus cabellos, y con sus uñas rasgando su hermoso rostro, tendida á los pies de don Roldan, besándolos muchas veces, le decia: O caballero noble, duélete de tu muy leal compañero y pariente Guy de Borgoña mi esposo, y don Roldan con un nudo en la garganta, que casi no le dejaba hablar ni resollar, la levantó del suelo; y vuelto á Oliveros, le dijo: Cuánto mas mejor me fuera, señor Oliveros, que el dia que maté al carcelero por sacaros de la cárcel, me mandára mi padre matar á mí, porque no me viera en tanta congoja, y una sola pena sintiera mi alma al apartarse de las carnes, y no haber conocido á Guy de Borgoña! Ahogada estoy, de mil congojas rodeada, y de mil pensamientos combatida, viendo que por darme á mí la vida, fue el noble caballero á tomar la muerte; muriérame yo de hambre delante de sus ojos, y no me viera yo sin él. O padre mio, si supiste qué cosa es querer, no me culpes de lo que hice contra ti: cata que el corazon que engendraste es del caballero que

preso tienes desde el dia que en Roma le vi; y pues que suyo era, no podia huir de lo que á su servicio cumplia, ni pienses que me arrepienta de haberle amado, antes tendria en poco perder la vida, y la diera de buena gana por sacarle de pena; y si algun paternal amor te ha quedado, duélete de tu apasionada hija; y si por ventura te quieres vengar de la injuria recibida, ten modo que justamente te vengues; mira que yo sola fuí la que maté al carcelero por sacar á los cristianos de la torre; y á la vieja matrona, aya mia, eché de la azotea abajo porque no te digese lo que hacia por aquellos nobles caballeros: finalmente los armé, porque de tu saña y furor se pudiesen defender; y tu torre, tesoros y tus dioses de oro les entregué; pues cosa conocida es, que no erraron en tomar los servicios que con tanto amor les hacia, y ellos tanto menester habian, que lo mismo hicieras tú si en su lugar te hallaras: y pues que en mí sola se halla el exceso, y sola yo fabriqué y cometí el error, suplicote que no lo pague el inocente caballero. O bendita Madre de Dios, á quien mi señor Guy de Borgoña tiene gran devocion! Poned en el corazon del almirante Balán mi padre la creencia que en mis entrañas tengo ingerida, porque convertido á tu benditísimo hijo, Dios y hombre, no mal-

trate tu caballero. Y dicho esto y otras cosas con grande dolor, sollozos y suspiros, que las entrañas la sacaban, cayó en tierra mas muerta que viva; y don Roldán la alzó muy presto, y desde que fue tornada en sí, con mas lágrimas que palabras la comenzó á consolar, diciéndola: señora, por Dios tened paciencia, que vuestro esposo no es muerto; sed cierta que antes que mañana anochezca le traeremos aqui, ó todos perderemos la vida; y mandó traer la provision que habian ganado y quitado á los moros, y hallaron muchas viandas cocidas y asadas, y muchos guisados á uso de Turquía, y comieron todos de aquello, aunque no con el gusto que comerian si no quedára cautivo Guy de Borgoña.

CAPITULO XL.

Como los paganos querian aborcar á Guy de Borgoña, y como los caballeros cristianos se le quitaron.

Venida la mañana, el almirante Balán mandó llamar á todos sus consejeros, y les preguntó qué se haria de Guy de Borgoña; y ellos le digeron: señor, para que los otros caballeros escarmienten, manda poner una alta horca en un lugar que la puedan ver los que están en la torre, y en ella mandarás ahorcar al caballero

preso, y quedarás vengado de las injurias que de él has recibido, y mandarás asimismo poner diez mil hombres en celada, porque creemos que sus compañeros no dejarán de venir en su socorro, y los tomarán en medio, y serán todos muertos ó presos, para que hagas de ellos á tu voluntad. Este consejo aprobó el almirante, y le tuvo por bueno, y luego mandó alzar la horca, y en un montecito que cerca estaba mandó esconderlos diez mil turcos, y al rey Clarion que los rigiese, y estuviese atento para salir cuando fuere menester, y mandó atar las manos á Guy de Borgoña, y tapáronle los ojos porque no viese adonde le llevaban, y mandó que tres mil hombres de pelea lo llevasen á la horca, y desde que le tuvieron en su poder, algunos que en las peleas habian conocido los fieros golpes de su espada, le daban muy grandes palos, y otros puñadas pensando que en aquello eran vengados. Puesto el noble caballero Guy de Borgoña en tanta angustia, esperando su postrimera hora, dijo: O Renditor del mundo, mi Dios, y mi Criador, por cuyo nombre voy á recibir deshonradamente la muerte! Por los méritos de tu santa pasion te suplico que recibas mi alma, pues que el cuerpo va á tomar fin: y asi como tú ves que la he menester, envíame paciencia porque sea esta muerte en remision de mis pe-

cados. O nobles caballeros de Francia, nunca mas me vereis; aunque no dudo que si esto viene á vuestra noticia, salgais en mi socorro. O noble primo don Roldán, qué malas nuevas llevareis al emperador vuestro tio! O nobles compañeros! Encomiendoo la triste Floripes, que no tendrá ya deseo de vivir sabiendo las tristes nuevas, ni habrá quien la consuele si de vosotros es olvidada. A este tiempo estaba Floripes con los caballeros cristianos á las ventanas de la torre, mirando como alzaban la horca, no sabiendo para quien era; y cuando vieron los tres mil hombres, sospecharon que sería para Guy de Borgoña, aunque no lo podia ver, y Floripes lo conoció la primera en los grandes alaridos que los turcos hacian; y puesta de rodillas delante de los caballeros, les dijo: O nobles caballeros, no sean vuestros corazones tan sin virtud, que delante de vuestros ojos consintais que vuestro leal amigo y pariente sea ahorcado. O noble Roldán, cuyas grandes hazañas por todo el mundo son conocidas, y cuya lanza y espada en toda Turquía es temida! Por aquel Dios en quien crees y adoras, te suplico no desampares á la triste doncella que á ti se encomienda; no olvides tu primo el noble Guy de Borgoña en tanta afrenta metido. Y Roldán la dijo: señora, ten esperanza en aquella bendita

Virgen y Madre de Dios, y rúégala que quiera ser en nuestro favor, porque le traigamos con salud delante de tus ojos, y mediante la gracia podamos volver á tierra de cristianos; y de salir en su favor no lo dudes, que no dejaremos de poner todas nuestras fuerzas para sacarle de peligro, aunque todo el mundo fuese contra nosotros. Y Floripes, derramando infinitas lágrimas por su amoroso rostro, los abrazó á todos uno á uno, y les dijo, que mientras los caballos se ensillaban, se subiesen á la cámara de Fierabrás, y se proveyesen de las armas que habian menester. Y armados que fueron los caballeros, y proveídos de gruesas lanzas, cabalgaron en sus muy bizarros caballos, y antes que saliesen de la torre habló don Roldán de esta manera: Señores, en este dia se nos ofrece tiempo para ganar honra, y ayudar á nuestro amigo, que está para recibir la muerte en manos de nuestros enemigos; si nosotros nos desmandamos, es imposible salir de tan grande multitud de turcos; por tanto os ruego, que no os engañen vuestros esforzados corazones; que por codicia de matar veinte ó treinta enemigos, no salgais de órden, pues veis que de esta manera se perdió vuestro compañero Guy de Borgoña; siro que juntos entremos á la batalla, y que el uno sea de los otros socorrido: y si esto hace-

mas, aunque seamos pocos en número, seremos muchos en fortaleza. Antes que se saliesen de la torre, trajo Floripes el cofre donde estaban las santas reliquias, y se humillaron todos con grande devocion, y pusieron el cofre encima de sus cabezas, y encomendándose á la santísima Trinidad, salieron y vieron los que llevaban á Guy de Borgofia, y que estaban ya cerca de la horca, y dijo el noble Oliveros: Señores, bien es que tomeis la delantera, porque mientras peleamos con los que van detrás, no reciba muerte de los delanteros. Cuando los turcos los vieron venir, un capitan llamado Cornifer puso los turcos en buen orden, y mandó á diez mil peones que llevasen á Guy de Borgofia á la horca, mientras él iba á dar batalla á los cristianos, y con una gruesa lanza tomó la delantera, y fue á recibir á los caballeros cristianos; y cuando Oliveros le vió, dijo: Señor don Roldán, perdonadme, que quiero salir á recibir á este turco, que tan soberbio viene, y le recibió de tal suerte que dió con él en tierra, y echando mano á la espada se metió por medio de ellos, como lobo carnicero en medio del ganado, y asi se trabó una muy cruda batalla; con esto fueron detenidos buen rato los cristianos, que no pudieron pasar adelante. Y alzado don Roldán sobre los estrivos vió la escalera en la horca, y que subian al buen caba-

llero por ella para ahorcarle; entonces dijo á los otros: señores, no nos tardemos mucho, y cada uno de vosotros procure seguirme, que Gui de Borgoña está en la escalera de la horca. Entonces todos los caballeros, olvidando todo el temor de morir, y puestos en buen orden, entraron por medio de los enemigos, guiándolos don Roldán, que ya era tan temido de los turcos, que ningupo se osaba poner delante, y á su lado iba Ricarte de Normandía derribando caballeros y peones: al otro lado iba Oliveros desguarneciendo arneses, y cortando brazos y piernas sin dar golpe en vago; y Oger de Danois traía todas las armas teñidas en sangre de sus enemigos. Llegados al pie de la escalera, tuvieron gran lástima del buen caballero, que tenía una soga de esparto en el cuello; y mientras los otros peleaban, saltó Ricarte de Normandía del caballo, y se la quitó y soltó las manos abrazándole muchas veces. A este tiempo salieron los diez mil que estaban en celada, y como Oliveros los vió, tomó por la rienda un poderoso caballo que entre ellos andaba suelto, y lo llevó con presteza á Ricarte de Normandía, y le dijo: Procurad de armar luego á Guy de Borgoña, y que cabalgue presto en este caballo, y venga al punto á la batalla, porque vienen diez mil turcos de refresco. Di-

cho esto, volvió para sus compañeros y vido á Gerardo de Mondier á pie, cercado de mas de cien turcos que trabajaban mucho por darle la muerte, y arremetió con tanto denuedo haciendo tales hechos con su espada, que muy presto llegó donde estaba Gerardo de Montier, y se le puso delante porque no le hiriesen; peleando los dos compañeros arrimándose cuanto podian á los otros vió Gerardo como un noble moro volvía la rienda por no encontrar con Oliveros, y ofreciéndosele tiempo dió una arremetida, y saltó en las ancas del caballo, dió con el moro en el suelo y asi fueron todavía peleando hasta que se juntaron con los otros: y dijo Oliveros: señores, detengámonos, y esperemos á Ricarte de Normandía y Guy de Borgoña, porque nos topen juntos, para acometer á los que vienen de refresco: mas no pudieron esperar tanto, que vinieron los turcos que estaban en la celada, y los caballeros que estaban sin lanza recelaron los primeros encuentros, é iban Roldán y Oliveros delante amparando los otros, embarazados los escudos y las espadas en las manos, y á los primeros encuentros mataron el caballo de Roldán, y un turco le dió un gran golpe en el yelmo, y desdeque vió alzar la espada á Roldán para herirlo, quiso huir, mas no le dió lugar, porque le alcanzó con durandal en el

hombro, y le partió hasta los pechos: de este golpe sus enemigos cobraron gran temor, y en poco tiempo derribó Roldán quince turcos: y viendo uno el daño que Roldán hacia, queriéndole herir á su salvo, le tiró la lanza, y Roldán desvió el cuerpo, y se fue muy presto á él, y tomándole por el brazo le derribó en el suelo, y saltó ligeramente en el caballo, del cual habia derribado al turco, y tomando la lanza empezó á discurrir por una y otra parte derribando cuantos se le ponian delante, sin tener ni guardar órden ninguna, y rogó á sus compañeros, que no se saliesen de ella, y que esperasen á Guy de Borgofia y á Ricarte de Normandía, mientras él andaba por el campo mirando donde estaban los capitanes, y los mas principales del real; y fueron sus recios golpes tan conocidos, que se iban huyendo sus enemigos viéndole como huye el ganado del lobo. Y luego que fue armado Guy de Borgofia cabalgó en un poderoso caballero, y dijo á Ricarte de Normandía: mirad señor Ricarte lo que hace Roldán, que lo que él solo hace, habia para cien buenos caballeros: no veis como huyen de él los turcos? Vamos nosotros por aqui y atajaremos á los que van huyendo, y vengarmehe de ellos; y tomando la delantera hizo Guy de Borgofia una gran matanza que don Roldán estaba es-

pantado, y muchas veces olvidaba el pelear por ver cuán bien jugaba de las armas; de manera que los turcos que huían de don Roldán, venían á dar en manos de Guy de Borgoña y de Ricarte Normandía; y los que de estos se escapaban los recibía Roldán: y llegado Roldán adonde estaba Guy de Borgoña, le abrazó con mucho amor, y le dijo: mucho me place primo que os hayais vengado de vuestros enemigos. Mayor venganza hicisteis vos en ellos, dijo Guy de Borgoña; y estando en esto llegaron los otros nueve caballeros, y Guy de Borgoña los abrazó á todos dándoles muchas gracias del trabajo que por él habian recibido. Viéndose los caballeros libres de sus enemigos, dieron infinitas gracias á Dios, y mirando el campo fueron muy maravillados del gran número de muertos que vieron; y dijo Roldán: alabado sea Dios que hubo piedad de nosotros; y dijo Oliveros: señores, vamos á consolar á Floripes y á las damas que están con pesadumbre de vuestro mal; y Guy de Borgoña le respondió: qué haremos en la torre sin vituallas? Mas nos vale morir en el campo peleando que en la torre de hambre; sigamos nuestros enemigos, y los tomaremos la provision que tienen; y todos fueronde este acuerdo. Viendo la hermosa Floripes desde una ventana que iban adelan-

te, á grandes voces llamó á Guy de Borgoña, y el noble caballero con los otros se arrimó al pie de la torre, hablaron á Floripes que estaba muy alegre, y le dijeron les era forzoso seguir sus enemigos por tomarles la provision; y asi se despidieron de ella,

CAPITULO XLI.

Como los caballeros cristianos tomaron todas las provisiones que hallaron en el real, y como la torre fue combatida.

Pusiéronse los caballeros en orden, y fueron en busca de sus enemigos, los cuales pensando descansar, muchos de ellos habian dejado las armas, y viendo el almirante los cristianos, dió grandes voces á los suyos diciéndoles que se armasen presto y defendiesen las vituallas. Y se allegaron todos á unas tiendas adonde tenian la provision de todo el real. Y conociendo esto los caballeros cristianos, les dieron cruda guerra, y mataron muchos de ellos, y duró la batalla hasta la noche; y cuando pensaron los turcos que los cristianos se recogerian, entonces los hicieron mucha mayor guerra. Y como ellos no osaban huir por miedo del almirante Balán, murieron tantos, que los cristianos estaban todos teñidos en sangre, y cansados de herirlos; entrando en

las tiendas, llevaron doce caballos cargados de pan y carne, caza y otras muchas provisiones, y volviéndose con ellas para la torre hallaron el cuerpo de Basin de Beasivais su compañero, y lo llevaron á la torre, donde fueron con grande alegría recibidos de las damas, especialmente Guy de Borgoña de su muy amada Floripes, la cual le tenia en sus brazos y no lo creia; tenia tanto placer de verlo, que no se podia hartar de mirarlo; y dejándolo á él, se puso á los pies de Roldán queriéndoselos besar; y los abrazó á todos uno á uno dándoles muchas gracias por lo que habian hecho por Guy de Borgoña, y puestas las mesas cenaron con gran placer.

No cumple dejar de decir la pena y enojo que el almirante Balán recibió cuando supo que los cristianos estaban ya proveidos de vituallas, que siempre pensó tomarlos por hambre; y renegando de sus dioses, y maldiciendo la hora de su nacimiento y su mala fortuna, decia: O mal-aventurado viejo, olvidado de sus dioses y de toda su gente. No puedo creer que mi gente ose pelear contra estos cristianos; ó ellos están encantados que tan gran destrozo han hecho en los míos. O ingrato Carlo Magno, cómo puedes olvidar los nobles caballeros? Por cierto ninguna razon tienes de olvidarlos, pues

que tu córte es por sus grandes proezas muy honrada. Con estos doce podrias dar guerra á todo el mundo, é yo con doscientos mil no oso estar en el campo. O cuanta merced me harian mis dioses si estos caballeros quisiesen vivir conmigo! Yo les perdonaria todo mi mal, y les haria muy mayores mercedes de las que les hace Carlo Magno; y estaba tan enojado que ninguno de los suyos osaba parar delante de él, y estuvo toda la noche en estas quejas paseándose por su tienda. Venida la mañana, manda llamar á sus consejeros, y les preguntó qué les parecia que se habia de hacer? y ellos digeron, que hiciese apercibir toda su gente, y diese combate á la torre, que no tendrian los cristianos cosa alguna con que defenderse; y luego fue hecho: mas los cristianos se defendieron varonilmente, tirándoles piedras, ladrillos y tejas. Floripes y sus damas estaban á las ventanas tirando osadamente á sus emigos, y de esto tenia gran enojo el almirante Balán; y de que vió que el combate no le habia aprovechado, antes habia perdido de los suyos, y estaban muchos descalabrados, tornó á maldecir nuevamente su fortuna quejándose de sus dioses, y dijole un caballero: señor, ereo que cuando los cristianos entraron en tu torre, perdieron tus dioses todo su poder, pues en ninguna cosa

te ayudan. El almirante le dijo que callase y no digese tales razones, que creia que sus dioses aun le traerian los cristianos y á su hija Floripes á su poder.

CAPITULO XLII.

Como la torre en que estaban los caballeros fue minada, cayó una parte de ella, y como se pusieron á punto para salir á la batalla.

Estaba muy enojado el almirante Balán con los caballeros cristianos, y no menos con su hija, y buscando todos los medios posibles para vengarse de ellos mandó llamar á un gran encantador que en su tierra estaba, y viniendo le dijo si sabia dar algun modo para ganar la torre, y él le dijo que sí; y al otro dia por la mañana mandase apercibir su gente para resistir á los caballeros cristianos si de la torre saliesen, que en breve tiempo la haria arder toda. Venida la mañana, el encantador que se llamaba Mabron, hizo súbitamente encender las cuatro esquinas de la torre; y cuando los cristianos la vieron arder, armáronse muy prestamente para salir; y Floripes les dijo que se estuviesen quedos, que ella sabia como se hacia aquel fuego, y diciendo ciertas palabras lo

hizo morir. Bien conoció el almirante que aquello lo habia hecho Floripes, y juró á sus dioses de hacerla quemar ; y mandó á su encantador y á otros hombres ingeniosos que buscasen otros ingenios para combatir la torre , y mandaron hacer grandes reparos con mucha madera , y puestos sobre una rueda los llevaron al pie de la torre para guardarse de las piedras , y dieron otro combate ; y como los caballeros no tuvieron que tirarles , concertaron de salir á sus enemigos ; mas Floripes les dijo que esperasen un poco , y bajó á un sótano donde estaba el tesoro de su padre , y trajo muchas piezas de oro y plata , y dijo á los caballeros que tirasen con ellas , que tambien matarian á quien tocasen como las piedras ; y despues les trajo todos los ídolos y dioses , y otras muchas piezas de batalla , que eran todos de oro fino y plata , y los cortaron todos en piezas , y con ellas tiraban á sus enemigos. Cuando los turcos vieron tanto oro y plata , olvidaron el combate por cogerlo , y sobre ello hubo grande matanza entre ellos ; y mandó el almirante cesar el combate y recoger la gente , diciendo que de aquello se seguian dos daños , que moria su gente , y perdia sus tesoros ; y recogida la gente , mandó curar los heridos , y dijo á los otros que descansasen aquella noche , y á la mañana

volvieron al combate, y con los ingenios y reparos fuese minada la torre. Venida la mañana, se puso luego por obra, y con la mina hicieron caer una esquina de la torre. Viendo esto Floripes, tomó otra vez de los tesoros, y con ellos tiraba por las ventanas, y sobre coger de ellos hubo tambien gran contienda entre los turcos, y entrando el almirante caballero en un caballo los metió en paz, y mandó pregonar que so pena de muerte ninguno fuese osado de bajar á coger de ellos por mas que tirasen, y les mandó que descansasen todo el dia, y que á la noche minasen la otra esquina de la torre, y el almirante se fue á cenar, y estando en lo mejor de la cena, acordaron de salir todos muy bien armados en sus caballos, y dieron con los enemigos que estaban muy descuidados de su venida, y viéndolos, se pusieron en defensa algunos, y otros se fueron huyendo hasta la mesa del almirante que estaba con el rey Explorante su sobrino, que nuevamente era venido de allende con mucha gente en favor suyo, el cual fue prestamente armado de un muy lucido arnés, y un yelmo muy rico, y cabalgó en un poderoso caballo, con una gruesa lanza en la mano, y él delantero de todos los suyos, y salió á dar batalla á los cristianos, y topó primeramente con don Roldán, y quebró

la lanza en su escudo, y luego echó mano á la espada; mas don Roldán le dió tal golpe en la cabeza que le pasó hasta la carne, y cayó del caballo, y uno de los suyos dió grandes voces, diciendo: Socorro, caballeros, que el rey Esplorante es derribado del caballo. Y oyendo esto Don Roldán, le tomó por un brazo, arrastrándole hasta la torre, y los otros le siguieron, pensando que llevaba al almirante Balán.

CAPITULO XLIII.

Como los doce pares de Francia ordenaron que uno de ellos fuese á hacer saber á Carlo Magno el peligro en que estaban.

Habiendo estado los caballeros tanto tiempo en la torre sin socorro alguno, desconfiados ya del socorro de Carlo Magno, estaban muy tristes, y dijo el duque Naimés: Señores, el emperador Carlo Magno no debe saber adonde estamos, y no dudo que no tenga tanta congoja de nuestra necesidad; y si de uno de nosotros no es informado, jamás oirá nuevas de nosotros, que este lugar es muy desviado, y por él nunca pasan los cristianos; y allende de esto el almirante Balán habrá mandado guardar todos los pasos, porque nadie lleve las nuevas á los cristianos; por tanto me parecia de mi

consejo, que uno de vosotros se partiese secretamente para el emperador Carlo Magno, que sin duda si él supiese donde estamos, él vendria con todo su poder á buscarnos. Y Guy de Borgonia le respondió: señor duque Naimés, por demas es hablar de esto, que es imposible pasar hombre alguno, si no fuese volando; vos veis toda la tierra cubierta de turcos, y sabeis que no puede nadie pasar á tierra de cristianos sino por la puente de Mantible, y sabeis las fuerzas y las guardas que en ella hay; ved pues cómo pasará un hombre solo, ni aun muchos sin grande peligro. Y viéndoles Floripes estar muy tristes en estas razones, les dijo: señores, es de pensar que Carlo Magno sabe adonde estais, aunque no sabrá la necesidad que teneis, que bien supo como los cinco fueron presos cuando Oliveros venció á Fierabrás mi hermano: vosotros vinisteis por su mandado con embajada al almirante, y con otros negocios, y por falta de gente no habrá podido venir á vuestro socorro, mas no creias que os tiene olvidados: por tanto no os fatiguis, y esperad aun algunos dias, y si no viene socorro, cualquier patido hará el almirante con vosotros, por rescatar este rey que teneis preso, que le quiere mucho, y es hijo de una su hermana, y es señor de grandísima renta: pareció muy bien á todos lo que Flori-

pes dijo, y esperando algunos días, y viendo Roldán que la vitualla se les acababa, y que el socorro no les venia, dijo que queria ir á Carlo Magno, y con la ayuda de Dios, él traeria muy presto socorro; y el duque de Naimés le dijo: Señor Roldán, mas vale que cualquiera de nosotros vaya, que no vos, que sois nuestra guia, y nuestro capitan; que si los turcos supiesen que no estabades con nosotros, nos darian mayor guerra de la que nos han dado, y podriamos peligrar; por ende, si vos quereis, yo iré de buen grado. Y asi cada uno con muy sanas entrañas se ofrecia á tan grande peligro, por traer socorro á sus compañeros, rogando todos que en ninguna manera fuese Don Roldán. Y no sabiendo determinadamente á quien habian de enviar, dijo Ricarte de Normandía: Señores, yo tengo un hijo, como sabeis, que ya trae armas, y segun sus principios será buen caballero; y si por ventura yo muriere, ó fuere preso en este camino, tengo quien me vengue, por ende me es mas conveniente la ida que á ninguno de vosotros; y si os pareciere, me pondré luego en camino, porque antes que os falte la provision, pueda traer socorro, y así concluyeron que fuese, aunque á todos pesaba. por el gran peligro á que se ponía; y dijo Ricarte de Normandía, que á la noche calladamente se saldria

de la torre, y tomaria su camino para la puente de Mantible. Y Don Roldán le dijo: Señor Ricarte, no creais estén los turcos sin velas: por ende en amaneciendo saldremos todos juntos, y los acometeremos, y despues que los vieredes metidos en la batalla, os desviareis, y tomareis vuestro camino, que yo les daré tanto que hacer, que no tendrán lugar de seguiros. Levantáronse los caballeros dos horas antes que amaneciese, y despues de bien armados abrazaron todos á Ricarte de Normandía con grande amor, encomendándole á Dios, que le quisiese guardar de todo peligro; y fue el buen caballero Ricarte de Normandía á despedirse de Floripes, y ella con abundancia de lágrimas le abrazó muchas veces, y sacó el cofre, y le mostró las santas reliquias, y se humilló devotamente, y derramando infinitas lágrimas, se encomendó á su Criador, y despedido de Floripes y de las damas, bajó donde los otros caballeros le estaban esperando, y cabalgando en sus caballos, salieron de la torre, y hallaron toda la gente del rey Esplorante aguardando á la salida de la torre, y se comenzó una muy cruda batalla, é hicieron tanto los cristianos, que los retiraron á las tiendas donde estaba el almirante, mas no sin gran trabajo; y tanto se metió Ricarte de Normandía por el egérto adentro,

que cuando quiso salir no pudo; y no cesando de herir en sus enemigos, dió un gran grito, porque supiesen sus compañeros donde estaba; y oyéndolo Oliveros, se metió como ferocísimo leon entre los turcos, y en breve tiempo le hizo camino por donde pasase. Y viendo Ricarte de Normandía que ya queria amanecer, y tenia lugar oportuno, se puso en camino para tierra de cristianos.

CAPITULO XLIV.

Como el rey Clarion siguió á Ricarte de Normandía, y como Ricarte le mató, y tomó

su caballo.

Puesto en camino Ricarte de Normandía, hubo de meterse por un monte, desviándose de todo camino por la multitud de los turcos que venian al real del almirante; y como subiese por un recuesto, siendo ya de dia claro, fue visto de ellos. Y sabiéndolo el rey Clarion, mandó presto apereibir su gente para seguirle. Y cuando Ricarte de Normandía estuvo encima del recuesto, no sabiendo que nadie le siguiese, apeóse del caballo, que estaba cansado, y quitóle el freno para que paciese. Y estando arriado á un árbol con crecida congoja, así por el peligro que esperaba en pasar la puente de Mantible, como por dejar á sus leales compa-
L

ros cercado de tanta multitud de turcos, vió al rey Clarion caballero en un poderoso caballo, mirando á todas partes por si le veia. Y sintiendo el caballo de Ricarte de Normandía las pisadas del caballo del pagano, se fue muy presto cabe su señor para que cabalgase, y Ricarte le enfrenó y cabalgó en él; venia el rey muy lejos de los suyos, y cuando vió á Ricarte de Normandía, le dijo: juramento hago á mis dioses, cristiano, de te volver al almirante antes que tengan tus compañeros espacio de te socorrer, como hicieron al otro que llevamos á la horca. Y Ricarte le dijo: Con toda tu gente no me pudiste prender, ni hacer daño, y solo me piensas llevar al almirante? Y el rey Clarion le dijo: Al pie del puerto dejé cuatro mil hombres de pelea, que muy presto serán aquí: por ende deja las armas, y vente conmigo, que imposible te es escapar de nuestras manos. Y Ricarte de Normandía le dijo: Mientras los turcos vienen, piensa de ser buen caballero. Y abajadas las lanzas, se encontraron con grandísimas fuerzas y corazon, y de los encuentros, el caballo de Ricarte de Normandía, que muy cansado estaba, cayó en el suelo; mas luego fue el caballero en pie con la espada en la mano, y dió tal golpe al rey Clarion, que de su escudo hizo dos partes. Y sintiendo Ricarte las pisadas de

la gente del rey Clarion, dióle tan gran golpe en el brazo derecho, que la espada le hizo saltar de la mano, y asíóle del brazo, y le sacó de la silla, y cortóle la cabeza, y saltó en su caballo, que mas descansado estaba que el suyo. Era este caballo maravillosamente bueno, y era de la cabeza hasta medio cuerpo muy blanco, con unas pecas bermejas, y del medio cuerpo atrás era bayo con unas pecas negras, y tenia el pelo largo como el dedo, y la cabeza pequeña; tenia los ojos grandes y blancos, y las orejas muy cortas y redondas, las narices muy romas, y las ventanas muy abiertas, y de la parte de dentro muy coloradas, que parecia que echaba sangre por ellas, y el pescuezo muy ancho y corto; la silla era de marfil, muy ricamente labrada; la cola no muy larga, y las cerdas de ella gordas, y al cabo esparcidas, que cuando corría parecia que traía una grande ala; era muy ligero, que por correr diez leguas á rienda suelta jamás le vieron sudado ni cansado. Y quando se vió caballero en aquel caballo, quiso matar al suyo porque no quedase en poder de los paganos, y despues dijo: buenos servicios he recibido de tí, no es razon de darte mal galardón, Dios te lleve en poder de cristianos; mucho me pesaria que cabalgase en tí moro alguno, ca pocos caballos hay en el mundo mejores

que tú; y sintiendo el ruido que traian los del rey Clarion, sin seguir camino alguno, comenzó de caminar ácia la puente de Mantible, y su caballo se volvió por donde habia venido; y cuando la gente del rey Clarion le vieron, pensaron que Ricarte de Normandía era muerto, y quisieronle tomar, mas no pudieron, y pasó por el real de los paganos sin que le pudiesen tomar, ni osasen llegar á él; y cuando el almirante le vió, dijo: O muy noble rey Clarion, mi sobrino muy amado, en grande merced te tengo lo que hoy has hecho por mí. Mataste al mensajero de los cristianos, del cual nos podia venir gran daño, si á Carlo Magno llevára las nuevas de sus barones. El caballo no paró hasta la puerta de la torre, y cuando los caballeros lo vieron, con grande congoja bajaron á le abrir, y luego entró, y dijo el duque Naimés con tanto dolor, que casi no podia pronunciar las palabras: O noble Ricarte de Normandía, nuestro especial amigo, mucho me pesa de tu partida, mucho mas de las malas nuevas que tu caballo nos trajo. Dios por su piedad quiera recibir tu ánima en su santa gloria. Y Roldán dijo: O mi real amigo, mucha culpa tengo en tu muerte por haber consentido en tu partida, habiendo tan grande peligro en ella: mucho mejor nos fuera esperar el socorro de Dios, pues el de Car-

lo Magno no venia. Mas de una cosa eres bien seguro, que tu muerte será bien vengada. No volveré jamás á la torre, ni durandal meteré en la bayna, hasta que al viejo almirante corte la cabeza, y á los demas que quisieren estorvarme la venganza del agravio que de su gente ha recibido nuestro amigo Ricarte de Normandía, segun me lo asegura la vuelta de su caballo; y así dijo á los demas que se aparejasen, que no era bien dejar á los moros sin castigo, y darles bien á conocer quanto estimaban á su buen compañero: y dicho esto, salieron todos con mucho ánimo.

CAPITULO XLXV.

Como la gente del rey Clarion halló á su señor muerto en el campo, y como le llevaron al real del almirante Batán.

Corriendo la gente del Rey Clarion en pos de Ricarte de Normandía, hallaron á su Señor muerto en el campo, é hicieron gran llanto por él; y así llorando amargamente su muerte, lo llevaron al real, y dejaron de seguir á Ricarte; y ya que llegaba al real, oyó el almirante los alaridos que hacian, y á pie, y armado como estaba, los salió á recibir, y con gran pesar les preguntó por su primo el rey Clarion, y le res-

pondió un caballero, que de su muerte tenía un gran pesar: Señor, en mala hora venimos en tu socorro, y en peor seguimos al mensajero de los cristianos; tu perdiste un especial capitán en el rey Clarion, y nosotros perdimos á nuestro natural señor.

Antes que el turco acabase de hablar, cayó el almirante de su estado amortecido, y estuvo muy gran rato mas muerto que vivo, por lo qual se hizo muy doloroso llanto por todo el real: y oyendo los caballeros cristianos que estaban en la torre los grandes gritos que daban los del real, salieron á las ventanas para saber qué cosa era, y Floripes entendió luego que el rey Clarion era muerto, y con el grande placer que de ello tenía, lo dijo á Guy de Borgoña, y á los otros caballeros, y dieron todos gracias á Dios por ello, y fueron muy alegres, y con esperanza de socorro; y vuelto en sí el almirante, tirando con rabia de sus cabellos, y barbas blancas, maldiciendo á sus dioses, y amenazando á los cristianos, mandó llamar al correo Orages, y dijo: Ya sabes como el que mató al rey Clarion es ido con mensaje al emperador Cárlo Magno para informarle de la necesidad en que están sus barones; y segun el poder de Cárlo Magno gran daño nos puede venir de esto: por tanto te mando, que muy presto lleves mis car-

tas á Galafre, guarda de la mi puente de Mantible, y haz decirle que estoy muy enojado con él, porque dejó pasar los siete caballeros de Cárlo Magno, que tan grande daño nos han hecho, y que se guarde bien de dejar pasar al mensagero que hoy se partió de aquí; y si no, que le haré ahorcar de una ventana de la torre: y tú has de ir muy presto, porque llegues á la puente antes que el mensagero de los cristianos. Señor, dijo Orages, de esto pierde cuidado, que yo llegaré antes que él, aunque lleve buen caballo. Y llegado Orages á la puente de Mantible, dijo á Galafre, yo soy mensagero del muy poderoso y muy temido señor el almirante Balán, el cual te manda, so pena de perder la vida, no dejes pasar un cristiano que ha de venir por aquí, que lleva cartas para el emperador Cárlo Magno de unos caballeros suyos, que están cercados: y á mas de esto está muy mal contento de tí, porque dejaste pasar el otro dia ciertos caballeros cristianos, que le han hecho grandes daños. Cuando Galafre oyó al mensagero, y leyó las cartas del almirante, subió encima de la torre, y tañó una vocina, y en muy poco tiempo se juntaron á la puente de Mantible tres mil turcos armados, caballeros y peones, y salió con ellos por todos los caminos buscando al mensagero de los cristianos.

CAPITULO XLVI.

Como Ricarte de Normandía pasó el rio de Flagon milagrosamente, mediante un ciervo blanco que le guió.

Ricarte de Normandía, mensageros de los cristianos que quedaron en la torre, estaba muy deseoso de llevar socorro á sus compañeros, y por eso temia mucho la pasada de la puente, y estando de diversos pensamientos combatido andando todavía adelante, sintió pisadas de caballos, y grande bullicio de gente, y mirando á una parte y á otra, vió grande número de la gente de Galafre, y con conocida congoja se desvió de ellos, diciendo: O Jesus, rey de la gloria! En esta hora te suplico seas en mi guarda, porque mediante tu gracia, pueda llevar socorro á tus caballeros, que de tantas angustias deje cercados: el rio es muy crecido, y las guardas de la puente muchas, por donde conozco, que sin tu ayuda, ni á mis compañeros llevaré socorro, ni podré evitar la muerte. Diciendo esto, vió delante de sí diez caballeros armados, que con grandes voces le amenazaban de darle muerte, diciendo que no le aprovecharia el ligero caballo del rey Clarion; y queriendo escusar la batalla, pensó Ricarte de huir, confiado

en la ligereza de su caballo; mas considerando que la puente no la podia pasar, ni el rio menos, y el volver atrás no le era honroso, con animoso corazon cubierto del escudo, apretando la espada en el puño, arremetió para ellos; encontró un caballero con una gruesa lanza, y la quebró en su escudo, sin que Ricarte hiciese ninguna mudanza en la silla, y su caballo iba con tal velocidad, que se juntó con el del turco, y dió con el caballero en el suelo, y vuelto para los otros, dió á uno tan gran golpe en la cabeza, que le hendió el yelmo, y la cabeza hasta los dientes, y de este golpe fueron muy espantados los otros, y Ricarte los dejó y guió para la puente de Mantible, y vió de lejos como la entrada de la puente estaba guardada de mas de cuatro mil turcos, y sin que ellos lo viesen se metió en una isla, que estaba á la orilla del rio, pensando qué modo tendria para pasar: mas nuestro señor Dios, que jamás olvida los suyos, ni deja desconsolados á los que con sanas entrañas le piden consuelo, le envió un ciervo blanco, que delante de él se metió en el rio y pasó á la otra parte, y despues se volvió á mirar á Ricarte de Normandía: viendo que no se osaba meter en el rio, volvió otra vez á la otra parte, y se llegó al caballo, y paso á paso se metió otra vez en el rio. Ricarte se encomendó á Dios

de muy devoto corazon, y se metió en el rio, y siguiendo al ciervo, sin peligro alguno pasó á la otra parte. Cuando los paganos que estaban en la torre le vieron pasar, dieron grandes voces á Galafre, y cuando le vió á la otra parte del rio, fue muy triste por ello, y mandó abrir las puertas, y que le siguiesen hasta que le alcanzasen, que si entraba en tierra de cristianos, no pareceria jamás delante del almirante Balán. Mas cuando Ricarte se vió de la otra parte del rio, dando muchas gracias á Dios, guió para tierra de cristianos sin ningun miedo de los paganos. Ahora dejaré de hablar de Ricarte, de sus compañeros, y del almirante Balán, y hablaré de Cárlo Magno, y de su gente, que todavía estaba en Mormionda.

CAPITULO XLVII.

Como Cárlo Magno quiso volver para Francia por consejo de Galalón, y de sus parientes.

Carlo Magno estando en Mormionda en gran tristeza porque no sabia nueva alguna de sus barones, mandó llamar á Galalón, á Geofre alta Hoja, Alberto de Micaire, y otros muchos, y entre ellos vino el duque Regnér, padre del buen Oliveros, á los cuales dijo: Se-

ñores, y amigos míos, yo estoy en grande congoja metido, y es menester deciros la causa; verdaderamente si yo no sé de mis barones, yo propongo de dejar la corona imperial, y todo el gobierno, ca hombre que tan desdichadamente perdió teles caballeros, no merece reinar. Por ende os ruego que cada uno me diga su parecer, y el modo que se ha de tener para saber de los caballeros; y de esto plugó mucho á Galalón, aunque mostraba que le pesaba, y dijo: Señor emperador, si me dais licencia, yo diré mi parecer; y Cárlo Magno le dijo, que digese; y él respondió: Señor, de mi consejo, no pasarás mas adelante, antes harás llevar todas las tiendas de campaña que tienes en el real, y cargadas en sus acemilas, las enviarás delante con buena guarda; despues nos iremos poco á poco, y por las almas de tus caballeros harás decir misas, que los cuerpos no creas sean vivos; y vueltos á tierra de cristianos, allegarás mas gente, y despues volveremos á vengar la muerte del muy noble Don Roldán, y de los otros caballeros: y has de creer que el almirante Balán tendrá la mayor parte de toda Turquía allegada para vengarse de tí por el vencimiento de su amado hijo Eistirabás; esta es mi opinion, y creo que te doy sano consejo. Cuando el emperador oyó las razones de

Galalón, puesta la mano al carrillo, y arrimada la cabeza á ella, estuvo muy gran rato sin poder hablar palabra, y despues esforzándose quanto podia, decia entre sí: O desdichado rey! Qué harías si te volvieses sin vengar la muerte de tus barones? Serás para siempre deshonorado, y dirá la gente, que mejor supiste enviarlos donde perdieron las vidas, que no vengar sus muertes. Si sin tomar venganza del almirante Balán me vuelvo á tierra de cristianos, ¿cual será el caballero que tendrá deseo de servirme? ¿Quién se querrá meter en peligro alguno por mí, pues que los que no tuvieron en nada perder las vidas por servirme, son tan presto olvidados? Ni yo tendré razon para mandarles cosa alguna de peligro, ni ellos serán de culpar, aunque dejen de hacerlo. Cómo osaré hablar á los parientes y amigos de los caballeros muertos, que con tanto placer me tornaron á recibir? ¿Qué dirán sino que los envié donde perdesen las vidas, y despues de muertos dí luego la vuelta, buscando mi guarda? O viejo sin ventura! Cómo no consintió la fortuna que tomases la muerte con ellos, porque con mengua y deshonra no tuvieses estos pocos dias que te quedan? O mis leales caballeros, cuánta razon tengo de llorar! Que á mas de lo que pierdo en perderos, cada uno de vosotros era mas dig-

de la corona imperial que yo. Por vototros tenia corona y honra, y tambien por vosotros era temido de cristianos, judíos y paganos. Vosotros erades los firmes pilares que tenian en pie todo el imperio: y vuestras espadas y vigorosos brazos las fortalezas de todos mis reinos: en perderos perdí todo mi consejo y favor; no sé con quien comuniqué la crecida pena que siento, no teniendo á quien pida consejo este desconsolado viejo. Con vosotros tenia todos los bienes del mundo; y en perderos, perdí la esperanza y alegría que tenia, y solo me quedé desamparado de todo el mundo, salvo de la tristeza, á la cual ruego ahincadamente acorte mis tristes dias, pues no veo razon para querer vivir sin vuestra compañía. O paganos, si supiérades cuanto me ganasteis en la muerte de los caballeros! En aquel dia cesaron todos vuestros temores; aquellos, cuyos solos nombres os espantaban, y hacian volver la rienda en la mejor priesa de la batalla, ya no irán á sacaros de vuestras fortalezas. De mi grande pérdida redundará á todos los infieles descanso, y muy grande seguridad de sus vidas; y estando mis nobles y leales caballeros en mi corte. sonaban los muchos y grandes golpes de sus tajantes espadas en el corazon de toda Turquía.

Despues que hubo razonado esto entre sí, esforzándose cuanto pudo levantar la cabeza, y

arrimado á la silla, dijo á los caballeros que presentes estaban: Señores, ya habeis oido el consejo que me dió Galalón, y me parece no lo deba tomar, que es contra mi honra, y queria que vosotros me dijeseis el vuestro, porque oidas vuestras voluntades, se tomase el mas sano consejo, y que menos detrimento trajese á nuestras honras. Estonces un caballero llamado Macasio, y Aburín Geofert, y otros muchos caballeros del linage de Galalón, y conformes á su condicion, le dijeron: Señor muy poderoso, y temido emperador: Galalón ha hablado muy cuerdamente, y te dá muy buen consejo; y de pasar adelante no hagas cuenta que en tu compañía están mas de diez mil hombres, que despues que han sabido la muerte del muy noble Don Roldán, que era su capitan y guia en las grandes hazañas, han hecho juramento de no pasar de aquí, aunque tú se lo mandes. Cárlo Magno dió un muy grande suspiro, diciendo: O verdadero Dios, en quien creo, y siempre hallé remedio en mis grandes tribulaciones: no desampares al triste viejo de tantas angustias rodeado: el consejo de estos caballeros no me parece bueno. Entonces Regner, padre de Oliveros, dijo: Señor, los que este consejo te dán, no te quieren bien, ni desean tu honra; y si alguno dejáre de seguirte, será del linage de los

consejeros malos, que los que desean el ensalzamiento de tu imperial corona, no te darán tal consejo, ni dejarán de seguirte. Y Aburín, pariente muy cercano de Galalón, le dijo: Regner, si no estuviesemos delante del emperador, haría que os costase bien caro lo que decís, que vos mentisteis en ello. Y el duque Regner le dió tan gran golpe con el puño, que dió con él en el suelo; y hubiera grande mal entre ellos, si el emperador no se metiera en medio, que se hallaron del linage de Galalón mas de mil y seiscientos hombres armados. Y Fierabrás, que estaba presente, echó mano de la espada, y dijo: Juramento hago al santo bautismo que he recibido, que si se mueve alguno para enojar al duque Regner, que le mostraré como corta mi espada. El emperador mandó que se estuviesen quedos, so pena de perder la vida, y dijoles: Yo siento la falta de mis caballeros; que como veis vosotros que estoy sin ellos, me teneis en poco, y no me guardais honra alguna, y os atreveis á hacer demasía delante de mis ojos. Y Fierabrás le dijo: Suplicote, que esto que ha pasado les sea perdonado; mas de aquí adelante tén tu gente en justicia, y castiga los que erraren, que á mí me tendrás mientras viviere por firme pilar de tu honra. Cárlo Magno le preguntó, qué le parecia, si se volveria, ó si iria

adelante; y él le respondió: El volver es bueno para que descanse tú persona, mas no para acrecentar tu honra. Entónces dió Cárlo Magno un muy gran suspiro, y dijo: Al todo poderoso y alto Dios encomiendo mis hechos, al cual prometo de jamás volver á tierra de cristianos hasta que sepa nuevas ciertas de mis leales barones: y habiendo su consejo, fué ordenado que fuesen algunos caballeros al reino de Francia con sus cartas para allegar mas gente, y mandó al duque Regner que tomase la compañía que quisiese, y dispusiese la partida.

CAPITULO XLVIII.

Como Ricarte de Normandía llegó al ejército del emperador Cárlo Magno.

Cárlo Magno, queriendo enviar á tierra de cristianos por mas gente, y estando el duque Regner, padre de Oliveros, con su compañía á punto para la partida, llegóse un caballero á Cárlo Magno, y le dijo como venia á muy gran priesa un caballero de tierra de moros, y que creía traia embajada del almirante Balán. Cárlo Magno salió muy prestamente al camino, y el duque Regner con él, y vieron de lejos á Ricarte de Normandía armado de todas armas, caballero en el caballo del rey Clarion, y el du-

que Regner dijo: Este que viene es cristiano, que los turcos no cabalgan de esta manera, y allegándose mas Ricarte de Normandía, dijo Carlo Magno: Este parece en su aire á Ricarte de Normandía. Y llegando el caballero delante del emperador, saltó muy presto del caballo, é hizo acatamiento á su Señor; y Carlo Magno le dijo: Mi caballero y mi amigo, vos seais bien venido; ¿qué es de Roldán, Oliveros y de los otros vuestros compañeros? Como venis solo? Son muertos, ó tienen vida? y Ricarte de Normandía le dijo: Señor, dá gracias á Dios, que de infinitos peligros los ha librado, y están vivos y sanos, no muy lejos de Aguas Muertas, en una fuerte torre, cercados de mas de cien mil paganos, y está con ellos la muy virtuosa dama Floripes, hija del almirante Balán, mediante la cual somos vivos, que sería muy largo de contar lo que por nosotros ha hecho, y tiene las reliquias que tú buscas tanto tiempo ha, todas en su poder, y otros infinitos tesoros: y te suplica, así ella como los caballeros, les des socorro: y está Floripes con grande deseo de recibir el santo bautismo; y si tú ganas á Aguas Muertas, y aquella torre, podrás en poco tiempo ganar la mayor parte de aquella tierra. Gran consuelo recibió Carlo Magno con estas nuevas, y dijo que Galán y sus pa-

rientes eran traidores, que porque muriesen los caballeros, bajaban de le hacer volver, y dijo: Dime Ricarte, tienen mis caballeros provision alguna en la torre? ¿podránse pasar cinco ó seis dias? Y él dijo, que tendrian vituallas para seis, y no mas; y la provision que ellos tienen, tomamos en el mismo aposentamiento del almirante, á pesar de todo su real, y si pasamos trabajos, tú los puedes pensar; y Carlo Magno le preguntó, qué hombre era el almirante, y él le dijo: El almirante Balán es muy feroz de hecho, y de gesto, y valiente por su persona, muy enemigo de los cristianos, y es muy temido y obedecido de los suyos; la gente es mucha á maravilla, y no diestra en las armas; y para pasar á Aguas Muertas hay un paso muy malo, y muy peligroso, y se llama la puente de Mantible; el rio es muy crecido á maravilla, y se llama Flagor: la puente es muy fuerte, con dos torres de mármol, y sus puentes levadizas, y tiene para la guarda de la puente un gigante muy espantable, que en su compañía tiene tres mil paganos para guardarla; de manera, que por fuerza no pasará todo el resto del mundo; mas usaremos de sutileza. Y el emperador Carlo Magno le dijo: Qué industria tendrás para pasar? Y Ricarte de Normandía le dijo: Señor, iremos delante cincuenta de nos-

ótrós bien armados, y encima las armas sendas capas largas, como mercaderes, y llevaremos cuarenta acemilas cargadas de fardales, que parezcan de mercadería; y tú estarás con la otra gente en un monte que está cerca de la puente, y pensando las guardas que llevamos mercadería, abrirán la primera puerta, y pedirán sus derechos, y entonces dejaremos caer las capas, les daremos batalla, y con una señal que haremos, vendrás luego con tus caballeros, y con el ayuda de Dios nuestro señor ganaremos la puente, y daremos socorro á tus caballeros, que lo están esperando. Este consejo y aviso pareció muy bien al emperador Cárlo Magno; y á los otros caballeros; y el duque Regnér abrazó á Ricarte de Normandía con grande amor, y Ricarte le contó lo que á su hijo Oliveros habia pasado en la torre, y los grandes beneficios que de Floripes, hija del almirante Balán, habian recibido. Y mandó el emperador Cárlo Magno á todos sus caballeros que hiciesen aderezar sus armas: asimismo á los peones, y capitanes, que proveyesen de armas á los que no las tenian; y mandó asimismo alzar todas las tiendas y que todos estuviesen apercebidos para la partida: y dijo á Ricarte de Normandía, que hiciese lo que habia ordenado, y Ricarte en la misma hora hizo hacer muchas balas del fardage real, y las

hizo atar como balas de mercadería, y cargó cuarenta acemilas, y rogó al duque Regnér, y á Hoel de Nantes, que quisiesen tomar setenta caballeros escogidos; y el duque fue muy contento de ello; y armados los caballeros, dióles Carolo Magno sendas capas para cubrir sus armas, y pusiéronse en camino para la puente de Mantible, é iba delante el duque Regnér, y Ricarte de Normandía, y luego las acemilas con alguna gente de á pie, y despues toda la otra gente; y el emperador mandó alzar todas sus banderas y estandartes, y puesta la gente en orden, se puso en camino.

CAPITULO XLIX.

Como por industria de Ricarte de Normandía fué ganada la puente de Mantible; y del gigante Galafre, que tenia cargo de guardar

la puente.

Hubo el emperador tal modo, que se metió en el monte de noche, porque no los viesen de las torres de la puente de Mantible; y Ricarte de Normandía, Hoel de Nantes, y el duque Regnér, se fueron con las acemilas cargadas para la puente: y cuando los compañeros de Ricarte vieron las fuerzas de la puente, y la grandeza del rio, fueron muy maravillados, que por fuerza no la tomara todo el poder de los cristia-

nos: y Ricarte de Normandía dijo: Dios nos quiera ayudar que nos cumple hoy haber batalla con el mas espantable gigante del mundo, y con tres mil paganos, que no se apartan jamás de su compañía para guardar esta puente. Y el duque le preguntó, cómo la pasaron cuando iba con Roldán, y los otros á llevar la embajada al almirante? Y Ricarte le contó la manera que el duque Naimés habia tenido; y riéndose todos de su maña, y llegados ya á la puente, dijo Ricarte de Normandía: Señores, yo seré el primero, con vuestra licencia, y abriendo la guarda la primera puerta, entrareis vosotros, y cuando me vieredes echar la capa, ruegoos que no seais perezosos de echar las vuestras, y procurad todos de ser buenos caballeros, que nos será bien menester; y ellos le dijeron, que ningun recelo tuviese de eso, ni tampoco de ser señores de la puente, si una vez ellos estaban en ella: y luego vino Galafre el gigante, y abrió un postigo muy pequeño de la puerta, y tenia en su mano derecha una acha de armas muy gruesa, y muy aguda, y era muy grande, y fornido á maravilla; los ojos muy grandes, y muy salidos, y vueltos en sangre; las narices anchas, y romas; la boca muy grande, los labios muy gruesos, y él muy negro, que mas parecia diablo, que no criatura humana; tenia las piernas muy gruesas, y

los pies tuertos, y alcanzaba grandes fuerzas, estaba dia y noche siempre armado, y era muy querido del almirante Balán, y de él se fiaba mucho, y era condestable de aquella tierra; era muy cruel, y especialmente con los cristianos; y abierto el postigo, dijo á Ricarte de Normandía: Dime hombre, qué buscas por esta tierra, y qué es lo que llevas allí? Ricarte mudó el lenguaje, porque no le tuviese por Francés; y dijole: Señor, somos mercaderes, que venimos de Tarascon, y traemos muchos paños de todas suertes, y queremos llegar á Aguas Muertas para vender algunos de ellos, y traemos otras joyas para presentar al almirante Balán; y si vos nos mostrasedes el camino, os daremos de nuestra mercadería, que nosotros nos sabemos los pasos de esta tierra, porque ninguno de nos ha pasado otra vez por aquí. Y Galafre le respondió: Sabed que yo tengo cargo de guardar esta puente, y todos los otros pasos de esta tierra, y no ha mucho tiempo que siete traidores, vasallos de Carlo Magno, me burlaron malamente, diciendo que llevaban embajada al almirante Balán, y me dieron á entender que traían el tributo que se había de pagar, y les dejé pasar, y han hecho gran daño y enojo al almirante Balán; mas ellos están en parte que pagarán lo que han hecho, que están cercados en

una torre de mas de cien mil turcos, y antes de ayer se escapó uno, que creo que tenia el diablo en el cuerpo, que mató al rey Clarion mi sobrino, que le seguia con diez mil turcos, y le tomó su caballo, el mejor que habia en todo el mundo; y como vió las guardas de esta puente, se lanzó con él en el rio, y pasó á nado, lo que otro hombre nunca hizo, y fue á llevar las nuevas á Cárlo Magno, de los cristianos que están cercados en la torre, para que les diese socorro: y á esta causa me ha mandado el almirante Balán, que so pena de muerte, no deje pasar persona alguna nacida, sin primero saber á donde vá, y de donde viene, y quien es; por ende quiero saber esto, que no parecis vosotros mercaderes. Entonces Ricarte de Normandía le dijo: Bien nos place que lo sepais, y mireis nuestra mercadería; y diciendo esto entró el primero en el postigo, y luego le siguieron el duque Regner, y Hoel de Nantes, y Riól; y cuando Galafre los vió dentro, no le plugó de ello, y cerro, presto el postigo, porque no entrasen los otros, y díjoles que se quitasen las capas, porque queria ver lo que llevaban; y Ricarte se desvió un poco, y dejando caer la capa, puso mano á la espada, y lo mismo hicieron los otros, y Ricarte le dió un gran golpe en la cabeza, mas tenia en ella una calavera de serpiente, mas dura que

ninguna de acero, y resvaó la espada, y cortó parte de una oreja, y los otros asimismo procuraron de herirlo reciamente, mas no aprovechaba, que dar en él era dar en una peña; que sobre las armas traía el cuero de la serpiente, mucho mas duro que las armas, y Galafre alzó la acha de armas, que en las manos tenia, por herir á Ricarte de Normandía; como vió venir el golpe, desvió el cuerpo, y dió en una piedra de marmol, y entró la acha en ella mas de un palmo; y cuando vió que fué en vacío: dió un gran grito, que lo oyeron los paganos que estaban en la torre, á la otra parte de la puente, y vinieron muchos de ellos en su socorro: y viendolos Ricarte de Normandía, abrió prestamente la puerta, y entraron los cristianos, y hubo gran mortandad entre ellos así de una parte, como de otra; y haciendo los cristianos muchas señas á Carlo Magno y su gente, llegaron muy presto á la puente; y Galalón, que despues fue traidor, (como diré en el tercer libro) hizo señaladas cosas aquel dia, mas duró poco su lealtad, y la de sus parientes.

CAPITULO L.

Como Cárlo Magno ganó la puente de Mantible,
y como Aloy, pariente de Galalón, quiso

hacer traición.

La multitud de los paganos, que en socorro de la puente venian. era tanta, que cubrian dos leguas de tierra, y el emperador Cárlo Magno viendo, que los cristianos se comenzaban á retraer, cubrióse muy bien de su escudo, y pusose delante los suyos, y empezó á derribar paganos á una parte y á otra, que era cosa de ver, y Galalón á su lado, pelando así maravillosamente. Y siguiendo su batalla, vió á Galafre con una hacha en las manos, haciendo gran daño en los cristianos, y tenia delante de sí mas de cien cristianos muertos, y viendo que no aprovechaba herirle de espaldas, por la fortaleza de las armas, pidió una lanza, y con ella le dió tales encuentros, que lo derribó; y Ricarte de Normandía le cortó la cabeza. Quando se vió en el suelo dió un grande grito, que le oyeron de tres leguas de allí, y conocieron los paganos que Galafre tenia necesidad de socorro, por donde fué causa que acudió mucha mas gente para defender la puente, y entre ellos vino un gigante llamado Anson, y le seguia una muger llamada Amiota, con dos niños en los brazos de quatro meses, y

eran de cinco pies de largo, y bien fornidos segun la grandor, y púsose este gigante en la puerta de la puente, por donde habian de salir los cristianos, con una grande vara de hierro en las manos; empezó á decir á grandes voces: donde estaba el viejo loco de Cárlo Magno, que quiere llevar las reliquias; ó si quiere pasar á dar socorro á sus caballeros, venga, que la puerta está abierta; y fueron los cristianos maravillados de su grandor, y Cárlo Magno se cubrió de su escudo para acometerle; mas Fierabrás le suplicó le dejase á él aquella batalla, que conocia mejor aquella gente, y el modo de su pelear, que es gente de grandísimas fuerzas, y no tiene maña, ni destreza alguna en las armas; cubrióse Fierabrás de su escudo, y llegóse al gigante quanto le pareció que le podia alcanzar con la vara, y el gigante alzó la vara con entrambas manos, y Fierabrás hizo semblante de esperar el golpe, mas viéndole venir en el aire, Fierabrás desvió el cuerpo, y dió el golpe del gigante en el suelo, el qual fue con grandísima fuerza, que hizo estremecer toda la puente, y antes que alzase la vara otra vez, le cortó Fierabrás los brazos entrambos de un golpe, y le dió otro golpe en la cabaza, que le cortó el yelmo hasta los dientes; y así ganaron los cristianos la puerta; mas era tanta la multitud de los tur-

gos, que no los dejaban salir, y les hicieron retraer hasta el medio de la puente, muriendo muchos de la una parte, y de la otra; y estaban siempre al lado de Cárlo Magno Fierabrás, y el duque Regner, padre de Oliveros, y Ricarte de Normandía, y Hoel de Nantes, guardando su persona mas que sus vidas mismas. Y viendo Cárlo Magno que no podia ir adelante, antes le era forzoso retirarse, perdiendo siempre gente, empezó á suspirar muy reciamente, diciendo que ya era perdida la esperanza de jamás ver á sus caballeros, y muy leales barones, pues que aquel paso no podian ganar. Y Fierabrás le dijo: Señor, no nos cumple ahora llorar los que están ausentes, sino á nosotros mismos, que si no ganamos esta puente, será muy grande maravilla escapar de las manos de nuestros enemigos, por la gran muchedumbre de gente que acudirá. Y entonces Cárlo Magno dijo á grandes voces: Aquí caballeros, que ahora es tiempo de emplear vuestras fuerzas, y diciendo esto se adelantó de los suyos, y empezó de hacer tales cosas, que á todos hacia estar espantados, así sus caballeros, como sus enemigos: y puesto á su lado Fierabrás, Ricarte de Normandía, y el duque Regner, dieron tanta priesa á los paganos, que les fue forzoso meterse en la villa, y pensaron de alzar una puente levadiza; mas Fierabrás

la tuvo, que no la pudieron alzar, y dijo á los otros que entrasen en la Villa con buena ordenanza, sin dejar de herir varonilmente á sus enemigos. Y en la entrada hubo una gran mortandad de cristianos, que de las ventanas y de las torres los mataban á pedradas; y viéndose Carlo Magno en tan grande afrenta, dió una voz, diciendo: Socorred caballeros, y entonces llegó Galalón, y sus parientes con mil y setecientos hombres muy bien apercebidos, é hizo allí grandes proezas, aunque despues fue traidor. Y duró el combate de la puerta cuatro horas, y con muy poca gente entró Carlo Magno en la villa; y despues de entrado, un caballero del linage de Galalón, llamado Alor, dijo á Galalón: Señor Galalón, Carlo Magno está en la villa con muy poca gente, y será maravilla si jamás sale de ella, que los turcos tienen gran número de gente en ella, y toda muy bien apercebida, y placeme que ninguno de nuestros amigos no queden con él, y ahora nos veremos vengados de él, y de los otros nuestros enemigos, y si vos quereis, volvemos hemos para Francia, y nos alzaremos con las fortalezas, y poco á poco seremos señores de todo el reino, pues que allá no queda ninguno que nos ose contradecir. Y Galalón le respondió Señor, verdaderamente yo tengo muy grande enojo del duque Reg-

ner, que malamente nos injurió el otro día delante de Carlo Magno, y no menos de Carlo, porque se le mostró muy favorable; mas no me parece podernos vengar de la manera que decis sin detrimento de nuestras hobbas, dejándole en tanta y tan gran necesidad en poder de paganos; y allende de esto podria ser que no saliesemos con nuestra intencion, que bien nos podrian los parientes de los que quedaren hacernos harto daño, que sentirian muy presto la traicion. Y Alor le respondió: Señor Galalón, no seais simple, ni corto en lo que tanto os cumple: si vos no tomais venganza de vuestros enemigos ahora que teneis tiempo para ello, quando os quisieredes vengar no tendreis lugar, y os arrepentireis de ello; y sobre esto se encendió gran enojo entre ellos. Estando en esta contienda sobrevino Fierabras, y preguntando por Carlo Magno, Alor le respondió: Creo que nunca le vereis, que está en la villa entre gran número de paganos. Y Fierabrás le dijo: Y vosotros qué haceis aquí, que no le dais socorro? Bien podeis ser acusados de traidores, pues que en tan grande afrenta olvidais á vuestro señor: y diciendo esto tomó una acha de armas en sus manos, y se fue para la puente dando voces: caballeros, caballeros, socorred á vuestro señor; y llegando á la puente, halló á Galalón á su

lado con alguna gente suya, y viendo que Cárlo Magno con la poca gente que tenia se retraía hacia la puerta peleando cuanto podia, y perdiendo todavía de los suyos, se metió entre los cristianos poco á poco, hasta que llegó á la delantera, y Galalón con él hicieron tan gran matanza los dos, que corrian los arroyos de la sangre por medio de la villa, y no tuvieron otro remedio los paganos, sino dando grandes alaridos, échar á huir el que mas podia, y salieron algunos por una puerta falsa, y fueron á contar su desventura, y la perdida de la puente y de la villa, en la cual hallaron grandes riquezas.

CAPITULO LI.

Como Amiota, de la cual hablé arriba, mató muchos cristianos; y como el almirante supo que Mantible era ganado por Cárlo Magno.

Con muy grande trabajo y pérdida de gente, ganó Cárlo Magno la puente de Mantible, y venida la noche tomaron los cristianos sus posadas pacíficamente, y se desarmaron para descansar, porque estaban muy fatigados de la batalla. Y Amiota, que era muger del gigante, viendo á su marido muerto, como sintió que los cristianos estaban muy descuidados, rabiosa por la muerte de Anfeon su marido, tomó una

visarma, á manera de una hoz muy grande aguda, y saliendo de una cueva, donde estaba con sus hijos, entró en la villa con mucho furor, y á cuantos topaba por las calles á todos daba la muerte; y cuando no hallaba gente por las calles, se metia en las casas, y como los hallaba desarmados, así sin mucho trabajo mataba muchos; de tal manera, que se alborotó gran parte de la gente, y se armaron contra ella. Cuando Cárlo Magno sintió el gran alboroto de la gente, pensando que serian turcos que nuevamente venian en socorro de la puente, fué muy presto armado, y Fierabrás, y los otros caballeros con él, y salidos de sus aposentos les digeron que una sola muger causaba tan gran alboroto, y que habia muerto gran número de cristianos; y Cárlo Magno dijo que queria ver la tal muger; y llegados donde estaba, fueron espantados de cosa tan fiera, que llegaba con la cabeza por los tejados; relucian sus ojos como hachas encendidas; la espuma que la salia de la boca, la corria por los pechos hasta los pies; daba á ratos un gemido, que se oía media lengua; solo el peso de la hoz que traia en la mano bastaba para derribar una fuerte torre; por sola su airada vista ningun cristiano se la paraba delante. Viéndola Cárlo Magno, se cubrió de su escudo, y con la espada en la mano quiso

ir por ella, y Fierabrás le dijo: Señor, no es honesto que ensucies tu espada en una muger ni te sería cordura esperar sus golpes; mas he de decirte el modo y forma que se ha de tener; y mandó llamar unos peones, que sabía traían honda, al modo de Turquía; y ordenó que la tirasen; y tiráronla muchos tiros sin que la hiciesen daño. Viendo esto Fierabrás, tomó una honda y dijo: Feo me parece matar una muger, mas no puedo ver delante de mí este diablo; y la tiró una piedra con tanta fuerza, que la mano derecha, con la muñeca, la quitó del brazo, y dejó caer la hoz, dando tan grande grito, que la mayor parte de la villa hizo estremecer, y luego la acabaron de matar los peones; y mandó Fierabrás que se velase la puente, y la villa toda la noche.

¶ Venida, pues, la mañana, mandó el emperador Carlo Magno repartir los grandes riquezas que se habían hallado en la villa entre su gente, porque cada uno llevase su parte segun su estado; y así quedaron todos muy contentos, y satisfechos de los trabajos pasados. Fueron muchos y grandes los tesoros y riquezas; pues por ser el lugar tan fuerte, tenía en él el almirante Balán gran parte de sus tesoros, y no quiso Carlo Magno cosa alguna para sí; e yendo mirando la cerca de la villa, vió una cueva muy gran-

de, y dentro de ella estaban dos niños llorando, hijos de la gigante Amiota, que los habia parido de una vez, y eran tan grandes de cuatro meses como un hombre de los de ahora, y los hizo bautizar Carlo Magno, y que les pusiesen por nombres, al uno Roldán, y al otro Oliveros, mas no vivieron sino tres dias, de lo cual pesó mucho al emperador: y queriendo pasar adelante, mandó que todos los muertos fuesen enterrados, y los heridos curados; y llamando al duque Regner y á Ricarte de Normandía á parte, les dijo que queria ir luego adelante, y dejar gente en la villa para que guardasen la puente; y el duque Regner le dijo: Señor, necesariamente has de dejar aqui gente. porque los paganos no nos tomen este paso; mas se ha de mirar que todos los que aqui quedaren no carezcan de fidelidad, que esta es la llave por donde nos habemos de salvar, y no todos los que vienen en tu compañía son fieles. Y despues de haberlo bien mirado, ordenaron que dos nobles caballeros, Hoel de Nantes y Riol de Man, con diez mil cristianos quedasen á la vista para guardar el paso, y Carlo Magno con toda la otra gente salió de la villa. é hizo de ella quatro batallas; la una dió á Fierabrás, la otra al duque Regner, la otra al noble Ricarte de Normandía, y la otra la recibió en su guarda, y dió

á Fierabrás la delantera, porque sabia mejor la tierra, y la retaguardia dió á Ricarte de Normandia: y así puestos en muy buena ordenanza, se pusieron en camino, y despues que hubieron subido una cuesta muy alta, paróse el emperador á mirar su gente, y viéndola toda tan lucida, y tan bien aderezada, hubo gran placer de verla, y mas porque los vió muy animosos, y en buen propósito de pelear, y dió infinitas gracias á Dios por ello. En este intermedio, habiendo sabido el almirante Balán como la puente de Mantible era ganada de los cristianos, y los gigantes muertos, cayó en el suelo amortecido, y desde que fue tornado en sí, dijo: O Mahoma, y cómo te han faltado las fuerzas! Ahora conozco tu poco poder, y tengo yo por mengua y de poco saber al que en ti confia. Nunca hombre tanto te honró como yo, ni en ninguna parte del mundo son las mezquitas tan ricas ni tan servidas como las que en mi tierra están; y muy gran parte de mis tesoros he gastado en hacer muchas imágenes de oro y de plata á tu semejanza, porque fueses adorado del pueblo como dios: y tú, como ingrato desconocido, en tanta necesidad olvidaste mi servicio. A ti solo habia encomendado mi torre, y los tesoros que en ella estaban; en ti solo tenia muy grande esperanza que guardases á mi fuerte puente de Mantible,

y descuidándome en tu guarda , no puse tanto recaudo en ella quanto era razon ; en las cosas de poca importancia me mostraste tus halagos, porque en las árduas mas facilmente me pudieses derribar. Dicho esto tomó una acha de armas , y con ella despedazó todos sus dioses , y los ídolos. Sortibrán de Coimbres, que vió al almirante tan desconsolado, trabajó de consolarlo quanto pudo , reprendiéndole de la injuria que á su dios Mahoma habia hecho , diciéndole que le pidiese perdon porque no le castigase con saña. Y él dijo, no le podré ya obedecer, ni querer , pues que tan desconocido me ha sido en dejar tomar mis fortalezas de los cristianos. Y Sortibrán le dijo: no digais, señor, tales palabras , y demanda perdon á tu dios, pues lo has menester mas que nunca; ordena de enviar espías para saber si es cierta la venida de Carlo Magno , y qué gente trae, y la daremos batalla campal; y si cae en nuestras manos, lo haremos quemar , y á tu hijo Fierabrás con él que en su favor viene. Y el almirante Balán le dijo: por hacerce placer quiero hacerlo , pues que tanto me ruegas; mas bien veo que Mahoma me es enemigo sin razon alguna , mas yo tengo en nada su poder.

CAPITULO LII.

Como los caballeros que en la torre estaban hubieron un gran combate, y la torre fue casi

derribada.

Rogó Sortibrán tanto al almirante, que le hizo demandar perdon á Mahoma delante de algunos caballeros suyos, y por mejor satisfaccion le prometió de hacer su imagen, y de añadir en ella cien libras de oro, y hacerla adornar de muchas piedras preciosas, porque le diese victoria contra Carlo Magno, y envió secretamente espías para saber de su ejército. Vueltas las espías, le digeron que Carlo Magno era partido de Mantible, y que venia apriesa para dar socorro á sus caballeros que en la torre estaban, y que traia poca gente, mas bien armada y apercebida. Sabida esta noticia, el almirante Balán mandó apercebir toda su gente, y combatir la torre antes que llegase el socorro, y mientras que se ordenaba el combate, envió por gente por todos sus reinos; empezado el combate dieron tal priesa, que derribaron otra esquina de la torre; y aunque morian muchos, no se osaban apartar del combate de miedo del almirante Balán que muy grandes voces les daba que trabajasen en derribar la torre. Tenia hecho un agujero bien grande para entrar, mas no osaba ninguno entrar

por él, por mucho que el almirante Balán les mandaba que entrasen. Cuando los caballeros vieron la esquina derribada, y el agujero abierto, hubieron algun temor de sus enemigos, mas por sus damas que por ellos, que por ellas no osaban salir á la batalla, ni apartarse de la torre, diciendo que mientras ellos peleaban, se podría perder la torre; y don Roldán dijo á los otros: señores, cumple que salgamos á nuestros enemigos, porque no tengan poder de derribar la torre; mas no nos habemos de apartar mucho de ella, sino cuanto tengamos lugar de tapar el agujero que está hecho; y ahora nos cumple ser buenos caballeros, que la gente es mucha, y el furor del almirante Balán grande: por ende, nobles caballeros, os ruego con encarecimiento que tengamos muy buen concierto en el pelear, que no nos apartemos el uno del otro, porque si uno cayere, tenga quien le ayude á levantar: sed ciertos que tendreis en mí buen favor, que si durandal no me falta yo haré que al almirante, y su gente pese del combate que hoy nos dieron. Y dijeron todos que era bien dicho, y así ordenaron de salir; y á Floripes la pesó en grandísimo grado; mas viendo que no lo podían escusar, bañada en lágrimas, les dijo: señores, antes que salgais os ruego que veais las santas reliquias, porque con mas contrito corazón ro-

gueis á nuestro Dios que él por su piedad os saque de tanta afrenta; y puestos los caballeros de rodillas delante de las santas reliquias, con abundancia de lágrimas, rogaron á nuestro señor Dios, que por su santa misericordia y piedad los guardase de sus enemigos. Y estando ellos en aquesto, las damas de Floripes dieron muy grandes voces, diciendo que subian los turcos por la torre, y llegaban á las ventanas; y teniendo Floripes el cofre en sus manos, se puso asomada á la ventana, y plugo á nuestro señor Jesucristo de mostrar allí un grande milagro, que los que subian á la torre, viendo el cofre que tenia Floripes en sus manos, cayeron súbitamente en el suelo, y los que al rededor estaban, sin ser apremiados se alejaron un gran tiro de ballesta. Y viendo esto los caballeros, dieron muchas gracias á nuestro señor Jesucristo, y Floripes volvió las santas reliquias á su lugar, y luego se volvió á las ventanas donde estaban los caballeros, y viéndola el almirante Balán su padre con ellos, la dijo: O Floripes, mi querida hija! grande fue tu lujuria cuando por ella dejaste tus dioses, y vendiste á tu amado padre, y á todos tus parientes: mas soy cierto que presto te haré dejar el amor del cristiano que tanto quieres, que ellos y tú sereis quemados hoy en este dia. Y ella dijo: Por

cierto , padre , tú no dices lo cierto , que nunca conocí hombre en esta parte , antes me encaminó nuestro señor Dios en el camino de la verdad , como mi hermano Fierabrás ; y este camino quisiera que tomásedes tú , porque tu alma no fuese perdida ; y á esta causa he suplicado á los caballeros que no te maten ; mas si los persigues mas , no tendrá tu gente poder de librarte de sus manos , que Dios está con ellos , como lo puedes ver en el destrozo que en tu gente han hecho , no siendo mas de diez caballeros . Y de esto hubo tanto enojo el almirante Balán , que cayó en tierra amortecido , y Sortibrán y los otros caballeros trabajaron mucho en consolarlo ; y tornando en sí el almirante Balán , dijo : O Mahoma , cómo me has olvidado , y cuán poco es tu poder y el mio , que á diez solos caballeros no podemos resistir ! Y Sortibrán le dijo : señor , muy simplemente has hablado contra tu Dios ; tú no ves con cuánta abundancia nos dá continuamente los bienes temporales ? Y esto que ahora padeces , por tus pecados lo permite ; mas pídele perdon porque te sea favorable contra Carlo Magno : y tragéronle luego una imágen de oro fino á semejanza de Mahoma , en cuya cabeza estaba el diablo encantado , que hablaba y respondia á todo lo que le preguntaba tres dias en la semana , y di-

geron: señor, pide perdón á Mahoma tu dios, que tienes delante, y él te ayudará en tus adversidades. Y puesto de rodillas á ruego de los suyos, dijo: O Mahoma, suplicote cuanto á mí es posible de suplicarte, que no mires á las feas palabras que aqueste atribulado viejo dijo contra ti, pues está en propósito de hacer enmienda de sus pasados yerros. Yo haré acrecentar tu imágen con doscientas libras de oro fino; y serán todas tus mezquitas muy reparadas, porque con tu favor, y ayuda tome venganza de los cristianos enemigos. Y el demonio, que estaba en la imágen, le respondió: Almirante Balán, tus yerros son perdonados por el grandísimo arrepentimiento que de ellos tienes, y no menos porque sé que erraste con sobrada angustia del corazon; mas manda apereibir tu gente, y dar otro combate á la torre, que sin duda serás señor de tus enemigos.

El Almirante hizo haber grandes alegrías por todo el real, tafiendo añafiles, vocinas y otros instrumentos en señal de la victoria que esperaban; y apereibida su gente, con esperanza de la victoria, dieron el combate con tanto denuedo, que dieron con parte de la principal pared de la torre en el suelo. Entonces dijo Ojer de Danois: señores, forzado nos será buscar otra morada; salgamos, pues, á buscarla, que Dios

es servido que dejemos esta; y vamos ya, que mejor resistiremos á los golpes de nuestros enemigos, que la caída de la torre; y si Dios es servido que perdamos las vidas en poder de aquestos infieles, tenga cada uno de nosotros modo de vengar su muerte antes que la reciba. Salgamos ya, pues, que Dios nuestro Señor lo quiere, y contra su voluntad no queramos hacer cosa, y con la fidelidad que siempre hemos tenido el uno al otro, acometamos á nuestros enemigos. Estando los caballeros apercebidos ya para salir, puesta Floripas á los pies de su muy amado Guy de Borgoña, con lágrimas y sollozos le dijo: Señor, por aquel Dios y Señor en quien crees y confiesas ser uno y trino, te ruego que sean tus hechos segun la generosidad de tu sangre, cata que la torre está abierta por muchas partes, y mis fuerzas son pequeñas, y la crueldad de mi padre muy grande; no creas que menor venganza tome de mí que tomaría de ti, si en su poder te tuviese; y con gran razon, pues en tanto grado, por servirte, le he deservido. Y abrazándola el noble Guy de Borgoña la dijo: Señora, no pienses que sea tan pequeño el amor que te tengo, que no reciba mayor fatiga de tu pena, que de la mia mesma; ya ves que la salida no se escusa: mas no será de manera que tú y tus damas quedeis desamparadas

mientras nosotros tuviésemos vida, ni nos apartemos de la torre mas de cuanto hagamos apartar los turcos, porque no acaben de derribarla; y si de ello eres servida, dos de nosotros quedarán en tu compañía, aunque yo en ninguna manera podré quedar. Viendo Floripes el amor de Guy de Borgoña y su fidelidad, le dijo: Señor, tú te ofreces de dejar parte de tus compañeros en mi guarda; yo recibo mortal dolor en pensar que con tan poca compañía sales á dar la batalla á tanta multitud de turcos: por ende te suplico, que nos armes á mí, y á mis damas, y con sendas achas de armas, so el amparo de vosotros, iremos en guarda de tu persona. Oyendo Roldán las razones de Floripes, se puso á reir, y dijo á Guy de Borgoña: Grande es el amor de esta dama; mas no sería honrosa, ni provechosa su salida. Por ende, señora, te ruego que no te fatigues tanto, cesa ya de llorar, y ten esperanza en aquel verdadero Dios y hombre, que como nos ha sacado de tantos peligros, no nos olvidará ahora: y así se despidieron de ella y de las damas, y salieron de la torre, y empezaron cruda batalla con sus enemigos, é hicieron tanto, que en poco rato los desviaron gran trecho de la torre; y á su salvo se volvieron á ella, y hallaron á Floripes y á sus damas armadas de todas armas, con sendas achas de

armas en las manos , puestas donde estaba derribada la torre.

CAPITULO LIII.

Como los caballeros supieron la venida de Carlo Magno , y asimismo el almirante Balán , y como Galalon fue enviado con embajada al

almirante.

Los caballeros pasaron aquella noche en gran placer , hablando de Floripes y de sus damas que con varonil corazon se habian armado para defender la torre , y dijo Guy de Borgoña: Señora , con mayor esfuerzo saldremos de aquí adelante á la batalla , pues que tales valedores tenemos para guardar la torre; y Oliveros dijo: Señora , mañana saldremos á la batalla , y si te parece saldrás con tus damas y con nosotros , porque demos fin á estos descreidos; y no dudo que haga Guy de Borgoña cuanto quisiere teniéndote en su compañía. Y ella dijo: Cierito , señor Oliveros , haced vos con mi señor Guy de Borgoña que me deje salir con vosotros á la batalla , y vereis como á donde estuviere no haré mengua á mi hermano Fierabrás; y de esto hubieron todos muy gran placer.

Venida la mañana , Oger de Danois subió á la torre por ver el real de sus enemigos , y vió de muy lejos muchas banderas desplegadas , y

mucha gente armada, y conoció eran de cristianos: bajó presto donde estaban sus compañeros, y les dijo: Señores, y leales amigos míos, y vosotras señoras, pidoos por merced, que todos deis gracias á Dios, que tan piadosamente se ha habido con nosotros, que muy gran compañía de cristianos, y muy bien armados, nos vienen á ayudar, y en nuestro socorro. Y corriendo todos á abrazarle con muy gran placer, subieron prestamente á la torre, y Floripes y sus damas con ellos, y se les dobló el placer cuando conocieron el estandarte, y las armas de Carlo Magno. Supo asimismo el almirante Balán que estaba cerca de su real, y el rey Cosdoro le aconsejó que hiciese apercebir toda su gente, y antes que llegase á un valle por donde habian de pasar los cristianos, que les diesen batalla. Aprobó el almirante Balán su consejo por bueno, y mandó luego apercebir su gente, y apercebida, y encomendada á los capitanes, hallaron ciento y ochenta mil hombres de pelea. El emperador Carlo Magno llegó aquel día á la entrada del valle, y tomóle allí la noche, y se quedaron sin tienda alguna que las habia dejado en Mantible; y venida la mañana, mandó el emperador armar toda su gente, y se hallaron cincuenta mil cristianos. Viendo Fierabrás toda la gente apercebida para dar batalla al almirante su pa-

dre, dijo al emperador Carlo Magno: Muy noble y poderoso señor, por los servicios que te entiendo de hacer, te suplico me otorgues una merced. Y Carlo Magno le dijo, que pidiese lo que quisiese, que ninguna cosa le seria negada. Y Fierabrás le dijo: Ya sabes, muy magnífico Señor, cuanto deben los hijos á sus padres. Aunque mi padre es turco, y yo cristiano, no por eso he perdido el amor que le debo; antes queria trabajar que dejase sus dioses y engañosos ídolos, y meterle en el verdadero camino de la salvacion; y sobre esto queria que le enviases de tu parte y mia un mensagero que le amonestase de ello, diciéndole, que si se vuelve cristiano le harás toda cortesía; y si no, que le tratarás como enemigo mortal, sin haber de él ni de los suyos piedad alguna. Y Carlo Magno le dijo: Mucho me place de esto, señor Fierabrás: vaya luego el mensagero que para ello os pareciere suficiente; y por el mucho amor que os tengo, quiero hacerle este partido: que de toda su tierra y hacienda no le tomaré nada, solamente que de ellas pague un pequeño tributo; y Fierabrás le besó la mano por ello. Preguntó el emperador á sus consejeros quién les parecia que se enviase al almirante Balán; y acordaron enviar á Galalón, porque era muy sagaz y elocuente. Mandóle llamar Carlo Magno, y le dijo delante de Fierabrás y

de los otros caballeros: Mi amigo Galalón, nos os habemos escogido para que lleveis embajada al almirante Balán; y Galalón le dijo que de grado lo haria. Direis al almirante que yo y su hijo Fierabrás le rogamos que se vuelva cristiano él y toda su gente, y que me envíe mis caballeros; y si esto hace, no pasaremos adelante, y le dejaré toda su tierra pagando un muy pequeño tributo de ella; y si esto no hace, que sin ninguna piedad le perseguiremos hasta darle la muerte, ó echarle de todas sus tierras. Galalón, armado de todas armas, cabalgó en un poderoso caballo, y con una muy gruesa lanza en la mano se fue para el real del Almirante Balán, que estaba apercebido con toda su gente para dar batalla á Cárlo Magno; y llegado Galalón á las primeras guardas lo quisieron prender, y cuando supieron que era mensajero, le dejaron pasar. Llegado á la tienda del almirante Balán, dijo que era mensajero del Emperador Cárlo Magno y traia una embajada al almirante Balán; y sabiéndolo el almirante, salió de su tienda armado de todas armas, con una acha de armas en la mano, y le preguntó qué era lo que buscaba en su real. Y arrimado Galalón á su lanza, sin hacerle mucho acatamiento, le dijo: el muy poderoso, noble y temido emperador Carlo Magno, y el muy valeroso caballero Fierabrás tu hi-

jo, doliéndose de la perdicion de tu alma, me enviaron á ti para que te digese, que dejases á tus dioses Mahoma, Tavalgante, y los otros que te tienen engañado, y que recibas el bautismo, como hizo tu hijo, y creyeres en nuestro Señor Dios verdadero, hacedor del cielo y de la tierra, y que envíes al emperador Cárlo Magno sus caballeros, que tienes presos, y las santas reliquias que en tu poder tienes; y si esto haces, á ruego de tu hijo, es contento el emperador de dejarte todas tus tierras y riquezas, pagándole algun tributo por ellas; y si esto no haces, te hará morir de mala muerte, ó te echará vergonzosamente de toda vuestra tierra. Hubo tanto enojo el almirante Balán de esto, que por poco perdiera el seso, y con mucha ira dijo á Galalón, amenazándole con la acha que en las manos tenia: osadamente hiciste tu embajada, y me amenazaste en mi real; y porque eres enviado no te mando dar el castigo que mereces; y puedes conocer el poco querer que el emperador tu señor contigo tiene de enviarte á donde lícitamente se te pueda dar la muerte: mas mira que no vuelvas otra vez con tal embajada, si no tuvieres deseo de poco vivir. Y Galalón le dijo: no creas, almirante Balán, que tan poco amor tengamos al emperador Cárlo Magno, que por ningun peligro de este mundo dejemos de hacer

su mandado; y mira que lo que digo, te importa mucho, y dame la respuesta que bien te pareciere, porque se detenga la gente que ya está puesta en orden, y muy deseosa de darte la batalla, no venga presto á dar fin á ti y á tu gente. Viendo un caballero el enojo del almirante, dijo á Galalón: Porque otro no se atreva á hablar demasiado, es razon que tu seas castigado; y diciendo esto alzó una maza de hierro con dos manos para herirle con ella, y Galalón que lo vió, tomó presto su lanza, y le dió con ella en los pechos, que le pasó á la otra parte, y cayó muerto á los pies del almirante Balán, el cual dió muy grandes voces á su gente que prendiesen á Galalón, y él se puso en huida por el camino por donde habia venido, y fue seguido de mas de veinte mil paganos; mas llevaba un caballo muy ligero, y no le pudieron alcanzar. Y el noble Don Roldán y los otros caballeros que estaban en la torre, lo vieron salir del real á rienda suelta, y conociendo que era cristiano, dijo el duque de Naimés: este parece en sus armas á Galalón, y será venido con embajada al almirante Balán: plegue á nuestro Señor Dios de librarle de tal peligro; y Galalón corrió sin parar hasta que subió una cuesta no muy apartada del real; y cuando se vió encima de la cuesta, se volvió á

mirar los que le seguian, y vió un turco muy grande de cuerpo y armado de muy lucidas armas, y con él venia Tenebre, hermano del rey Sortibrán, y venia buen trecho delante de todos los otros, y con magnánimo corazon los esperó, y encontró al uno con la lanza, de manera que dió con él y con su caballo en tierra; y volviéndose para el otro, le dió tan fuerte golpe en la cabeza con la espada, que le cortó el yelmo y la cabeza hasta los ojos; y viendo la gran multitud de enemigos que le seguian, volvió la rienda al caballo para donde estaban los demas cristianos esperándole. Todo esto vieron los de la torre, y fueron muy maravillados de ver hacer tales cosas á Galalón; y siguiéronle los paganos hasta que vieron el ejército de Carlo Magno, que viéndole, dieron prestamente la vuelta, y contaron al almirante y al rey Sortibrán lo que les habia sucedido. Cuando sortibrán supo que su hermano era muerto, hizo gran llanto, amenazando á Carlo Magno y á su gente, y de esto plugó al almirante, porque con mayor esfuerzo saliese á la batalla contra los cristianos.

CAPITULO LIV.

Como el emperador Cárlo Magno hizo tres batallas de su gente, y como acometieron á todo el poder del almirante Balán, y de las grandes valentias que hizo el emperador.

Legado Galalón delante de Cárlo Magno, le dijo: Muy poderoso emperador, el almirante Balán no quiere ser cristiano, ni quiere oír hablar de ello, ni tiene en nada tu poder ni tu noble egército: ya tiene apercebida toda su gente con deseo de darte batalla, y tuvo gran enojo de lo que le dige: un caballero de los suyos alzó una maza de hierro para darme con ella, y delante de él yo le metí la lanza por los pechos, y quedó muerto á sus pies, y me siguieron diez mil de á caballo para prenderme, y á los dos que delante venian derribé en el suelo, y vine huyendo por escapar de los otros. Entonces mandó el emperador á Fierabrás, al duque Regner y á Ricarte de Normandía ordenasen sus batallas, y fue muy bien repartida la gente en tres batallas; la primera dió á Ricarte de Normandía, la segunda al duque Regner, y la tercera guiaron él y Fierabrás; y puestos todos en orden mandó tañer sus trompetas y atabales, y hubieron de ello gran pla-

cer los caballeros de la torre, y sin salir de órden los cristianos marcharon hácia el real del almirante Balán. Cuando el Rey Brulante, Sortibrán y Tenebre, que tenían cargo de guiar los egércitos del almirante, supieron que el emperador Cárlo Magno venia, ordenaron asimismo sus batallas, y pusieron su gente en ordenanza, y suplicó el rey Brulante al almirante, que le dejase la primera batalla, y él se la dejó, y le dijo: Si topares con Cárlo Magno, ó con Fierabrás, no los mates, que quiero hacerles quemar con Floripes y con los que estan en la torre. Estando ellos en esto vieron asomar al noble emperador con su gente, y Brulante les salió á recibir con cien mil paganos, y adelantándose gran trecho de su gente, á grandes voces empezó á decir: O noble emperador Cárlo Magno, á dónde estas? Apártate de tu gente, como yo de la mia, y empezaremos los dos viejos esta batalla; vente seguramente para mí, que mi gente no se moverá hasta que vean el fin de nuestra batalla; no serás digno de alabanza, si no participas de las afrentas que esperas; no consientas que los mancebos ganen toda la honra, y mira que de tu misma gente serás tenido en poco, si de la gran batalla de un rey solo te desvías, y no menos viejo que tú. Oyendo Cárlo Magno las voces del pagano, tomó luego

una muy gruesa lanza para salir á la batalla; y viendo esto Fierabrás, saltó del caballo, y se puso de rodillas delante de él, suplicándole que en ninguna manera saliese á la batalla, ofreciéndose salir á ella, diciéndole que en su vida se encerraba la honra de toda su gente, y que á mas de eso el pagano era muy buen caballero, y muy diestro en las armas, y lo mismo rogaron Ricarte de Normandía, el duque Regner y los otros caballeros, y él les dijo: Señores, en mucha merced os tengo vuestra buena voluntad, mas no hallo razon alguna para dejar esta muy cruda batalla, que aunque uno de vososros supla por mi persona, no suplirá por mi honra: ¿cómo tendrán los míos deseo de pelear, si ven que yo me aparto de la pelea? No solamente los caballeros han de ser diligentes en ordenar sus gentes, mas osados para llevar la delantera en los mayores peligros: asi propongo de comenzar esta batalla, porque vosotros con mayor esfuerzo entreis en ella, y me parece que soy digno de reprehension por detenerme tanto. Y mandó á su gente que ninguno se atreviese á salir en su favor hasta ver el fin de la batalla, y salió al campo con el pagano que le estaba esperando, y él le preguntó si era el emperador Cárlo Magno. Y desde que fue cierto de ello, tomaron del campo á su placer, y entraron con toda la fuerza que los caba-

llos pudieron llevar, y cayeron entrambos de sus caballos, sin que en ninguno se conociese ventaja; y con grande esfuerzo echaron mano á sus espadas, se dieron tales golpes, que los mancebos que les miraban les tenían envidia. Viendo el emperador Carlo Magno que por la fuerza de las armas no se podían herir, confiando en la mucha destreza que tenía en juego de lucha, queriéndole el pagano tirar un gran tajo, se metió con él y dejó la espada, y le abrazó por el cuerpo, y dió con él en el suelo, y con el puñal le cortó los lazos del yelmo y la cabeza, y vuelto para los suyos, fue servido luego de caballo y de lanza, y mandó que la gente fuese delante con buen orden, y lo mismo hicieron los paganos; y llegados los unos con los otros, hubo tan gran matanza, que los muertos cerraban el paso á los vivos, é hizo Carlo Magno tales hechos, que los suyos estaban admirados, y los enemigos atemorizados; y entre los turcos habia un rey llamado Tenebre, el cual hacia gran daño en los cristianos, y á muchos quitó la vida; y viéndole un caballero cristiano, que se llamaba Juan de Pontoysa, fue para él con una lanza, y el pagano le esperó osadamente, y del encuentro cayó Juan de Pontoysa en el suelo, y luego fue muerto, y el pagano puso mano á la espada, y mató otro caballero

anciano, que se llamaba Hegeo de Guarnier, y andaba por el campo llamando á grandes voces al noble emperador Carlo Magno y á Fierabrás, amenazándoles de darles la muerte. Y oyendo esto Ricarte de Normandía se fue para él, y le dió tan grande golpe con la espada, que el escudo le cortó en dos piezas; y el pagano le dió tal golpe encima del yelmo, que le hizo caer de pechos sobre el arzon de la silla; y queriéndole dar otro, tiró Ricarte de Normandía un rebés con toda su fuerza, que le cortó la mano derecha por la muñeca; y queriendo volver rienda para huir, Ricarte de Normandía le dió otro golpe encima del yelmo, y resbalando la espada le cortó la cabeza al caballo, y luego un peon le cortó la cabeza al caballero; y de la otra parte estaba Carlo Magno y Fierabrás haciendo tanta matanza en sus enemigos, que grandes arroyos de sangre corrían por el campo, y traían las armas todas ensangrentadas, y fue forzoso á los paganos retirarse hasta donde estaba el almirante en compañía de sus reyes, y de cien mil hombres, que no habían aun salido á la batalla; y cuando supo que Brulante su querido hermano era muerto, llorando y mesando sus Barbas y cabellos, llamó un sobrino suyo llamado Tempestes, y á Sortibrán de Coimbres su secretario, y les dijo estas razones: señores, y muy especia-

les amigos: sabed como mi, dioses me son contrarios en todo: yo no sé si les faltó el poder, ó si acaso tienen hechas pacés con los cristianos; yo veo muy cercana mi muerte: si me pudiese ver vengado solamente de Cárlo Magno, alegremente la recibiria. Por tanto, pues, os ruego y encargo que mireis con diligencia por el campo si lo podeis ver, porque me pueda vengar en su persona; y ellos llorando amargamente de lástima que de él tenian, le prometieron de hacerlo.

CAPITULO LV.

Como Sortibrán de Coimbres fue muerto á manos del duque Regner, y de las correrías que el almirante

Balán hizo contra los cristianos.

Mandó el almirante Balán que la gente que en su compañía habia quedado, fuese compartida en dos escuadrones: él y Tempestes su sobrino guiaron el uno, y Sortibrán el otro, tañendo añafles y vocinas, puestos en buen orden empezaron á dar cruda batalla á los cristianos. Y Sortibrán de Coimbres acometió con gran denuedo en la batalla al duque Regner; y viendo cuan feroz andaba entre toda su gente, tomó una gruesa lanza y se fue para él; y desde que Sortibrán le vió, pidió una gruesa lanza á los suyos, y con grande esfuerzo le salió al encuentro y rompieron las lanzas en muchas piezas, y echa-

ron prestamente mano á las espadas, y se dieron tan recios golpes, que en poco rato entrambos escudos cayeron en el suelo hechos pedazos, y dándose con las espadas, el duque Regner le cortó las guardas de su espada y la manopla, y los dedos de la mano, y le dió luego otro recio golpe encima del yelmo, que le derribó del caballo aturdido, y allí le acabaron los peones, y pasó el duque Regner adelante derribando muchos de sus enemigos, así caballeros como peones.

Cuando el almirante Balán supo que Sortibrán era muerto, como desesperado y fuera de todo sentido, echando espuma por la boca, y grande abundancia de lágrimas por los ojos, decía: ¡Oh Sortibrán mi especial amigo y leal secretario! por qué me dejaste en tiempo de tanta necesidad? mas no me maravillo que me dejases y huyeses de mi compañía, pues viste que mi hijo hoyó de ella, y en compañía de mis enemigos me hace cruel guerra; y mi hija no solamente me aborrece, mas como mortal enemiga, en pago de mis beneficios, entregó mi fortaleza, y mi misma persona á mis enemigos; y lo mas que me affige, que mis dioses, á quien tantos servicios he hecho, y he gastado tantos tesoros por honrarlos, son mis contrarios, y favorables á mis enemigos. ¿Pues cómo podrás tú tener firmeza conmigo, pues no me tuvo lealtad mi propia

sangre? Mas soy cierto, que si tú pudieras no me dejáras, y me fueras mas leal que mis propios hijos, y por esto te seguiré luego, por estar en tu compañía; y si algun tanto me detengo, no me culpes, que no será mi tardanza sino cuanto vengue tu muerte, y no creas que para ello me falten las fuerzas, que aunque la edad me las haya enflaquecido, me las han acrecentado el dolor de tu muerte y la ingratitud de mis hijos; y diciendo esto, pidió una gruesa lanza, y como un leon hambriento entró entre los cristianos, y encontró luego con un caballero con tanta fuerza, que con él y con el caballo dió en el suelo; y encontró otro, y le sacó de la silla, y con el pedazo de la lanza encontró otro, que sin lanza estaba, y le derribó, y echó mano á la espada llamando á grandes voces al emperador Cárlo Magno. Oh Cárlo Magno, dónde estas? Pues en la Turquía entraste en busca mia, ¿por qué huyes ahora de mí? Solo por topar contigo y vengarme en tu persona, entré en esta batalla; grande honra sería á tu imperial corona, si con tus propias manos me dieses la muerte; y gran consuelo llevaria mi alma, si primero bañate mi espada en tu sangre. Vente, pues, para este viejo cano, que tantas veces has amenazado, no hayas piedad de quien de los tuyos no la tiene, ni menos la tendrá de ti. Y diciendo

esto y otras muchas cosas, se cubrió del escudo, y apretó la espada en el puño, y como desesperado se metió en los cristianos, y en poco tiempo derribó treinta caballeros, y atropelló mas de doscientos peones; y mirando su espada y sus armas, que muy teñidas estaban en sangre de los cristianos, empezó de nuevo á llamar al emperador Cárlo Magno, y desde que vió que no lo podia hallar, entró con gran denuedo en los cristianos, haciendo gran matanza entre ellos. Todo esto estuvo mirando Fierabrás, y maravillado de las hazañas de su vi-jo padre, estaba puesto en confusión; pesábale de la muerte de los cristianos, y le temblaban las carnes cuando pensaba de poner las manos en su padre: tenia vergüenza, porque no servia lealmente á su señor el emperador Cárlo Magno; y queriendo evitar el daño que el almirante hacia en los cristianos, y el amor de padre, se volvia del camino, y cuando veia la muerte de los cristianos, de su misma lealtad era combatido; y el almirante jamás descansaba derribando caballeros y peones; y viendo un caballero, que se llamaba el conde Milon, armado de muy lucidas armas, y traia el yelmo muy dorado, y conociendo que era hombre principal, se fué para él con muy grande esfuerzo, y el conde Milon le esperó valerosamente, y se dieron muy grandes golpes, y el conde quebró su

espada por junto á la empuñadura, y el almirante le dió á su salvo tan gran golpe, que le hizo doblar el cuerpo, y juntar la boca con las ancas del caballo, y le tomó en los brazos y le atravesó en el pescuezo del caballo, y dió vuelta para su gente, pensando que por él le haria algun partido el emperador Cárlo Magno. Viendo esto Fierabrás, formado de lealtad, y del mucho amor que ya á los cristianos tenia, arremetió á rienda suelta para quitárselo, y queriéndose-lo estorvar Tempestes, Rubion y otros caballeros, echó mano á la espada, y mató luego á Tempestes y otros seis caballeros que venian con el almirante Balán, y se llegó á su padre, y le tomó el caballero sin hacerle mal alguno, y el almirante le quiso conocer, así en la cortesía, que con él usaba como en el grandor del cuerpo, y le dijo: ¿eres tú Fierabrás mi hijo? Y él le dijo que sí. Entonces viendo el almirante que mató delante de sus ojos á Tempestes su sobrino y los otros caballeros, aunque quisiera vengarse, no tuvo esfuerzo para herirle, ni aliento para hablarle, y desmayado cayó sobre el arzon delantero, y se abrazó con él, por no caer del caballo; un caballero cristiano le quiso herir, mas Fierabrás se puso delante, y no lo consintió, y no se apartó de él hasta que tornó en sí; y cuando fue tornado en sí, le dijo Fierabrás: ¡cuánto bien me haria Dios

padre mio, si dejases los ídolos y conocieses al verdadero Dios que te crió! Y el almirante le dijo: Mayor merced me hicieran mis dioses, si tú no nacieras; y viendo Fierabrás una multitud de turcos sobre el estandarte de Carlo Magno, dejó al padre, y fue para ellos con tal denuedo, que en poco rato los desbarató y derribó.

CAPITULO LVI.

Como los diez caballeros salieron de la torre y entraron en la batalla; y como el almirante fue preso.

Era tanta la multitud de los paganos, que no se podia dar fin á la batalla, que continuamente venian gran cantidad de turcos de muchas partes: viendo esto los diez caballeros que estaban en la torre, y que los que la guardaban eran idos al valle, salieron de ella, y sin estorvo alguno de sus enemigos tomaron sendos caballos de los que andaban sueltos por el campo, y caballeros en ellos, con las espadas en las manos se metieron en la batalla; y sabiéndolo el almirante, recogió gran parte de su gente, y los quiso atajar el camino, porque no se juntasen con los otros, y allí hubo muy cruda batalla, y fue tanta la matanza de los paganos, que todo el campo estaba cubierto de sangre, y de cuerpos muertos. Sabiendo el almirante Balán que los

diez caballeros se habian juntado con los otros, dijo: ahora es muy cierta la perdicion mia y de mi gente: y apartado algun tanto de los suyos decia: ¡Oh Mahoma engañador! ¿en qué te deserví, que tanta enemistad tienes conmigo? ¿Por qué me digiste que ganaria la torre, y me prometiste el vencimiento de la batalla? Bastábate engañarme una vez, y no tantas; y si de mí tenías enojo, ¿por qué consentiste que lo paguen mis inocentes caballeros? Vuélvete, pues, si algun poder tiene tu ira sobre mí, y no consentas que pague tanta gente los yerros que yo cometí. Diciendo esto y otras razones de grande lástima, fueron los suyos desbaratados, de tal suerte, que el que mas huia, pensaba que mejor hecho hacia. Mas no por eso quiso el almirante volver la cara á sus enemigos, antes los esperó con grandísimo corazon, y pensando dar á un caballero con la espada en la cabeza, cortó todo el cuello del caballo; y viéndose el caballero á pie, mató allí mismo el caballo del almirante, y fue luego conocido, y á ruegos de Fierabrás no le mató; mas sin hacerle mal alguno le llevaron delante de Cárlo Magno, el cual estaba con grande placer con sus caballeros, y ellos estaban contando las desdichas que les habian acaecido, y lo que pasaron en la torre, y los beneficios que de Floripes habian recibido.

CAPITULO LVII.

Como el almirante Balán, por ruegos, ni por amenazas, nunca quiso ser cristiano; y como Floripes fue bautizada, y casada con Guy de Borgoña, y fueron coronados reyes de toda aquella

tierra.

Llegado el almirante Balán á Cárlo Magno, fué de él muy bien recibido, y le mostró mucho amor, pensando que se tornaria cristiano; y el emperador fue con sus caballeros á la torre donde estaba Floripes con sus damas; y como ella supo su venida, se vistió de los mejores vestidos que tenia, con muchísimas joyas de muy grande valor, asimismo sus damas, y le salieron á recibir á la puerta de la torre, y le besaron la mano, y él besó á Floripes en el carrillo, y fue muy maravillado, así de su hermosura, como de las riquezas de los vestidos, y se estuvieron allí en grande placer hasta otro dia. Venida la mañana, mandó Cárlo Magno llamar á Fierabrás, y díjole: Quería, Señor Fierabrás, que hablásemos con el almirante vuestro padre, para que queriendo ser cristiano, se le hiciese por vuestro amor mucha honra; y Fierabrás le suplicó que se lo dijese él mismo. Mandóle llamar el emperádor, y venido el almirante, le dijo: Señor almirante, todas las criaturas

racionales deben dar singular honra y alabanza á aquel que les dió el ser, conocimiento y vida, y es justa cosa que se dé toda honra y reverencia al que hizo el cielo y la tierra, y todo lo que en ellos esta, pues que es superior á todas las cosas criadas; y caen en muy grande simpleza los que ponen su esperanza en las cosas que ellos hacen por sus manos, hechas de materia insensible; por lo cual te ruego, que por la salud de tu alma quieras dejar tus engañosos dioses, ó ídolos, y creas en la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu santo, y que recibas el santo bautismo, como ha hecho tu hijo Fierabrás: y si esto haces, allende de salvar tu alma, librarás tu cuerpo de muerte y no perderás tus tierras, ni tu hacienda, que por amor de tu hijo te hago merced de todas ellas. Y el almirante le respondió que en ninguna manera tal cosa haria. Oyendo esto Carlo Magno, sacó su espada, y dijole: Si no fuera por amor de tu hijo Fierabrás, tu respuesta, y tus dias se acabáran en un punto; mas si no te bautizas, yo te mandaré matar. Y el almirante le dijo: Cárlo Magno, no manda eso la ley de Jesucristo tu Dios, que á nadie hicieses fuerza en tal cosa, que la verdadera creencia, del corazon ha de proceder: por tanto, no procures de hacerme consentir lo que no creo; y viendo esto Fierabrás, se puso de ro-

dillas delante de su padre, y le rogó que hiciese lo que el emperador le decia. El almirante hubo miedo de morir, y dijo que le placia; y Carlo Magno, y todos sus caballeros hubieron grande placer de ello y fueron aparejadas las cosas para ello necesarias y muy cumplidamente con mucha honra; y estando ya el almirante sobre la pila donde habia de ser bautizado, le dijo un arzobispo: Señor almirante, negais de puro corazon todos vuestros ídolos, que tanto tiempo os han traído engañado? Creéis en nuestro Redentor Jesucristo, el cual nació de la Virgen Santa María, señora nuestra, siendo vírgen antes del parto, en el parto, y despues del parto? Entonces el almirante, temblando como azogado de muy grande enojo, y la cara encendida como desesperado, dijo que no; y escupió en la pila, en menosprecio del santo bautismo, y alzó la mano, y dió al arzobispo en la cara, y le hizo saltar la sangre por la boca, y por las narices, y le tomó por los cabellos, y le ahogára en la pila, si no se lo quitaran; y de esto fueron todos maravillados, y si no fuera por Fierabrás le mataran súbitamente. Viendo esto Carlo Magno, mandó llamar á Fierabrás, y le dijo: Bien habeis visto lo que hizo vuestro padre, y no fue tan liviano su yero, que no mereciese cruel muerte por ello; mas por vuestro amor no se le

ha hecho mal alguno: por tanto, ved que que-
reis que se haga de él, que entre nosotros no es
de consentir tal hombre. Y Fierabrás le suplicó,
que por aquel dia, y aquella noche siguiente
hubiese paciencia, y si á otro dia no se bautiza-
ba, que hiciese de él lo que bien le estuviere;
y Carlo Magno fue contento de ello, y estuvo
Fierabrás todo aquel dia, y aquella noche ro-
gando á su padre que quisiese ser cristiano, mas
no quiso venir en ello; y venida la mañana, se lo
rogó el emperador Carlo Magno nuevamente;
mas ninguna cosa aprovechó. Viendo esto Flo-
ripes, dijo á Carlo Magno: Señor, para qué
gastais tanto tiempo con el almirante, que jamás
será buen cristiano? Mandale matar y será sa-
carle de pena, y á ti de enojo. Y Fierabrás la
respondió. En esto veo, mi buena hermana, la
poca virtud de las mugeres, que por cumplir
sus deseos, ninguna cosa dejaron de hacer: por
traer á efecto tus carnales placeres con Guy de
Borgoña, vendiste á tu padre, y á todo tu lin-
age, y foiste causa de la muerte de mas de cien
mil hombres; y no contenta con esto, despues
de vencido el cuerpo, quieres que se pierda el
alma, rogando que le maten sin recibir el bau-
tismo. Y ella dijo: No creas, hermano, que no
me pese de la muerte de mi padre, y de la per-
dicion de su alma; mas sé de cierto, que aun-

que por vuestros ruegos, é importunaciones reciba el santo bautismo, que jamás será buen cristiano. Y vuelto Fierabrás á su padre, le dijo: Suplicote, padre mio, que creas en Dios todopoderoso, que hizo el cielo y la tierra, y te hizo á su semejanza, y en Jesucristo su hijo, que murió en el árbol de la cruz, porque nuestras almas no fuesen perdidas. Y él dijo, que de ninguna manera tal cosa haria; y que no le hablasen mas de ello, que mas queria morir; y Fierabrás dijo á Cárlo Magno, que hiciese de él lo que le estuviese bien, y mandó que se lo quitasen de delante, y los peones lo llevaron al campo, y le mataron; y Florípes hizo llamar los caballeros que habian estado en la torre, y les dijo, que les rogaba que cumpliesen lo que habian prometido; y Roldán la dijo, que tenia razon, y dijo á Guy de Borgoña: Señor, primero será bien que ordenemos que Florípes reciba el santo bautismo, y despues entenderemos en vuestros desposorios y bodas; y Guy de Borgoña dijo que le placia, y se lo dijeron al emperador, y mandó al arzobispo que hiciese aparejar las cosas necesarias; lo cual fue hecho con puntualidad, y la bautizó sin mudarla el nombre tampoco, como á su hermano Fierabrás, y fueron padrinos Cárlo Magno, el duque Regner, y Tietri, duque de Dardania, y luego fue-

ron desposados, y otro dia se velaron, y fueron hechas las bodas segun á tales señores pertenecia. Envió Carlo Magno en todas las provincias del almirante á amonestar las gentes que dejasen los ídolos, y creyesen en la fe de Cristo; y recibiesen el santo bautismo, prometiéndoles hacer muchas mercedes; y si no, que les haria morir á mala muerte, ó los cautivaria. En poco tiempo fueron todos bautizados: dió el noble Carlo Magno una parte de las tierras del almirante á Fierabrás, y la otra parte dió á Guý de Borgoña y á su muger, y con la corona del almirante los coronó por reyes de aquella tierra; con que la tuviesen por él, y en su nombre, y estuvo Carlo Magno en aquella tierra dos meses en gran placer, hasta dejarla toda quieta y pacífica.

CAPÍTULO LVIII.

Como Floripes dió las santas reliquias á Carlo Magno, y como hizo Dios un grande milagro delante de todo el pueblo.

Carlo Magno cuando vió toda la tierra pacífica, y que los turcos de su grado se habian tornado cristianos, propuso de volverse para Francia, y llamó á Floripes, y la dijo: Hija yo me quiero volver para mi tierra, y tengo un gran deseo de ver las reliquias que vos teneis;

y las quiero llevar á tierra de cristianos, porque sean mas bien guardadas y veneradas, y vos quedareis en esta tierra con vuestro marido Guy de Borgofia, y con vuestro hermano Fierabrás. Ella le demandó perdon porque antes no se las habia enseñado, y entró por el cofre, y se lo trajo, y queriéndoselo dar, quedó el cofre en el aire entre las manos del emperador, y las de Floripes, y fue causa de desarraigar alguna incredulidad que en su corazón habia quedado; y el emperador y los otros caballeros puestos de rodillas, y llorando con mucha contrición de sus pecados, dieron infinitas gracias á nuestro Señor por las mercedes que les hacia; y el arzobispo tomó el cofre, y dijo: Verdaderamente estas son las santas reliquias que tanto tiempo habemos buscado, y las sacó de una en una, y las mostró á los que presentes estaban, y salió muy suave olor de ellas, y fue Floripes muy maravillado de ello, de que cuantas veces las habia sacado, nunca habia sentido aquel olor hasta entonces; y esto causó la gran virtud del santo bautismo, y fue de allí adelante muy constante y firme en la fe de Cristo, y asimismo Fierabrás su hermano; y estando Carlo Magno de rodillas delante las santas reliquias, dijo: Todo poderoso Dios, que me disteis victoria contra mis enemigos, y me disteis gracia para que hallase

sus santas reliquias, y las sacaste del poder de los infieles, á ti doy gracias é infinitos loores, y te suplico que por tu santísima piedad me des gracia que las pueda llevar á Francia, y me quieras enseñar el lugar donde eres servido que estén; y el arzobispo los bendijo á todos con las santas reliquias; y queriéndolas volver al cofre, vió el emperador que estaban en un viejo cendal colorado envueltas, é hizo traer un paño de brocado en que se envolvieron, y el cendal dobló muy bien, y se lo metió en el seno. Puestas las santas reliquias en el cofre, dijo Carlo Magno á Guy de Borgoña, y á Fierabrás: hijos y muy nobles caballeros, yo os ruego que tengais vuestras tierras en mucha paz, y hagais justicia así á los menores, como á los grandes, y que tengais vuestras fortalezas guarnecidas de pertrechos, porque os podais resistir algunos dias, si los turcos viniesen sobre ellas; y no fatigais ni maltrateis vuestros vasallos, antes siempre procurad de ser bien quistos de ellos, y serán las principales fuerzas de vuestras tierras. Que mandeis asimismo hacer iglesias donde se celebren los officios divinos, y se sirva, y alabe á aquel verdadero Dios y Señor que tantas mercedes nos ha hecho; y mandareis guardar vuestras fronteras, porque si alguna mudanza hubiese en vuestros vecinos, esteis apercebidos para

guardar vuestras tierras. Habeis asimismo de hacer instruir vuestros vasallos en la fe de Jesu-cristo, y tendreis buenos predicadores, y hombres de buena vida, para que les enseñen. Procurad asimismo desechar toda la heregia, y castigad por justicia á los que errasen. Y porque tengan temor vuestros vasallos, y los tengais mas sujetos, os quiero dejar quince mil hombres de pelea, los cuales os encomiendo que sean muy bien tratados. Dicho esto se despidió de ellos, y le besaron las mano, y asimismo Floripes, y sus Damas; é hizo Floripes tan gran llanto al despedirse de Roldán y de Oliveros, y de los que en la torre habian estado cerrados, que no podian Carlo Magno, y Guy de Borgoña su marido consolarla; y bañada en lágrimas, y sollozos, que la querian ahogar, dijo al emperador, que no recibió tanta pena en la torre cercada de sus enemigos, quanto sentia en apartarse de ellos; y viendo que no se escusaba la partida, con infinitos suspiros y lágrimas, abrazándoles uno á uno, se despidió de ellos; y queriéndose despedir Roldán de su primo Guy de Borgoña, se le puso un nudo en la garganta, que una sola palabra no le dejó hablar; y Guy de Borgoña, con mas lágrimas que razones, le dijo: A gran dicha tendria señor, que otro recibiese las mercedes del emperador Carlo Mag-

no, y se quedase con todas las tierras del almirante, porque no me apartase yo de vuestra compañía. Y Roldán, esforzándose cuanto pudo le dijo: Gran pesar siento en la partida, mas no se puede excusar, pues Carlo Magno lo ha asi ordenado. De la despedida de Oliveros y de Fierabrás no escribo, por no ser causa de dolor á los que leyeren; mas pesó tanto al noble Fierabrás, que puesto de rodillas delante del emperador, le suplicó que no le dejase apartar de su compañía, diciendo que la estimaba mas que ser señor de gran parte del mundo: mas no consintió Carlo Magno que se hiciase otra cosa sino como él lo habia ordenado, y mandó luego tañer las trompetas, y poner la gente en órden para la partida: é yendo su camino adelante, se le cayó el cendal que traia en el seno en que habian estado envueltas las santas reliquias, y lo vieron los suyos en el aire, sin llegar al suelo, ni á ninguna parte, y fueron corriendo á decirlo al emperador, que delante iba; y volvió luego el arzobispo, y le pusieron en el cofre de las reliquias con mucha reverencia.

CAPITULO LIX.

Como el apóstol Santiago se apareció á Carlo Magno, y como fue guiado de ciertas estrellas hasta Galicia.

El noble emperador Carlo Magno, despues de muchos trabajos recibidos por ensalzar la fe cristiana, y despues de haber ganado muchas provincias de paganos, propuso de no seguir ya las guerras, y de apartarse á tener vida contemplativa, dando infinitas gracias á Dios, y alabanzas á su Criador, que tantas mercedes le habia hecho en la sujecion y vencimiento de sus enemigos. Y estando una noche mirando al cielo, que estaba muy estrellado, vió unas estrellas en gran concierto puestas, señalando de sí mismas un camino, y empezaba aquel concierto de estrellas desde la mar de Frigia, y pasaba por Alemania á Italia, y entre Francia y Aquitania pasaba por Gascuña a tierra de gascos y Navarra, las cuales provincias con grande trabajo y continuas guerras él habia traído á la fe de Jesu-cristo; y seguia aquel concierto de estrellas hasta Galicia, donde estaba el cuerpo de Santiago, y no se sabia aun lugar cierto, y miraba cada noche aquellas estrellas, y maravillado de ellas, decia entre sí que aquello no era sin grande misterio, y despues de haberlo mirado algunas

veces , con gran deseo de saber qué podía significar aquel concierto de estrellas , se puso en oracion , y rogó á Dios , que por su santa piedad le hiciese sabedor de ello. Estando una noche en este pensamiento , vió á deshora sobre su cama un hombre muy hermoso , y de gentil presencia , y el emperador Carlo Magno se quiso levantar para hacerle acatamiento , y él le dijo que se estuviese quieto ; y preguntóle , qué era lo que tanto deseaba saber ; y el emperador le dijo , que deseaba mucho saber qué significaba aquel concierto de estrellas . que nuevamente parecia ser en el cielo . y él le dijo : Sepas Carlo Magno , que yo soy Santiago , apóstol de nuestro Señor Jesucristo , hijo del Cebedeo , hermano de S. Juan evangelista , y enviado para decirte que aquellas estrellas puestas en aquel concierto te serán guía para llevarte á Galicia , al lugar donde está mi cuerpo en poder de paganos . y es voluntad de Dios que ganes aquella tierra , y la convertirás á santísima fe y creencia ; y despues de ganada harás un templo en mi nombre , donde vendrán de todas las partes de la cristiandad á ganar grandes indulgencias y remisiones de pecados , y esto durará hasta el fin del mundo . En esta manera que digo apareció Santiago tres veces al emperador Carlo Magno , y dende á poco tiempo allegó cincuenta mil hombres de pelea , y con ellos em-

pezó á seguir el camino que le enseñaban las estrellas; y pasó toda Francia y Gascuña, y el primer lugar que se le reveló fue la ciudad de Pamplona, que era muy fuerte y bien abastecida de todos pertrechos, y habia en ella grande número de turcos que salian muchas veces á escaramucear con los del real; y estuvo tres meses sobre ella sin hacerle mucho daño, que estaba muy cercada. Viendo Carlo Magno las grandes fuerzas de la ciudad, y que no la podia tomar sino por gran discurso de tiempo, no supo qué partido tomar sino encomendarse á Dios y al señor Santiago, por cuyo mandado se pusieron en aquel camino diciendo de esta manera: Señor Dios mio, Criador y Redentor, pues por tu mandado vine á esta tierra para que fuese ensalzada tu santísima fe; y tú señor Santiago, que fuiste medianero para que me fuese dado este cargo, os suplico humildemente que me sea dada gracia y poder para ganar esta ciudad, y que pueda traer este pueblo a verdadera carrera de salvacion, y desviarlos de sus grandes errores. Y diciendo esto Carlo Magno estaba de rodillas delante de un devoto Crucifijo que continuamente consigo traía, y antes que se levantase le dijeron como gran parte de la cerca de la ciudad se habia caido; y conociendo que convenia por la gracia de Dios, le dió infinitas gracias por ella, y mandó poner

su gente en ordenanza , y entró en la ciudad. Viendo los paganos que la cerca se habia caido sin apremio alguno , fueron muy espantados . y muchos de ellos se salieron por una puerta falsa , y asi desampararon la ciudad , y entrando Carlo Magno en ella , mandó que á los que quisiesen ser cristianos no hiciesen mal alguno , y que los otros muriesen á la espada. Y viendo los paganos el grande milagro que Dios mostró sobre la cerca , la mayor parte de ellos se convirtieron á Dios , y demandaron el bautismo , y lo mismo hicieron las ciudades del rededor ; y Carlo Magno mandó edificar iglesias y monasterios , y darles renta cumplidamente para que Dios fuese servido y alabado. Despues siguió su camino hasta que entró en Galicia , y en muy poco tiempo la señoreó toda , honrando siempre mucho á los que se tornaban cristianos , y matando á los que de ello se desviaban. Seguiale siempre de continuo el arzobispo Turpin , y por su propia mano bautizaba y doctrinaba á todos los que demandaban el santo bautismo ; y llegó hasta *Finibus Terræ* , que entonces se llamaba *Petronum* , y allí hincó la lanza en tierra , y puesto de rodillas dió infinitas gracias á Dios nuestro Señor , y al bienaventurado Santiago , por tan grandes mercedes como de él habia recibido en haberle dado poder para sujetar

tantos pueblos y tanta tierra, y tan fuerte en tan poco tiempo. Conquistó en Galicia y en todas sus comarcas diez y seis lugares y villas, todas muy fortísimas, entre las cuales ganó una muy bien pertrechada que se llamaba B-trossa, en donde se hallaban minas de plata; y otra que se decia Centiva, donde se halló el cuerpo de san Torqueste, que fue discípulo de Santiago, en cuya sepultura habia un pie de olivo, que cada año un día del mes de mayo producía flores y fruto muy abundantemente. Redujo asimismo á la fe de Cristo muchos pueblos en el reino de Portugal; algunos por fuerza de armas, y á otros que, por tantas virtudes y buenas costumbres que de él oían decir, espontáneamente se le entregaban. Puso su real sobre una ciudad que se decia Lucerna, la cual estaba en un fructífero y deleitoso valle, que se decia Valverde, y estuvo sobre ella cuatro meses; y viendo que no la podia ganar, antes siempre perdía de su gente, y que en toda aquella provincia no habia otra ciudad fuerte que rebelde le fuese, púsose en oracion, rogando á Dios y á su bendita Madre que le diese gracia para ganarla, y reducirla á su santísima ley, porque no maltratasen los pueblos cristianos que con ella confiaban; y Dios por su santa misericordia y piedad oyó su oracion, y delante de sus ojos ca, ó

gran parte de la cerca, y hubo muy grande mortandad á la entrada, asi de una parte como de otra; mas finalmente la señoó, y no halló en toda la ciudad una sola persona que quisiese conocer á Dios y recibir el santo bautismo, y mandóles matar á todos, salvo los niños inocentes, los cuales hizo sacar de la ciudad, y los mandó llevar á los lugares de los cristianos para que fuesen bautizados; y saliendo de la ciudad con toda su gente la maldijo, y á vista de los que con él estaban se hundió, é hizo un lago, donde despues se hallaban peces negros como carbon; y maldijo cuatro lugares, donde despues nunca habitó persona alguna.

CAPITULO LX.

Que habla de un grandísimo ídolo que fue hallado en una ciudad.

Trabajando Carlo Magno de continuo en la destruccion de la heregía, y encaminar las gentes en el verdadero camino de la salvacion de sus almas, y queriéndose ocupar en hacer edificar un templo á honra y nombre del glorioso y bienaventurado apóstol señor Santiago, le digeron como en las partes de Andalucía en una ciudad nombrada Salcadis en lengua arábica, que quiere decir en nuestra lenga el lugar del

grande Dios, habia un ídolo por sùtil arte hecho, y por arte mágica ordenado, y decíase que Mahoma le hizo por sus manos mismas, y habia encerrado en él por arte mágica una legion de diablos para guardarlo; y porque el pueblo diese mas crédito á sus engaños, lo guardaban los diablos con tanta diligencia, que ningun cristiano era osado á acercarse en el término de media legua: y si por acaso alguna ave se ponía en él luego se caía muerta, y cuando los paganos le iban á adorar, les hablaba y respondía á todo lo que le preguntaban; por eso ninguno osaba hurtar ni robar, y se guardaban de hacer otros muchos males, temiendo que el ídolo los descubriese; y por esto lo tenía aquel pueblo por verdadero Dios, y sabedor de todas las cosas, y era de cristal fino, tan grande como un hombre: estaba puesto encima de una piedra de jaspe maravillosamente labrada, tan alta, que á mala vez se podía divisar, y era la piedra en que estaba de ocho esquinas, y hecha por manos de grandes maestros, y muy gruesa por el pie, y delgada por arriba; y estaba el ídolo vuelto hácia el Mediodia, y tenía en la mano derecha una llave, y en la otra un dardo; y sabian los paganos por grande antigüedad, que cuando el ídolo dejase caer la llave que tenía en la mano, serian destruidos, y echados de sus tierras,

Y como supieron que el emperador Carlo Magno les venia á dar guerra, juntaron muy grande multitud de gente, y bien apercebidos y puestos en ordenanza, le salieron á esperar en el campo; y estando en esto, dejó el ídolo caer la llave que en la mano tenia, y ellos cuando estuvieron, atemorizados, teniendo su perdicion por muy cierta, enterraron todos sus tesoros y riquezas de valor, y se fueron huyendo, desamparando la ciudad, y dejando el ídolo: llegando el emperador Carlo Magno, entró en la ciudad sin resistencia alguna, y mandó derribar la piedra, y el ídolo, é hizo poblar la ciudad de cristianos.

CAPÍTULO LXI.

Como el emperador Carlo Magno mandó edificar la iglesia del señor Santiago en Galicia.

Despues que el emperador Carlo Magno hubo ganado aquella ciudad, y hubo destruido las heregias, y derribado aquel ídolo, que tantos pueblos traia engañados, se volvió para Galicia, y hizo fundar una hermosa iglesia en honra y alabanza del bienaventurado apóstol Santiago, y distribuyó gran parte de sus riquezas á los pobres, y tambien hizo grandes mercedes á los nuevamente convertidos, y estuvo en aquella provincia tres años; y viendo que la tierra es-

taba pacíficas, y las heregias del todo destruidas, se volvió para Francia; y llegando á Tolosa, mandó edificar otra iglesia en honra y alabanza del apóstol Santiago, y la abasteció de hermosas campanas, cálices de oro, y de capas riquísimas, y de todas las otras cosas necesarias, y dió gran renta. Hizo asimismo un muy rico hospital, y le dió gran renta; y á mas de estas iglesias, y otros hospitales y monasterios que fundó de sus propias rentas, fundó las iglesias siguientes: Primeramente en Aquisgran de Alemania mandó hacer una devota iglesia de nuestra Señora, muy hermosa y muy rica. En Viterbo, en tierra de Roma, mandó fundar una devota iglesia en nombre del señor Santiago, y la dió gran renta. En Gascuña mandó hacer otra iglesia tambien al apóstol Santiago, muy devota, y asimismo la dió gran renta. En Paris mandó hacer otra iglesia al señor Santiago, entre el Sena y el monte de los mártires; y no escribo de las iglesias pobres que reparó, ni los devotos monasterios y hospitales que fundó.

CAPITULO LXII.

Como un rey de Turquía pasó la mar con gran poder y tomó ciertos lugares de cristianos, y como Carlo

Magno los volvió á ganar.
Carlo Magno despues que fue vuelto para

Francia estuvo algun tiempo sin guerra, mas no por eso estuvo una hora ocioso, antes mandaba visitar muy á menudo las ciudades y villas de sus reinos, para saber si eran regidos con justicia, y si los grandes agraviaban los menores; visitaba asimismo todas las iglesias pobres, y los monasterios y hospitales, y los mandó reparar, y proveer de todo lo que les era necesario. Estando en este ejercicio un rey moro llamado Aigolante, vino de Africa con cien mil hombres de pelea en tierra de cristianos, y tomó muchos lugares, y mató muchos cristianos; y venido esto á noticia de Carlo Magno, doliéndose mucho de ello mandó allegar cincuenta mil hombres de pelea, y despues de bien armados y apercebidos, se puso en camino en busca del rey Aigolante, y llegados dos leguas de donde estaba, y certificado Aigolante de su venida, le envió sus embajadores, diciéndole que él habia pensado de qué manera no muriese mucha gente en la guerra que con él esperaba de haber; y era esto: Que le enviase veinte de sus caballeros, y que peleasen con ellos, que él daría otros veinte, ó cincuenta, ó ciento, ó mil contra mil, y que no se moviese ninguno hasta que los unos, ú los otros fuesen vencidos. Carlo Magno no queria consentir en ello, mas sus caballeros se lo rogaron mucho, y lo hubo de hacer; y mandó apercebir cien caba-

llos , y fue ordenado el campo entre el real de los cristianos , y de los moros. Venido el dia , duró la batalla desde la mañana hasta la tarde , y de los caballeros moros no quedó mas de uno ; y otro dia por la mañana envió Aigolante doscientos caballeros muy bien armados , y Carlo Magno envió otros doscientos , y plugó á Dios que la mayor parte de sus enemigos fuesen muertos , y los otros malamente heridos ; y Aigolante envió á rogar al emperador que enviase mil caballeros contra otros mil suyos , y luego fueron puestos en órden mil caballeros cristianos , y Aigolante hizo escoger entre todos los de su real mil caballeros turcos ; y puestos en camino , empezaron muy cruda batalla , mas finalmente murió la mayor parte de los turcos , y los otros volvieron rienda para su real , y los cristianos los siguieron hasta que se entraron entre los suyos , y se movió todo el real contra ellos : mas Aigolante los hizo muy prontamente volver , y pasaron tres dias sin que ninguno de ellos moviese. En estos tres dias hizo Aigolante hacer grandes experiencias á ciertos astrólogos que tenia , y le digeron , que si el emperador Carlo Magno prosiguiese por entonces la guerra , que perdería gran parte de su gente ; y entonces envió á decir á Carlo Magno que saliese al campo con toda su gente , que él saldría con

la suya, y Carlo Magno fue muy contento de ello, y mandó apercebir toda su gente, y ordenar su batalla: y el día antes de la batalla, estando los cristianos en campo llano, hincaron sus lanzas en el suelo, y venida la noche, las dejaron estar así hincadas, hasta el otro día de mañana, y mostró nuestro Señor un gran milagro, que las lanzas de todos aquellos que murieron en aquella batalla se hallaron verdes y floridas, con cortezas y raíces, y en aquel mismo lugar están los cuerpos de los bienaventurados mártires S. Facundo y S. Primitivo, en una ciudad que el emperador Carlo Magno mandó edificar y poblar de cristianos en honra de aquellos cuerpos, y en memoria de tan grande milagro, y cada uno tomó su lanza para salir á la batalla, y los que las hallaron verdes las cortaron hasta el suelo, y las repararon para poder servirse de ellas, sin saber lo que aquello significaba, aunque veían que era grande milagro, y no lo supo ninguno, salvo el emperador, á quien plugó á Dios fuese revelado. Y puesta la gente en ordenanza, y ordenada la batalla de la una parte y de la otra, se comenzó muy cruda batalla, y murieron en ella trescientos caballeros cristianos, hombres principales, sin los otros, y sin el peonage; entre los cuales murió el duque Milon, padre del noble caballero don Roldán, y mataron el caba-

llo á Carlo Magno: peleó á pie gran parte del dia, é hizo grandes proezas; y ya que llevaban los paganos lo mejor de la batalla, los caballos de los cristianos muertos entraron en la batalla, y pelearon con tanto concierto como si en ellos hubiera entendimiento; y venida la noche hubieron por bien de dejar la batalla, asi los unos como los otros, y plugó á Dios nuestro Señor que el dia siguiente, apercibiéndose los unos y los otros para la batalla, llegaron al real de Carlo Magno cuatro marqueses de las partes de Italia, cada uno con cuatro mil hombres de pelea, muy bien armados; y sabiendo esto Aigolante, empezó á huir secretamente hácia el mar y los cristianos lo siguieron y les tomaron todo el fardage, y las riquezas que traian, y el emperador Carlo Magno lo dió todo á los caballeros que le vinieron á ayudar, y otro dia se despidieron de él, y el emperador se volvió para Francia, y estuvo siete años sin guerra alguna, viviendo en vida contemplativa.

CAPITULO LXIII.

Como Aigolante volvió y envió á Carlo Magno que le quisiese hablar, y como Carlo Magno en hábito de mensagero fue á hablarle.

Como arriba di e, cuando Aigolante vió el socorro que de Italia habia venido á Carlo Mag-

no, se volvió para su tierra: cuando supo que el emperador se habia retirado á vida contemplativa, y que no curaba ya de guerra, pensó en sí que entonces tendría buen aparejo para hacer guerra á los cristianos, y tomarles su tierras. Convocó en su compañía nueve reyes paganos, y cada uno con toda la gente que pudo allegar, le vino á favorecer, y se hallaron en su servicio doscientos mil hombres de pelea, aunque habia muchos desarmados, y no diestros en las armas. Y con esta gente pasó á Gascuña, y tomo luego una ciudad, que se decia Agentes, y allí hizo su asiento, y deseaba mucho conocer de vista al emperador Carlo Magno, por ver su fisonomía, que por el valor de su persona ya lo conocia; esto hacia por conocerlo en las batallas: así se movió la mucha diligencia que puso Carlo Magno en juntar gente, cuando supo que habia aportado á Gascuña, no huyendo del gran trabajo de las guerras, ni curando del descanso, aunque su edad ya lo pedia, y por esto deseaba conocerle; y como supo que con muy lucida gente le venia á dar batalla, le envió tres dromedarios cargados de oro y plata labrada, y piedras de grandísimo valor, y le envió á rogar que quisiese ir á cierto lugar con poca gente, que él iria asimismo con algunos de los suyos para hablarle, y que darian alguna orden á sus guerras,

ó á sus paces, porque diese ya algun descanso á sus fatigados miembros, y pudiese seguir la vida contemplativa, pues que de eso era Dios servido mas que de las guerras. El emperador recibió muy bien á los mensageros, y dijo que le placia, y mandó luego apereibir dos mil caballeros, y con ellos fue hasta un monte, no lejos de la ciudad donde estaba Aigolante, y dejando las armas, se puso en hábito de correo, y con tan solamente un caballero vestido de la misma manera, y sin armas, se fue para el rey Aigolante; y llegados á la puerta de la ciudad, fueron conducidos á Aigolante en son de presos, y Carlo Magno le dijo: El muy noble emperador mi señor me envia á hacerte saber, que en la parte que tú le enviaste á decir, te está esperando con tan solamente cincuenta hombres, y cuando quisieres podrás ir á hablar con él. Y Aigolante le dijo, que se volviese, que muy prestamente sería con él. Y despedido del rey, se fue para la ciudad, y miró muy bien la puerta, y donde estaba menos fuerte la cerca, y asimismo su gente, de que no hizo mucha cuenta, aunque era mucha, y despues que lo hubo bien mirado todo, se volvió para su gente, que estaba en el monte, y Aigolante se partió de la ciudad con diez mil hombres para ir á hablar á Carlo Magno, y sabiendo el emperador que venia con

tanta gente se fue adelante con los suyos hácia donde habia dejado los otros.

CAPITULO LXIV.

Como Carlo Magno tomó la ciudad donde estaba el rey Aigolante.

Despues que Carlo Magno hubo mirado las fuerzas de la ciudad, y el real de sus enemigos, no dudando en la victoria, hizo apercibir su gente, y mandó que fuesen proveidos de armas los que las hubiesen menester; y puesta la gente en ordenanza, y ordenadas sus huestes, se puso en camino para la ciudad donde estaba Aigolante, y en el monte donde se habian de hablar los dos halló muy gran multitud de paganos puestos en dos batallas, y hubo allí una muy cruda guerra, en que fueron los paganos destrozados, y muertos gran parte de ellos, y los otros huyeron, pensando meterse en la ciudad; mas por miedo de los cristianos no les osaron abrir las puertas los que dentro estaban, y estaba dentro el rey Aigolante con algunos príncipes y caballeros: Carlo Magno mandó se quedase alguna gente para guardar las puertas porque no saliese el rey Aigolante, y los otros siguieron el alcance hasta la noche, matándolos sin resistencia alguna. Vuelto Carlo Magno, puso su real en la ciudad, y la

tuvieron cercada tres meses; y viendo Aigolante que no podia tener mucho tiempo la ciudad, por falta de vituallas, mandó cabar debajo de tierra, y en poco tiempo cabaron tanto, que hicieron camino por donde salieron todos, y se metieron en otra ciudad; y viendo los cristianos que no habia gente por la cerca de la ciudad, ni sentian bullicio alguno, derribaron una puerta, y entraron dentro, y fueron muy maravillados cuando vieron la ciudad sola, y hallaron la cueva por donde se habian ido, y fueron prestamente tras ellos y se pusieron sobre la ciudad donde estaba el real, y estuvieron sobre ella sesenta dias: y el rey Aigolante envió á decir á Carlo Magno que si queria que ellos dos cuerpo á cuerpo hiciesen batalla, y con esta condicion, que si Carlo Magno fuese vencido, que se volviese para Francia, sin hacerle mas guerra, y que si él fuese vencido, que pasaria la mar con la poca gente que tenia, sin jamás volver á aquellas partes. Y Carlo Magno fue contento de ello, mas sus caballeros no lo quisieron consentir en ninguna manera; y Aigolante dijo, que fuese la batalla entre doscientos caballeros cristianos, y doscientos paganos; y escogido el campo, y el dia de la batalla, comenzándola los caballeros, el rey Aigolante se fue calladamente, y no paró hasta las fronteras

de Aragón y de los doscientos caballeros suyos no escapó ninguno que no fuese muerto ó preso.

CAPITULO LXV.

Como Carlo Magno se fue para Francia, y como volvió otra vez á dar batalla al rey Aigolante, y de la compañía que trajo de Francia.

Viendo Carlo Magno que en toda Gascuña no quedaba pagano ninguno, ni habia quien hiciese guerra en aquellas partes, se volvió para Francia, y dende á pocos dias despidió toda la gente de guerra, y no pasaron muchos dias cuando Aigolante allegó gran número de paganos, y le envió á desafiar; y hubo Carlo Magno grande enojo de ello: mandó llamar á todos sus Barones, y les rogó que con todo el poder que cada uno pudiese, le fuesen á ayudar contra Aigolante y su gente, los cuales vinieron á su mandado. Primeramente vino el arzobispo Turpin con dos mil hombres de pelea, y D. Roldán de Ceconia, sobrino de Carlo Magno, hijo de su hermana doña Bertá, y el duque Milon, con cuatro mil hombres de pelea. Oliveros, conde de Genes, hijo del duque Regner, con tres mil hombres. Arastragus, rey de Bretaña, con cinco mil hombres de pelea; aunque de Bretaña habia otro rey. Eugelius, duque de Aquitania, con seis mil hombres. Gaferius, rey de

Bordelois, con quatro mil hombres. Gaudebois rey de Frisa, con siete mil hombres. Baldonio, hermano de Roldán, con dos mil hombres. Naimes, duque de Babiera, con diez mil hombres. Oger de Danois, con diez mil hombres. Sanson, duque de Borgosa, con diez mil hombres, Guarin, duque de Loreina, con seis mil hombres, y otros muchos que aqui no son nombrados. Y sin estos allegó Carlo Magno en su tierra treinta mil hombres de pelea.

CAPITULO LXVI.

De las treguas de Carlo Magno y del rey Aigolante, de la muerte de sus caballeros, y por qué el rey Aigolante no quiso recibir el santo bautismo.

Llegado Carlo Magno con su gente á las fronteras de Aragon, Aigolante le envió á rogar que enviase veinte caballeros cristianos, con veinte paganos. Y el emperador Carlo Magno los envió al lugar diputado, y dia señalado; y los paganos fueron muertos, sin que ninguno escapase. Y despues fueron enviados cuarenta para cuarenta, y fueron asimismo muertos los paganos. Y el rey Aigolante envió á rogar al emperador, que quisiese enviar mil caballeros cristianos contra mil suyos, con esta condicion, que si los suyos eran vencidos, que prometia de volverse cristiano, y dejar todos sus ídolos. Y fue Carlo

Magno muy contento, y llegados los caballeros al campo de la batalla empezaron muy cruda batalla, y los paganos no murieron todos, mas echaron á huir; y de los cristianos no hubo sino tres muertos, y seis heridos. Cuando Aigolante vió eso, dijo que verdaderamente la ley de los cristianos era mejor que la de los turcos, y propuso de recibir el santo bautismo, y pidió treguas á Carlo Magno para entrar solo seguramente en su real; y Carlo Magno se le otorgó, y así el dia siguiente antes de medio dia entró Aigolante al ejército de Carlo Magno; y sabiendo que estâba sentado á la mesa, quiso verle comer, por saber la manera de su servicio, y venia principalmente para recibir el bautismo; y mirando á Carlo Magno, que estaba comiendo, vió que le servian muy honradamente con grande abundancia de viandas, y vió á sus barones asentados á la mesa con él ricamente ataviados, y asimismo bien servidos; y vió á otra parte desviados de su mesa trece pobres asentados en el suelo, y les daban de lo que alzaban de la mesa; eso mandaba hacer todos los dias el emperador Carlo Magno, en servicio de nuestro Señor Jesucristo, y de sus doce apóstoles. Y Aigolante preguntó á Carlo Magno, despues que hubo comido, ¿qué gente era aquella que estaba en su sala comiendo en el suelo, tan miserablemente ves-

tida? Y el emperador le respondió, y dijo: Estos son pobres de Jesucristo, y les mando dar de comer por servicio de Dios, y remembranza de nuestro Redentor y de sus apóstoles. Y Aigolante dijo: Cómo, Carlo Magno, á la gente de tu Dios tratas de esta manera, que los dejas morir de frio por mengua de ropas, y les dás de comer en el suelo como á los perros, y les dás lo que tú y tu gente dejais sobrado, y á tu gente tienes á tu mesa muy bien ataviada y mejor servida? Grande injuria haces á tu Dios cuando tratas mal á su gente. Dices de tu lengua, Carlo Magno, que tu ley es muy buena, perfecta, y en tus hechos la muestras mala y de ningun valor. Fue tan escandalizado, que dejó su buen propósito, y vuelto en su real, envió nuevamente á desafiar á Carlo Magno.

CAPITULO LXVII.

De la muerte del Rey Aigolante, y de su gente, como murieron muchos cristianos por codicia de llevar las riquezas de los moros, y de un grande milagro que mostró Dios nuestro Señor á

los cristianos.
El emperador Carlo Magno, cuando vió á Aigolante en su real, pensando que recibiria el bautismo, fue muy alegre, y sabiendo que se habia ido así escandalizado, le pesó mucho por

ello, y mandó buscar todos los pobres que estaban en el real, y los mandó vestir á todos, y mandó tambien que los trece que dende en adelante fuesen servidos como su misma persona, y asi se hizo en sus palacios mientras vivió Carlo Magno. El dia siguiente, Aigolante mandó apercibir su gente, y puestos asimismo los cristianos en ordenanza, hubo tan cruel batalla, que los cuerpos muertos, y los arroyos de sangre que corrían por el campo, cerraban los pasos á los vivos; y viendo Aigolante la muerte de su gente, deseoso ya de morir, se mató tanto en los cristianos que quedó muerto en el campo: los suyos echaron á huir, y escaparon tres reyes con alguna otra gente; y quando los cristianos fueron señores del campo entraron en la ciudad, y mataron cuantos en ella hallaron, y estuvieron en ella todo aquel dia, y aquella noche, y otro dia mandólos Carlo Magno poner en ordenanza, y salió de la ciudad; y los peones quedaron atrás, y llevaron grandísimas riquezas que hallaron en la ciudad, y los reyes que habían escapado de la batalla supieron que los de caballo iban delante, y que los de á pie quedaban atrás cargados de los tesoros de la ciudad, y fueron para ellos en buena ordenanza, y sin mucha resistencia mataron quatro mil de ellos, Y como las nuevas de Aigolante, y de sus ca-

balleros viniesen á Furre, principe de Navarra, gran señor, y muy valiente por su persona, envió á decir á Carlo Magno que le esperase en el campo, y Carlo Magno tenia tanta fe en el favor de Dios, tanto deseo de pelear por susantísima ley, que hubo gran placer de ello: y asignado el campo, y el dia de la batalla, el noble emperador se puso en oracion, y rogó á Dios que le quisiese dar á conocer los caballeros que en aquella batalla habian de morir. El dia siguiente, que era el de la batalla, estando toda la gente armada, vió Carlo Magno que todos los que habian de morir en ella tenian una cruz colorada en el hombro izquierdo, y dió infinitas gracias á nuestro Señor por ello; y habiendo piedad de ellos, los llamó á todos, y los encerró en cierto lugar, y les mandó que en ninguna manera saliesen á la batalla, y con la otra gente dió guerra á Furre; y en poco tiempo los desbarató, y mató la mayor parte de sus gentes, y cuando se vió señor del campo, y libre de sus enemigos, se volvió á donde habia encerrado los otros, y los halló muertos á todos, y conoció que la voluntad de Dios era dar aquel dia su santa gloria, y la corona del martirio á aquellos que tenian aquellas señales, y que habia hecho simplemente en quererlos prolongar la vida.

CAPITULO LXVIII.

Que habla de Ferragus maravilloso Gigante, que llevaba los caballeros debajo del brazo, como don Roldán hubo batalla con él.

Despues que el rey Aigolante, y el príncipe Furre fueron muertos, y otros muchos reyes, y grandes señores de Turquía; fueron las nuevas al almirante de Babilonia, el cual tenia en su tierra un gigante que se llamaba Ferragus, y mandó apercibir treinta mil hombres de pelea, y en compañía del gigante los envió á hacer guerra á Carlo Magno, y aportaron á una ciudad, que se llamaba Vagierre, y tomaron algunos lugares de cristianos, y despues envió Ferragus á decir al emperador si queria haber batalla uno á uno, y el emperador, que jamás huyó de ninguna peligrosa batalla por la santa fe de Jesucristo, aceptó el desafío, y señaló el campo de la batalla. Entonces sus baronesle rogaron que en ninguna manera tal hiciese, ofreciéndose todos á salir á pelear con el gigante por él, diciendo que en su vida se encerraba la honra de todo su ejército; y á ruego de ellos dejó de salir á la batalla, y mandó al noble Ojer de Danois que se proveyese de muy buenas armas, y buen caballo, y otro dia

por la mañana saliese á la batalla con el gigante Ferragus; y él fué muy contento de ello. Venida la mañana, Oger de Danois armado de todas armas, caballero en un hermoso caballo, salió al campo donde estaba señalada la batalla; y luego salió Ferragus, y miró á todas partes si venia mas de un caballero, y como vió que estaba Oger de Danois solo, se llegó á él sin hacer semblante de la batalla, y le tomó debajo del brazo, y sin hacerle mal ninguno, le entró en la ciudad, y le mandó meter en una fuerte torre. Este gigante era tan alto como dos muy grandes hombres; la cara tenia dos palmos de largo, y otro tanto de ancho; sus brazos y piernas parecian grandes vigas de lagar, y tenia la fuerza de cuarenta hombres, y traia dos arneses vestidos uno sobre otro: su yelmo tenia tres dedos de grueso; los dedos de las manos tenian un palmo de largo; y dejando á Oger de Danois en la torre, se volvió otra vez al campo; y sabiéndolo el noble emperador Carlo Magno, le envió otro que llamaba Renaldo Abempin, y Ferragus le tomó ligeramente, y lo llevo á la torre, y volvió luego al campo. El emperador le envió á Constantino de Roma, y lo llevó con los otros; y Carlo Magno le envió dos juntas, y Ferragus tomó el uno debajo de un brazo, y al otro debajo del otro, y tambien los llevó lige-

ramente á la torre con los otros. Viendo esto Carlo Magno fue muy espantado, y no osaba enviar otro, ni sabia qué hacerse, porque enviarle muchos siendo él solo le parecia feo; y uno ni dos no aprovechaba nada, y estaba muy pensativo por ello. Roldán viendo la fuerza del pagano, estaba asimismo mal contento, que los que habia llevado eran todos buenos caballeros; y sin temor alguno de las grandes fuerzas del gigante, fue á pedir licencia á Carlo Magno para salir á la batalla, mas no la quiso dar. Y habiendo estado Ferragus gran rato en el campo solo, envió al emperador que le estuviere con quién pelear, que grande mengua era suya no tener en su corte quien saliese á la batalla con un solo caballero; esto y otras amenazas feas le envió á decir muchas veces. Oyendo esto Roldán, le torció á suplicar que le diese licencia para salir á la batalla con el gigante, que mas honra le sería morir en ella, que sufrir sus amenazas; y viendo Carlo Magno la importunacion de Roldán, y las amenazas de Ferragus, hubo de darle licencia, y le dijo que llevase otro caballero en su compañía; y Roldán le dijo: Si á la batalla de un solo caballero fuésemos dos, la honra sería del que solo estaba, aunque muriere en el campo; y tus caballeros no por haciendas, ni por riquezas, se han puesto á los

grandes peligros, sino por la honra y servicio de Dios y de tu imperial corona: por tanto, no me mandes ir acompañado para un solo caballero. Y despedido de Carlo Magno fue prestamente armado de todas armas, y cabalgó en un muy escogido caballo, y con una muy gruesa lanza salió al campo de la batalla, donde estaba Ferragus esperando, y estaba sin lanza, y tenia en el brazo izquierdo un escudo de acero muy grande, y en la mano derecha una espada, la cual convenia para las fuerzas, y el grandor de su cuerpo; y Roldán le dijo, que tomase la lanza, y el gigante no le respondió nada, y se fue para él; y Roldán no quiso tener ventaja alguna en las armas, y dejando la lanza, echó mano á durandal, y le esperó con grandísimo esfuerzo: y llegando el gigante para llevarlo como á los otros, le dió Roldán un gran golpe en el yelmo, mas no por eso dejó de juntarse con él, le tomó con el brazo derecho, y le sacó de la silla, y volvió la rienda para llevarle á la torre, donde tenia los otros. Viéndose Roldán llevar de tal manera, estribó con el pie en las ancas del caballo, y con entrambas manos asió del capuce del gigante, y se trastornó del caballo, y cayeron entrambos en el suelo, y Ferragus dijo á Roldán si queria que cabalgasen en sus caballos, y él dijo que sí, y cabalgaron ambos, y volvieron

á la batalla, y don Roldán dió á su enemigo tres golpes de seguida en el yelmo, y al tercero resbaló la espada y le mató el caballo; y viéndose Ferragus á pie, con grande enojo se cubrió del escudo, y alzó la espada cuanto pudo, y temiendo Roldán la fuerza del gigante, desviándose de él, tiró un revés con toda su fuerza, y le dió en la mano derecha, y le hizo caer la espada en el suelo, y dió con el puño en la cabeza del caballo de Roldán, que dió con él en el suelo, y á pie entrambos prosiguieron su batalla, guardándose Roldán con ligereza de los golpes del gigante, y duró su batalla hasta que la noche los despartió, sin que en ellos se conociese ventaja alguna, y concertaron que en la mañana á pie, y sin lanza diesen fin á su batalla, y se fueron á descansar.

CAPITULO LXIX.

De como Roldán y Ferragus hicieron su batalla á pie, y como disputaron de la fe, y de qué manera fue muerto Ferragus.

Venida la mañana salieron Roldán y Ferragus al campo de la batalla, y pelearon hasta mediodía, sin que ninguno de ellos fuese herido, que Roldán se guardaba de los golpes del gigante, y él estaba guardándose de los golpe

de durandal, por la fuerza de sus armas, que eran todas dobladas: y siendo muy cansados entrambos, Ferragus pidió treguas á Roldán para dormir un poco, y Roldán fue contento de ello, y Ferragus se tendió en el suelo, y cuando don Roldán le vió echado, tomó un grande canto y se lo puso debajo de la cabeza, porque durmiese mas á su placer; y despues se asentó á su lado mirándole las manos, y maravillóse de ellas, y del grandor de su cuerpo; y luego que fue despertado Ferragus, se levantó, y se asentó, y don Roldán se asentó á su lado, y le dijo mucho estoy maravillado, Ferragus, de tus grandes fuerzas, y cómo puedas comportar el peso de tus armas; y Ferragus le dijo: Sepas que tengo la fuerza de cuarenta hombres, y allende de eso, no puedo morir de herida, sino por el ombligo: y Roldán mostro que no lo habia entendido; y Ferragus le preguntó como se llamaba, únde qué linage era; y Roldán le dijo: Yo me llamo Roldán, y soy sobrino de Carlo Magno. Y le preguntó Ferragus, qué fe tenia, y qué ley guardaba; y Roldán le respondió: Yo soy cristiano; y la ley de Cristo tengo, y en defensa de ella deseo morir. Y Ferragus le dijo: Esa ley cristiana quién la dió? Y Roldán le respondió: Despues que el todo poderoso Dios, que hizo el cielo y la tierra, é hizo á nuestro

padre Adán, el cual fue desobediente á sus mandamientos, fue todo el mundo privado de la gloria del paraíso: y doliéndose el hijo de Dios, de la perdición de las almas, descendió del cielo, y tomó nuestra humanidad, y sufrió muerte y pasión por librarnos de las penas del infierno; y conversando acá entre nos el hijo de Dios, nos dió doctrina y enseñamiento, mediante los cuales pudiésemos alcanzar la gloria del paraíso. Despues que Ferragus le hubo preguntado otras muchas cosas tocantes á la ley cristiana, le dijo: Tú eres cristiano, y tienes (segun parece) la ley de Dios muy arraigada en tus entrañas, y por ella veniste á la batalla; yo vine de Turquía por vengar la sangre de los nobles reyes y esforzados caballeros que Carlo Magno ha hecho morir en esta tierra; por tanto quiero que en nuestra batalla haya esta condicion, que la ley del vencedor sea habida por buena, y aprobada, y la del vencido por falsa: y aunque Roldán conocia que erraba en hacer aquel concierto, confiando en Dios, dijo que le placia. Levantáronse entrambos, y empezaron su batalla; y viendo Ferragus que jamás podia alcanzar á don Roldán, por la ligereza que tenia, sintiéndose ya cansado, pensó de usar de maña, y viendo que Roldán le queria dar un golpe encima del yelmo, él lo esperó osadamente, y cuando le

vió alzar la espada, antes que bajase el golpe, dejó caer la espada, y abrazándose con él, le derribó en el suelo, y le quería degollar con los dientes; mas Roldán sacó un puñal que traía, y se lo metió por debajo del arnés, y la falda, y le hirió el ombligo. Cuando Ferragus se sintió herido, dió un grandísimo grito, y conocieron los suyos que estaba en gran necesidad de socorro, y salieron prestamente en su favor; y viéndolos venir Roldán, tañó su cuerno, y vinieron asimismo los cristianos en su favor, y llegando al campo empezaron cruda batalla, y fue Roldán servido de caballo, y de la lanza, y viendo que unos caballeros llevaban al gigante á la ciudad, fue tras ellos, y en poco tiempo derribó la mayor parte, y los otros dejaron á Ferragus, y huyendo se metieron en la ciudad, y Roldán preguntó al gigante, si quería ser cristiano? Y éle dijo que no, y mandó á los peones que le cortasen la cabeza. Duró la batalla seis horas, y murió mucha gente de una parte y otra; y no pudiendo los paganos sufrir los duros golpes de los cristianos, quisieron acogerse en la ciudad, mas no pudieron guardar que no entrasen los cristianos con ellos, y fueron señores de la ciudad, y sacaron á los caballeros que en la torre estaban.

CAPITULO LXX.

De como Carlo Magno hubo batalla con los reyes de Sevilla y Córdoba.

Cuando el rey de Córdoba, y el de Sevilla supieron la muerte de Ferragus, y de los otros caballeros, hubieron gran pesar de ello, y enviaron sus embajadores al emperador Carlo Magno, diciéndole como los reyes de Córdoba y Sevilla tenían gran deseo de hacer batalla con él, y que si quería ir á un campo llano muy grande con su gente de guerra, que los toparia en él con sesenta mil hombres de pelea; y el emperador les dijo: Decid á los reyes, que aunque no tengo tanta compañía como ellos, no dejaré por eso de ir al campo para el dia que fuere señalado: y elegido el campo y el dia, mandó el emperador apercibir toda su gente, y lo mismo hicieron los reyes moros, y mandaron hacer diez mil carántulas muy feas, algunas negras, otras coloradas, con grandes orejas, y mayores narices, y mandaron que se las pusiesen los peones, y que cada uno tuviese un cencerro en la mano, y cuando entrase Carlo Magno en el campo con su gente, y ordenase sus escuadrones para acometerlos, se pusiesen delante los peones con las carántulas, y tañen-

do los cencerros espantaron los caballos en tanto grado, que á pesar de sus señores echaron á huir, y desbarataron todos los escuadrones; y entonces acometieron los paganos con buena ordenanza, y mataron muchos cristianos. Viendo esto el emperador Carlo Magno, mandó recoger toda su gente, y ordenó á los de á caballo, que cada uno pusiese un pazo delante de los ojos de su caballo, y que les cerrase los oídos con algodón, y que en la mañana con buena ordenanza acometiesen á sus enemigos; y así fue hecho: duró el combate hasta medio día, y los desbarataron á todos salvo diez mil hombres que guardaban dos carros, con grandes reparos al rededor, y en uno de estos carros estaba un estandarte, y estaban juramentados estos diez mil ginetes, que por peligro ni afrenta en que se viesen, no volverían la cara á sus enemigos mientras el estandarte estuviera alzado; y sabiendo esto Carlo Magno se metió con gran furor y denuedo en los paganos, é hizo tanto, que quitó la bandera, y la arrojó al suelo, y entonces echaron á huir los diez mil hombres, y los cristianos los siguieron hasta que se metieron en una buena ciudad, que era del de Córdoba: y un noble anciano que tenía en guarda la ciudad, se tornó cristiano, y le bautizó el arzobispo Turpin, y á otros muchos con él, y á los demás los mataron.

CAPITULO LXXI.

Como el arzobispo Turpin consagró la iglesia del

señor Santiago.

Despues de las guerras y batallas susodichas, viendo Carlo Magno que toda la tierra estaba sosegada y pacífica, ordenó de irse para Alemania, y antes que se fuese, quiso ir á Santiago en Galicia, se puso en camino con muy poca gente, y fue bien recibido de toda la gente, y anduvo toda la provincia visitando las iglesias, y monasterios que entonces habia, y les mandaba reparar, y proveer de las cosas necesarias, como eran campanas, casullas, capas, y otros vestimentos, y cálices y patenas; y mandó hacer algunas imágenes muy devoras en honra y memoria de los santos y santas, é hizo constituciones y ordenanzas, y sojuzgó y atribuyó todas las iglesias de aquella provincia á la iglesia de Santiago, y ordenó que todas las casas de Galicia tributasen cada año á la iglesia de Santiago cuatro dineros de la moneda que entonces corria, y con este tributo eran libres de todo otro pecho; y fue ordenado que todos los obispos de aquella provincia fuesen sujetos al obispo de Santiago; y el arzobispo Turpin acompañado de nueve obispos, hombres de muy santa vida, á propuesta del emperador Carlo Magno con-

sagró y bendijo la dicha iglesia en el mes de julio, y fue llamada la iglesia de Santiago apóstolica, por quanto es la segunda iglesia de la cristiandad, donde recurren los cristianos para hallar indulgencias y remision de sus pecados. Y la primera es san Pedro en Roma, por quanto san Pedro fue muy amigo de Dios, y muy honrado entre los apóstoles, y predicó su santísima fe en Roma, y en ella fue martirizado. Y despues el señor Santiago, que tomó grandísimo trabajo por ensalzar el nombre de Dios en la provincia de Galicia; por ende dignamente hay memoria de sus milagros, y martirio por todo el mundo.

CAPITULO LXXII.

Como Galalon fue enviado con embajada á los reyes moros, y como propuso vender sus compañeros, y una reprehension del autor.

En este tiempo estaban en la ciudad de Zaragoza dos reyes hermanos, el uno se llamaba Marsirius, y el otro Belegandus, los cuales habia enviado al Almirante de Babilonia á España, y estos reyes en señal de amor habian enviado grandes dones y tributos al emperador Carlo Magno: otro tiempo deseando Carlo Magno de tornarlos cristianos propuso de enviarles un mensagero que les amonestase, y fue escogido

entre todos sus caballeros Galalon, por ser muy elocuente; y le mando Carlo Magno que les dicese que se tornasen cristianos, ó que le enviasen tributo y parias en señal de vasallage. Y Galalon, armado de todas armas, se partió para Zaragoza, fue bien recibido de los reyes moros, y despues que hubo hecho su embajada, le preguntaron los reyes por Carlo Magno, y por sus caballeros, y de sus condiciones y modo de vivir; y conocieron en sus respuestas que no les queria bien, y conocieron asimismo en su fisonomía que por dinero haria cualquier vileza, y por eso le osaron hablar de traicion, la cual muy ligeramente consintió, y le dieron veinte caballos cargados de oro y de plata, y de otras joyas de gran valor, y les prometió de entregarles los caballeros y barones de Carlo Magno, y á él mismo si pudiese; y les dijo, que enviasen su gente al puerto de Roncesvalles, y que tenia modo de entregarles los doce Pares, y fue ordenado entre ellos, que Galalon llevase al emperador treinta caballos cargados de oro y plata, seda y brocados; y cuatrocientos caballos todos cargados de vinos muy escogidos, y dos mil moras muy hermosas, y esto en señal de amor y obediencia; y esta traicion hizo Galalon solamente por codicia. ¡Oh maldito hombre, y en mala hora engendrado! ¡Naciste de noble sangre, y fuiste provocado

de avaricia á hacer tan gran traicion? ¿Eres rico de grandes rentas, y por dinero te moviste á vender á tu señor? No podias decir, la necesidad te obligaba, y aunque la tuvieras, no eres escusado. Entre tantos caballeros de honra fuiste escogido para llevar aquella embajada, fiándose el emperador de ti, tanto como de cualquier de ellos; y por dinero vendiste á él, y á todos sus barones. Si de él tenias enojo, ¿por qué vendias á tus nobles compañeros? Y si de ellos tenias algun temor, ¿por qué vendias á tu natural señor, de quien tantas mercedes habias recibido? De toda la cristiandad eran queridos, y de ti fueron vendidos. Miráras que hacias maldad á Dios de vender sus caballeros, y despues á tu natural señor; y finalmente á todos los cristianos, que tenian en ellos fuerte fortaleza y cumplido socorro contra los infieles, á los cuales los vendiste por dinero, siendo tus amigos, y tus continuos compañeros. ¡Oh perversa avaricia, enemiga de caridad, é inconstante de toda buena virtud, de cuántos males eres causadora! Por avaricia vendió Judas á Jesucristo; por avaricia fue Adán desobediente á su Criador, y por ella fue la ciudad de Troya puesta en sujecion; y por avaricia vendió Galalon los caballeros, en quien jamás faltó virtud y nobleza. Llevó Galalon los presentes susodichos á su señor

Cárlo Magno; el cual dió crédito á sus engañosas razones, y sin sospechar mal ninguno los recibió y repartió entre su gente; y despues por consejo de Galalon se partió con todo su egército para Roncesvalles, pues le dió á entender que los reyes se querian tornar cristianos: dió la primera guarda á Roldán y á Oliveros, y á los otros sus principales barones, con solos cinco mil hombres de pelea, y él se quedó atras; marchó, y los dos reyes moros estaban en Roncesvalles, como los dijo Galalon, con sesenta mil hombres de pelea, puestos en dos batallas; en la primera habia veinte mil hombres, y en la segunda cuarenta mil: estaba apartada una de la otra. Llegados los cristianos á la primera batalla de los moros, los dejaron pasar hasta que los cogieron en medio, y empezaron una cruda batalla, y fueron los cristianos apremiados á retirarse porque estaban fatigados.

CAPITULO LXXIII.

De la muerte de los caballeros franceses, y del rey Marsirius, y como Don Roldán fue herido de cuatro lanzas.

Estando los cristianos desviados de sus enemigos, vieron venir otra batalla de moros; y entonces tañó D. Roldán su cuerno, mas no plu-

gó á Dios que le oyese Cárlo Magno, que les quiso dar su divina Magestad aquel dia las coronas del martirio, que de grandes tiempos les tenia aparejadas, en satisfaccion de sus servicios, porque fuesen capaces de la bienaventuranza del paraíso. Puso D. Roldán su gente en buena ordenanza para esperar sus enemigos, y les dijo, que sin recelo de morir entrasen en la batalla, pues en ello hacian servicio á Dios nuestro Señor, y para eso eran partidos de sus tierras, y que mayor era la gloria que esperaban, que la pena que recibirian. E yendo los paganos para ellos, tañó Roldán otra vez su cuerno, y encomendándose á Dios, entró en la batalla con tanto esfuerso, que en poco rato hizo grande matanza en ellos, y él fue herido de cuatro heridas mortales, y entonces llegaron cien caballeros cristianos, que seguian á los otros, mas no porque supiesen alguna cosa de la batalla; y cuando D. Roldán los vió, pensó que el emperador era llegado con toda su gente, y con este pensamiento se metió en su batalla sin ordenanza alguna, y siguieron los cien caballeros, y fueron muertos, salvo dos, que el uno se llamab. Baldoino, y el otro Tietri. Viendo D. Roldán todos sus compañeros muertos, y él malamente herido, y que Cárlo Magno no venia, conoció que habian sido vendidos; y perdida la esperanza de salir vivo de

aquella batalla, y muy deseoso de venganza de sus enemigos, tomó un turco por los pechos, y púsole la espada en la garganta, diciendo que moriria si no le mostraba al rey Marsirius; y el turco le prometió de mostrárselo, y le dijo: Ves aquel caballero que trae la divisa verde sobre las armas y el caballo vayo? aquel es el rey Marsirius, y el que dió grandes riquezas á Galalon vuestro mensagero porque os tragese á lo que os veis. Entonces Roldán besó la cruz de su espada, y cubriéndose de su escudo, empezó á derribar los caballeros y peones, hasta que llegó al rey Marsirius, y le dió tal golpe en el hombro derecho, que le hendió hasta la cinta; y Baldoino y Tietri, que estaban con Roldán, por huir de la muerte se metieron por el monte, y todos los otros quedaron muertos por el campo; y los moros cobraron tanto temor de Roldán, por el gran golpe que dió al rey Marsirius, que no se le osaban parar delante, y tuvo lugar de salir de la batalla, y se tendió en el suelo al pie de una peña, herido de cuatro heridas mortales; de esto no supo nada Cárlo Magno hasta la fin, porque Galalon, por dar lugar á los paganos, le tenia entretenido en juego de tablas y otras cosas de placer á él, y al arzobispo Turpin. El rey Belegandus cuando vió los cristianos muertos, temiendo que vendria Cárlo Magno

con la otra gente, tomó otro camino, y se volvió á Zaragoza.

CAPTULO LXXIV.

De la muerte de Don Roldán.

Estando Roldán al pie de la peña herido de cuatro llagas mortales, sin otros muchos golpes que en el cuerpo y en la cabeza habia recibido, no tenia menos pesar de la muerte de los otros cristianos, que de la suya misma; consolábase por morir en defensa de la fe de Jesucristo, y recibia pena de verse en su postrimera hora solo en el monte, y desamparado de todo el mundo: daba gracias á Dios, porque el dia antes habia confesado y recibido el poderoso cuerpo de Jesucristo, que lo tenían por uso los caballeros de Cárlo Magno quando habian de entrar en batalla, ó si rezaban de algun peligro. Alababa asimismo á su Criador, porque le daba lugar de pedirle de corazon y de boca perdon de sus pecados, lo que no tuviera si muriera peleando; y esperando la muerte con mucha paciencia, empezó á decir: Señor, Dios mio, Criador y Redentor, hijo de la gloriosa Madre de consolacion, tú sabes lo que yo he hecho y he pasado: por los méritos de tu sagrada pasion te ruego que mis hie-

ros me sean perdonados; y no repares, Señor, en mis pecados, sino en el arrepentimiento que de ellos tengo; y te suplico que me des paciencia en mi muerte, y lo recibas en descuento de mis pecados. Tu eres piadoso y misericordioso: por tanto te ruego, que me mires con ojos de piedad; como miraste al buen Ladrón, y me perdones como perdonaste á María Magdalena. Después se puso á mirar su espada, y dijo: ¡Oh espada de gran valor, la mejor que nunca fue forjada! Gran esfuerzo me dabas siempre que te miraba; muchos arneses he despedazado, y muchos yelmos he cortado: contigo he muerto grande número de paganos, jamás me falseaste, ni en ti nunca mella hallé; ningun arnés aprovechaba contra tu finura. ¡Oh cuánto temor tenían de ti los paganos! Muchos temblaban solamente en verte en mis manos. Con razon me pesa de dejarte, pues que contigo he derramado mucha sangre de infieles, ensalzando el nombre de mi Criador, al que suplico que dé su gracia de hallar algun buen caballero cristiano, que conozca tu bondad y valor. Gran dolor siento en dejarte, y mucho mayor si pensase que quedabas en poder de paganos; mas por sacar mi alma de cuidado, quiero hacer que no te gocé moro, ni judío, ni cristiano; y entonces se levantó con gran trabajo, y la tomó con entrambas manos,

y dió con ella en la peña tantos golpes, que la hendió en el suelo, sin que en la espada hiciese mella, ni señal alguna: y viendo que no la podía quebrar, tomó su cuerno para hacer señal á algun cristiano, si en el monte se hubiese escondido, y tañó dos veces; á la segunda se abrió todo de cabo á cabo, y se le abrieron las llagas y las venas de su cuerpo; llegó aquella voz á oídos del emperador, que estaba dos leguas de allí jugando con Galalon, y conoció que era Roldán que tañía, y Galalón le dijo: Señor, Roldán ha ido á caza, y habrá muerto oso ó puerco, y de placer tañe su cuerno, que asi lo suele hacer; y Cárlo Magno creyó que sería asi, y estuvo jugando. Estando Roldán ya al fin de su vida llegó á él su hermano Baldoino, y con muchas lágrimas, sin poderle hablar, le abrazó y besó muchas veces; y Roldán le dijo: Hermano, primero me matará la sed que las heridas; y Baldoino anduvo gran parte del monte en busca de agua, y nunca pudo hallarla; y vuelto halló á don Roldán mas muerto que vivo, y cabalgó en un caballo que halló suelto por el monte, y fuese para donde estaba Carlo Magno; y luego llegó Tietri, duque de Dardania, y hubo gran lástima de don Roldán; y queriéndole hablar, nunca pudo echar palabra de la boca que se pudiese entender. Cuando Roldán le vió, pa-

ra sí recibió algun consuelo, y díjole: ¿A quién mirais, Tietri? ¿no es este Roldán vuestro compañero? ¿no es este el Capitan de los cristianos? ¿no es este el que vencia los feroces gigantes? ¿no es este el que en las crudas batallas acaudillaba los cristianos? ¿no es este el enemigo de los infieles? ¿no es este el que por ensalzar la fe de su Criador, no tenia en nada los peligros de este mundo? ¿No es este el que á Carlo Magno, y á sus amigos sacaba de los peligros y afrentas? Este es un hombre mal hablado y aborrecido de todo el mundo; y fue tanta su desdicha, que no solamente le privó de la compañía de sus amigos, mas en su postrimera hora le desterró en estas ásperas peñas á fenecer sus dias entre los animales brutos. ¿No son estos los brazos que quebraban las gruesas lanzas? ¿no son estas las manos que daban los grandes golpes, y despedazaban los finos arneses y yelmos? Y tomando su espada en la mano, dijo: Mas no niego que esta sea durandal la buena espada, en la cual puso Dios grande virtud, y abrazado con ella, junta la boca con la cruz, se amorteció. Y el duque Tietri, hechos sus ojos fuentes, le empezó á desarmar, por aflojarle la boca del estómago, y le halló las armas llenas de sangre, y no osó desarmarle, porque nose desangrase. Tornando en sí Roldán, juntó sus manos, y pidió á Dios

perdon de lo que habia hablado, y dijo á Tietri que le oyese de confesion, y confesó con él con grande contricion de corazon, y despues de confesado puso sus manos en cruz, y alzó sus ojos al cielo, diciendo: *Et in carne mea videbo Deum Salvatorem meum.* Y puestas las manos en los ojos, dijo: *Et oculi mei conspecturi sunt.* Y abrazado con la cruz de su espada dijo: *In manus tuas Domine commendo spiritum meum.* Y dió el alma á su Criador á veinte y seis dias del mes de junio, año del Señor de ochocientos y diez.

CAPITULO LXXV.

De una vision que hubo el arzobispo Turpin, y de la muerte de Roldán, y del sentimiento de Carlo Magno.

El arzobispo Turpin era hombre de santa vida, y habia sabido grandes secretos de Dios por revelacion, y diciendo misa, estando en el memento oyó gran melodía de Angeles, y rogó á Dios nuestro Señor que le hiciese sabedor por qué tenían aquellos ángeles tanta alegría, y por qué habian bajado aca; y oyó una voz que le dijo: Nosotros llevamos el alma de don Roldán, baron de Dios, al Paraíso. Acabada la misa, fué el arzobispo Turpin á contar lo que habia oido al emperador Carlo Magno, y estando

contando esto, entró Balduino mesando sus cabellos sin ninguna piedad, diciendo á grandes voces, que Roldán estaba herido de muerte y los cristianos que con él habian ido eran todos muertos, y que habian sido vendidos. Cuando los del real oyeron esto, empezaron todos á llorar, y se pusieron en camino, y el primero fue el noble emperador Carlo Magno á quien mas tocaba que á ninguno de los otros, y llegó donde estaba Roldán, y como le vió muerto, cayó sobre él amortecido, y despues que fue tornado en sí empezó á tirar de sus barbas, y atormentar su cuerpo con mucha crueldad, y llorando amargamente, decia: O Roldán! consuelo de mi vejez honra de los franceses, espada de justicia, lanza que no se doblaba, yelmo de salud, semejante á Judas Macabéo en proeza y Sansón en fuerza, y Absalón en beldad. O mi caro y amado sobrino! Príncipe de batallas, y destruidor de paganos, defensor de cristianos, pilar de clerecía, arrimo da viudas y huérfanos, amparo de la iglesia, lengua verdadera, boca sin mentira, justo en todo juicio, y guía de los amigos de nuestro Señor Dios, ensalzador de la fe de Jesucristo, amador de todos los buenos. Ay desdichado de mi! Por qué te traje á morir en estaña tierra? Por qué no morí contigo? O don Roldán, mi especial caballero! Por qué me

dejaste solo? Ay triste! Qué haré? hay mezquino! A dónde iré? A Dios suplico te quiera recibir en su santa gloria; á los ángeles ruego que te reciban en su compañía; á los mártires llamo devotamente, que te quieran allegar en su número. Los dias que viviere en esta vida gastaré en continuo llorar y sentir tu ausencia, que tanto sintió David la ausencia de Natán y Absalón, O noble Roldán mi verdadero amigo! Tu estás en la santa gloria perdurable, y me dejas en continuo dolor. Tú estás en los cielos en gran consolacion, é yo quedo en mortal lloro, y tribulacion. Todos los cristianos están tristes por tu muerte, y los ángeles están muy gozosos con tu alma. Y estuvo diciendo estas y otras razones de grande dolor hasta la noche, é hizo assentar sus tiendas, y hacer grandes hogueras por velar el cuerpo de Roldán aquella noche, y á la mañana fue el cuerpo embalsamado, y guardado con mucha honra,

CAPITULO LXXVI.

Como Oliveros fue hallado desollado, y de la muerte de los paganos, y de Galatón.

Venida la mañana, fue Carlo Magno con su gente al campo de la batalla, y hubieron grande lastima de la multitud de los cristianos que

estaban en el campo muertos, aunque habia muchos mas turcos; y hallaron al noble caballero Oliveros aspado en dos palos, y puesto á manera de cruz, y de los dedos de las manos hasta los de los pies estaba desollado, y tenia doce dardos metidos en el cuerpo, que le pasaban de una parte á otra. Entonces se les renovó el lloro, y los mortales gritos por todo el real; y Carlo Magno hubo tanta lástima de Oliveros, que hizo juramento de nunca cesar, aunque supiese perder la vida, hasta tanto que hallase á los moros de Zaragoza, y supo en el camino como estaban á la orilla del Ebro en unos verdes prados descansando y curando los heridos. El emperador Carlo Magno puso su gente en muy buena ordenanza, y los acometió con tal ímpetu y denuedo, que en poco rato murieron mas de seis mil, y muchos que se ahogaron en el rio Ebro por quererse salvar las vidas. Viendo Carlo Magno que tenia poca gente para seguirlos, se volvió para Ronces Valles, é hizo embalsamar el cuerpo de Oliveros, y tambien el de su sobrino don Roldán, y luego hizo pesquisa entre toda su gente por saber lo cierto de la traicion, aunque habia oido de muchos que Galalón los habia vendido, y especialmente se supo del duque Tietri, que se lo oyó al moro que lo dijo á Roldán, cuando le mostró al rey

Marsirius, y acusó á Galalón públicamente de traidor, y le desafió sobre ello. Sabida la verdad, mandó Carlo Magno que Galalón fuese atado á quatro feroces caballos, á cada brazo uno, y á cada pie otro, y despues de bien atados, cabalgaron quatro hombres en los quatro caballos, é hiriéndoles de las espuelas, tiraron unos á una parte, y otros á otra, y cada uno salió con su cuarto.

CAPITULO LXXVII.

Como el emperador Carlo Magno se volvió á Francia, y de las grandes limosnas que hizo por las almas de los cristianos que murieron por la fe de Jesucristo.

Despues que Carlo Magno hubo hecho justicia del traidor Galalón, fueron los cristianos al campo de la batalla, y los unos buscaron á sus señores, y los otros á sus amigos, y algunos fueron enterrados en el mismo sitio, y otros fueron embalsamados, y otros salados para enviarles á sus tierras, haciendo cada uno lo mejor que podia.

Tenia el emperador Carlo Magno dos cementerios expresamente señalados para los que en su compañía andaban, y morian por la santa fe de Jesucristo, el uno estaba en la ciudad

nombrada Arles, y el otro en la ciudad de Bordeaux: y fueron consagrados y benditos estos dos cementerios por los santos y bienaventurados hombres san Máximo de Aquisgran, san Turpin de Arlés, san Pablo de Narbona, san Saturnino de Tolosa, san Faustino de Portiers, san Marcial de Limoges y san Eutropis de Jantes, y en estos cementerios fueron enterrados los mas de los cristianos que murieron en Roncesvalles. El emperador hizo llevar el cuerpo del noble don Roldán con mucha honra en unas andas cubiertas de terciopelo negro hasta Blaves, á la iglesia de san Roman, la cual él hizo edificar, y mandó poner encima de su sepultura su espada, y á sus pies su cuerpo de marfil, y despues fue llevado su cuerpo á Roncesvalles á una muy devota iglesia que alli se fundó en servicio de nuestro Señor Dios, en memoria de aquella cruel batalla, y se hizo junto á ella un rico hospital, donde se hacen continuamente muy grandes limosnas por todas las almas de los cristianos que en ella murieron, como parece hoy en dia. En Bordeaux fueron enterrados el buen Oliveros, Guardabois, rey de Frisa. Orger de Danois, Christeu, rey de Bretaña, Guarin, duque de Lorena, Caferes, rey de Bordeaux, Egerius, rey de Aquitania; Lambatio, rey de Baxas, Galerius y Regnaldo, con

cinco mil hombres. Distribuyó el noble emperador grandes tesoros y riquezas por las almas de sus caballeros, y mandó que la iglesia, y cementerio fuera sujeta solamente á Roma; y ordenó que para siempre el dia de Pascua de Flores fuesen vestidos doscientos pobres; que se dijese treinta misas, y que se rezasen treinta salterios por las almas de los que allí murieron en defensa de la fe de Jesucristo. En Arlés fueron enterrados el conde de Langre, Sanson, duque de Borgosa, Naimés, duque de Babiera, Alberto Borgesón, con otros cinco caballeros, y con diez mil hombres de á pie. Constantino de Roma fue llevado por mar á Roma, con otros muchos romanos, y distribuyó asimismo Carlo Magno gran tesoro, y dejó grande renta perpetua á la Iglesia y cementerio de Arlés por las almas de sus caballeros,

CAPITULO LXXVIII.

Como el emperador Carlo Magno partió de Francia para Alemania.

Habiendo Carlo Magno hecho y ordenado lo que arriba está escrito, se partió de Francia para Alemania, yendo tambien con él el arzobispo Turpin; y cuando llegó á la ciudad de Viena, porque ya estaba viejo, con licencia del

emperador se quedó en Viena, y Carlo Magno se fue adelante; y llegado á Paris, hizo llamar todos los nobles de su imperio, y todos los arzobispos, obispos y prelados, é hizo hacer procesiones en alabanza de su Criador, y del bienaventurado señor san Dionis, é hizo constitucion y ordenanza que los reyes de Francia por venir fuesen obedientes al pastor ó prelado de la iglesia de san Dionis; que no pudiesen ser coronados sin el dicho pastor ó su consejo, y que el obispo de Paris no fuese recibido en Roma sin su consentimiento. Tambien ordenó que todas las casas de su reino fuesen tributarias á la dicha iglesia; y constituyó para siempre que cualquier cristiano, esclavo ó cautivo, que pagase cuatro dineros á la iglesia de san Dionis, que fuese libre y horro en todos sus reinos. Despues de todo esto ruvo novenas en la dicha iglesia puesto de rodillas sin levantarse un dia y una noche delante del cuerpo de san Dionis, rogó afectuosamente por todos los que murieron por la fé de Jesucristo, y fuele revelado que todos los que murieron por la fe de Jesucristo en la batalla de Ronces-Valles estaban en la gloria del paraíso.

CAPITULO LXXIX.

Cómo Carlo Magno llegó á Aquisgrán en Alemania, y como murió.

Despues que entró el emperador Carlo Magno en Alemania fue muy bien recibido de todas las comunidades, y llegado á la ciudad de Aquisgrán, hizo visitar todas las iglesias, y monasterios de toda la ciudad, y las mandó reparar, y proveer de todas las cosas necesarias, especialmente una iglesia de nuestra señora, que él hizo fundar, á la cual dió grandes tesoros, y dotó de muchas rentas. Vivió sesenta y dos años; y queriendo su Criador nuestro Dios y Señor dar descanso á sus viejos y fatigados miembros, le llamó á su santa gloria en el mes de febrero, año de nuestra Redencion de ochocientos y doce. De su salvacion escribió el arzobispo Turpin, hombre de santa vida, estas mismas palabras: *To Turpin arzobispo de Remis, estando en la ciudad de Viena en mi retraimiento rezando mis horas, ví de una ventana una legion de diablos por el aire, que traian grande ruido entre ellos; conjuré el uno que me digese de donde venian, y por qué traian tan grande ruido? Y él me respondió, que venian de la ciudad de Aquisgrán, donde habia fallecido un gran señor, y porque no pudieron*

llevar su alma, venian muy enojados. Y le pregunté quien era aquel gran señor, y por qué no llevaba su alma? Y él me respondió, que era Carlo Magno, y que Santiago les habia sido muy contrario. Y yo te pregunté, de qué manera les habia sido contrario Santiago? El respondió: Nosotros estabamos pesando los bienes y los males que en este mundo habia hecho; y Santiago trajo tanta madera y tantos cantos de las iglesias que él habia fundado en su nombre, que pesaron mucho mas que los males, y asi nos quedamos sin tener poder alguno sobre su alma; y el diablo súbitamente desapareció. Se ha de entender por esta vision del arzobispo Turpin, que los que edifican ó reparan las iglesias en este mundo, aparejan estancias, y posadas para la otra. Fueron hechas sus exequias y honras segun á tal señor pertenecia.

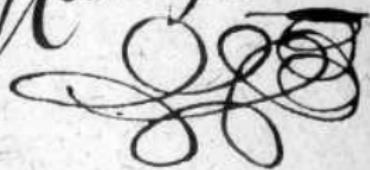
LAUS DEO.

Mr. J. P. ...
No. 10 ...
1850

Este es el Manuel ...



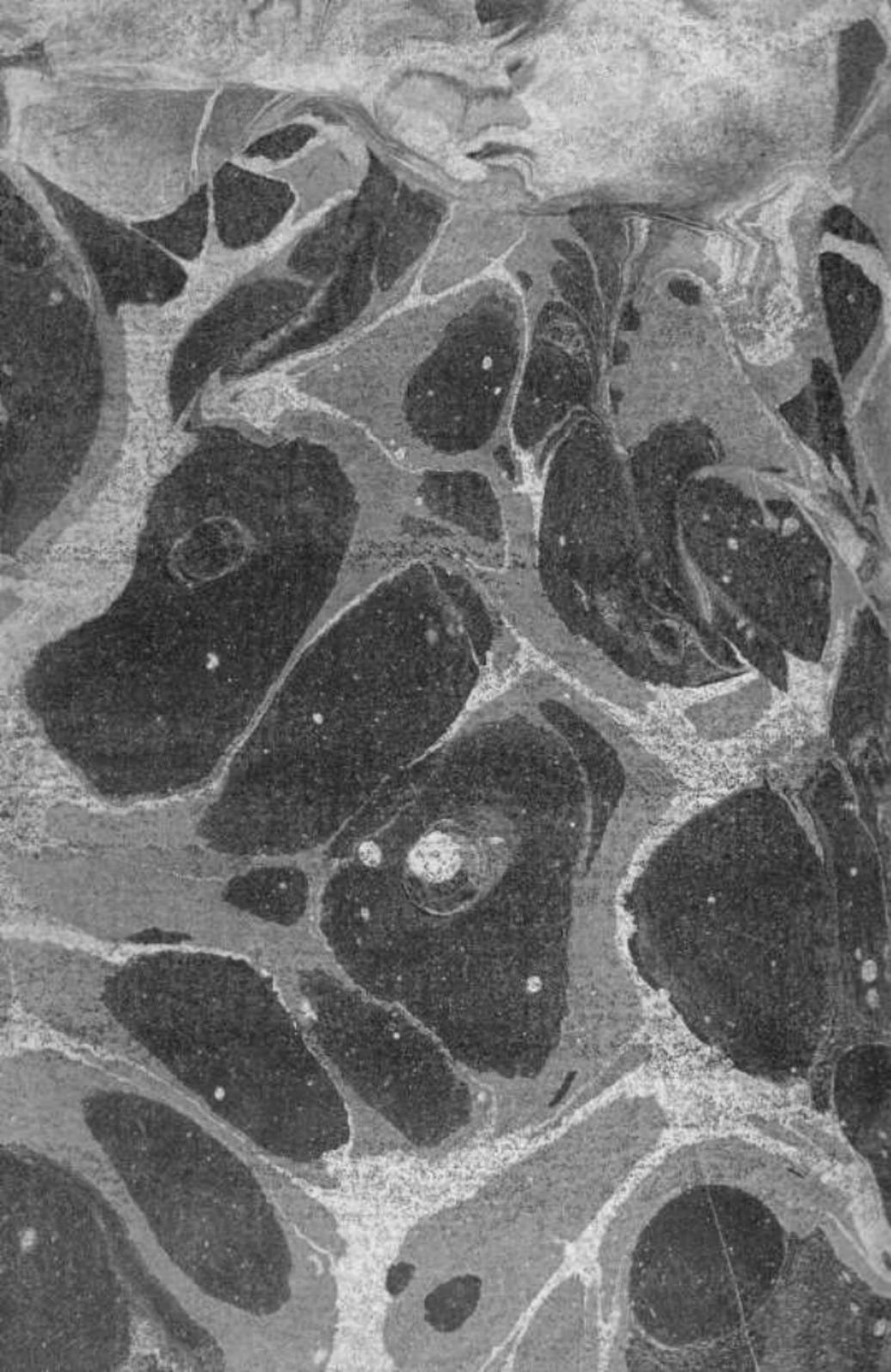
Este es de D.^{no} Juan Fern.^o

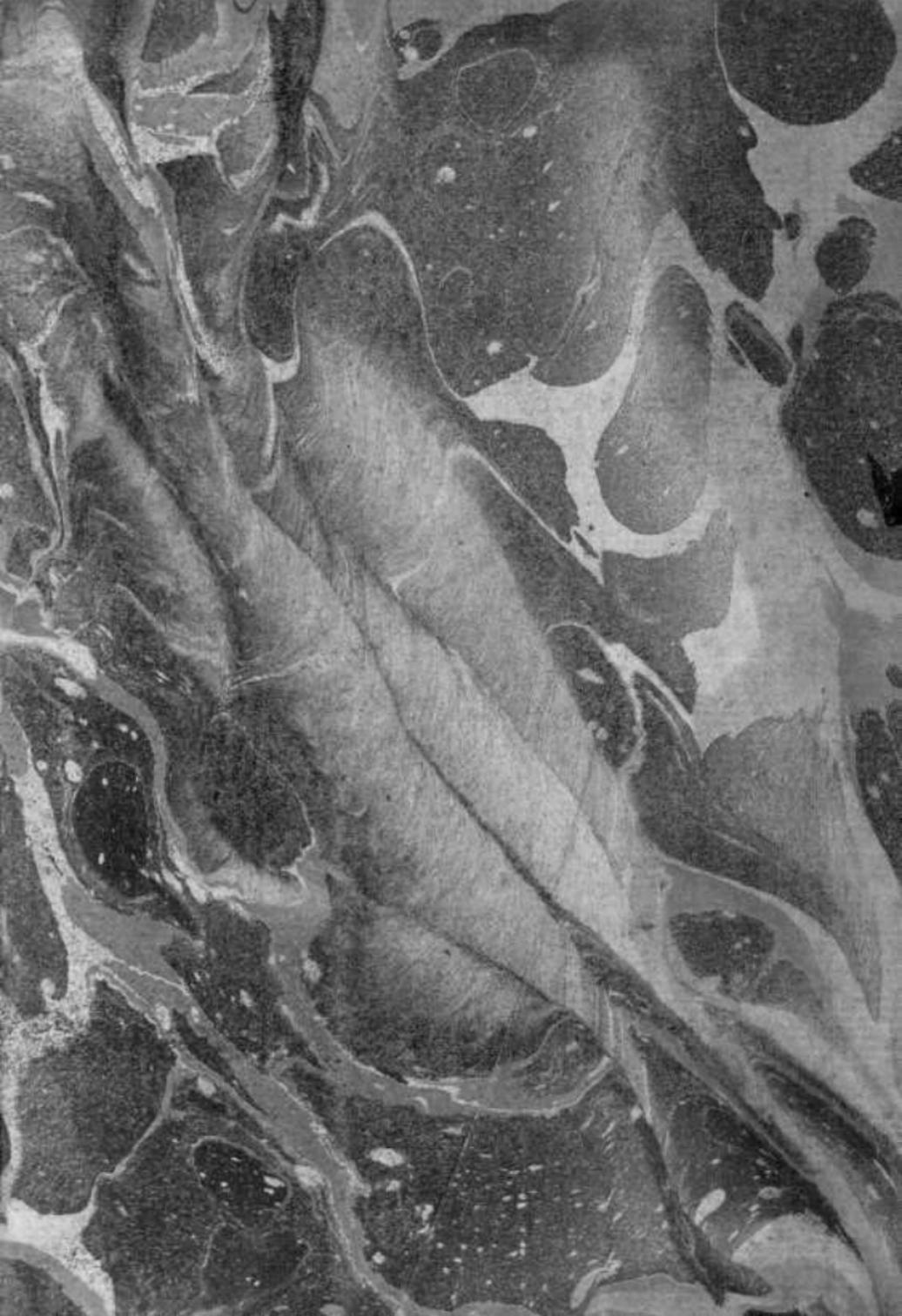


San Juan de los Rios

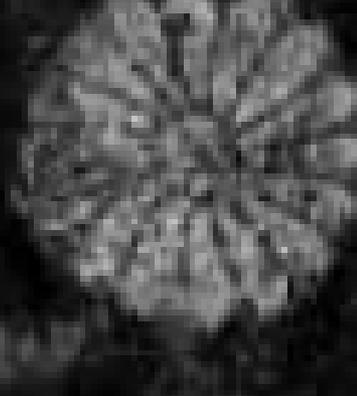


Handwritten signature or initials, possibly "P. H. B." or similar, with a large flourish on the right side. The text is written in cursive and appears to be a name or set of initials.









OPUS TERTIUM

CARLO

MAGNO

